



*En la piel
de
Lucía*

· Luz Hidalgo ·

En la piel de Lucía
Luz Hidalgo

© Luz Hidalgo.

1ª edición, diciembre de 2019.

Diseño de cubierta: Adyma Design.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mis padres,
con todo mi amor.

«Cada vez sabemos más y entendemos menos».
Albert Einstein.

Índice

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

A Lucía todo le va bien. La vida le sonrío. Pero un cúmulo de acciones desafortunadas por su parte la encamina directa a la destrucción. La debilidad de carácter la llevará a dejarse llevar multitud de veces, más de las que ella querría reconocer. Su marido e hijos la aman profundamente, pero todo tiene un límite, y llega a encontrarse sola.

Esta novela refleja la visión de la mujer y la del hombre en un mismo contexto, haciendo ver así los sentimientos frente a un matrimonio fracasado desde las dos miradas.

En la piel de Lucía está hecha de sentimientos, de amistad, de contradicciones, de intentos.

Tal vez todos deberíamos ponernos en la piel del otro para entender cada sentimiento, cada acción, cada error...

La autora, natural de Alcoy, siente debilidad por las montañas que la rodean. En esta novela corta, sus breves pinceladas dejan entrever el amor que siente por ellas.

CAPÍTULO 1

LUCÍA

Acababa de anochecer. Por suerte, los niños estaban arriba, cada uno en su habitación, entretenidos en sus cosas. Yo estaba ligeramente echada en el sofá, soportando el efecto que las tres copas de vino habían producido en mi organismo. Un día más, por suerte, llegaba a su fin. Mario estaba a punto de venir y no quería que me encontrara en ese estado. Pero, por más que pretendía levantarme, los músculos no podían obedecerme.

El ruido de la cerradura retumbó en mis oídos como si de un martillo y un cincel se tratara. No giré la cabeza, pero sabía que era él. Cerré los ojos, implorando que no se cabreara mucho. Aunque en el fondo sabía que no lo iba a hacer; Mario poseía el carácter más apacible que conocía.

Oí sus pasos acercarse lentamente. Levanté los ojos y lo miré resignada, esperando escuchar cualquier apelación a mi embriaguez.

—Cariño, ¿cómo te ha ido hoy el día? —Por supuesto, no iba a montar una escena, no era su estilo.

—Bien, uno más —dije con desgana.

—Me imagino que no has comido nada...

—No, no tenía hambre.

—Amor, tienes que comer, ya lo sabes. Ya te dijo el médico...

No lo dejé acabar, salté como una condenada posesa. No podía soportar que me tratara como a una niña.

—¡Ya estamos otra vez! No me agobies, Mario, te lo he dicho mil veces. ¡No me agobies! —le grité, saliendo a trompicones y dando un portazo al entrar en nuestra habitación.

Mario se quedó sentado en el sofá, la cabeza gacha y los ojos cerrados, queriendo apartar la realidad en la que se estaba convirtiendo nuestra vida.

Me senté en la cama intentando tranquilizarme, oí a los niños bajar corriendo las escaleras para dar la bienvenida a su padre.

Daniel, nuestro pequeñín, le estaba preguntado a Mario si traía el regalito que le había prometido.

—No, cariño, papá hoy ha tenido un día muy ajetreado y no he podido ir a tu tienda preferida. Mañana voy, ¿vale, campeón?

Me hizo sonreír oír como Daniel subía las escaleras refunfuñando.

Ahora le tocaba el turno a Laura. Escuché con toda la atención que los quince escalones me permitían oír.

—Papá, mamá ha estado bebiendo otra vez. —Las palabras de Laura me pusieron los pelos de punta.

—Cariño, ten paciencia, mamá está pasando por una etapa delicada. Estate tranquila, seguro que pronto se le pasará.

—Pero es que tenía que preguntarle unas cosas de los deberes de clase y ni siquiera me ha mirado a la cara. He tenido que encender tu ordenador y buscar la información en internet. No nos hace caso ni a mí ni a Daniel. Se emboba mirando la nada y parece que no sabe que existimos. Estoy harta, papá —lo soltó todo de carrerilla. Me la imaginaba mirando a su padre con los

brazos en jarras, esperando una respuesta que resolviera de un plumazo el problema.

Esas palabras actuaron en mi corazón como si un puño lo hubiera estrujado, hasta dejarme sin respiración. Las lágrimas rodaron por mi cara, silenciosas y sin permiso. Mi niña se estaba dando cuenta de todo y, lejos de decírmelo, se lo callaba día tras día. Se descargaba con su padre. En qué mierda de madre me estaba convirtiendo para que mi hija no fuera capaz de confiar en mí como antes y confesarme sus inquietudes. Antes era yo la que la escuchaba. Esa realidad dolía, dolía mucho.

Era la hora de cenar, pero no me sentía con ánimo de cocinar, asumir el papel de mujer perfecta y enfrentarme a las miradas de Mario y Laura. No, no podía. Daniel era muy pequeñito todavía para darse cuenta de nada. Me senté en la cama, apretándome las manos sin saber qué hacer.

Me mortificaba pensar que no quedaba casi nada en la nevera. Esperaba que Mario se las apañara con los cuatro alimentos que quedaban. «Es un hombre de recursos», pensé para hacer callar los remordimientos. Cuando oí el abrir y cerrar de armarios y nevera, supuse que Mario buscaba víveres con los que cocinar algo decente. Intenté hacer memoria de lo que quedaba, pero no podía concentrarme. Al momento oí chisporrotear algo en el fuego. Suspiré aliviada.

Al rato, el sonido de los cubiertos chocando con los platos, mezclado con la conversación animada de los tres, subía escaleras arriba, acentuando así la sensación de que sobraba en la intimidad que se había creado entre ellos.

Decidí darme una ducha. Me saqué como pude el jersey por la cabeza y me bajé los pantalones del pijama a la vez que las bragas; los pisoteé, dejando ambas prendas en el suelo, arrugadas y de forma desordenada. Me las quedé mirando y sentí que era parte de ellas, a la espera de una limpieza que se llevara de una vez toda la suciedad que se estaba acumulando en mi cuerpo y en mi alma. Cuando salí del baño, Mario estaba de pie en medio de la habitación, las manos en los bolsillos y el gesto serio. Qué guapo estaba. Me llamó la atención que a esas horas de la noche todavía llevara puesta la corbata. Aflojada, pero allí estaba. Denotaba el grado de cansancio que a esas horas arrastraba. Otra vez el sentimiento de culpa, aplastándome como una losa.

—Antes de que digas nada, quiero disculparme. Sé que esto está llegando demasiado lejos. Voy a poner remedio, no te preocupes.

—Vale —suspiró—. Venía dispuesto a darte una charla, pero ya veo que te has dado cuenta tú solita. Solo necesito decirte una cosa. Laura tiene doce años, ya no es tan niña. En tu mano está que vuelvas a ser la excelente madre que eras o, por el contrario, que pierdas a tu hija para siempre, porque eso puede pasar, necesito que seas consciente. Sabes que te quiero, haré todo lo que necesites que haga. Pídemelo ayuda, Lucía. Soy yo... —prosiguió, acercándose.

—Ese es precisamente el problema, Mario —le dije con desprecio. Él se paró en seco—. Que me quieres, que me ayudas, lo quieres controlar absolutamente todo. Deja que me caiga. Si lo hago, seré yo la responsable. Estoy ahogándome. ¿No lo ves? —Mi voz sonó temblorosa, a causa del nudo que se estaba formando en mi garganta.

—Pero estás ahogándote... ¿dónde? —dijo alzando las manos con incredulidad—. ¡Es que no lo entiendo! ¡Explícamelo, por favor! ¡Lo tienes todo! —gritó—. Vivimos en una casa espectacular con todas las comodidades, con la decoración que tú elegiste, tienes tiempo para ir al gimnasio, para tomar algo con tus amigas, unos hijos preciosos y sanos, dinero de sobra para no preocuparnos por el futuro... ¿Qué cojones quieres? Si es por la decisión de dejar tu trabajo, siempre estás a tiempo de volver, lo sabes. No me hagas sentir mal por eso, Lucía, fue una decisión mutua. Estoy enamorado de ti desde el primer día, es que ya no sé qué más hacer... —Se

masajeó la frente y las sienes, gesto que siempre hacía cuando le empezaba a doler la cabeza.

Me quedé mirándolo.

—Yo tampoco, Mario, yo tampoco...

—Me voy a la cama. —El cupo de discusión había llegado a su tope—. Mañana me espera un día duro en la oficina. Tengo un negocio que regentar y mi cabeza ya no da para más.

Nos acostamos dándonos la espalda. «Mañana será otro día. Tengo que volver a tomar las riendas. Tengo que hacerlo por mi familia. Dios, dame fuerzas para afrontar el día a día. No puede ser tan difícil», pensaba mientras intentaba dormirme.

Al día siguiente, Mario ya se había ido cuando me desperté. El vacío que dejó en su lado de la cama era similar al que yo sentía en el corazón.

Entré en la habitación de Daniel y, con susurros de cariño, lo desperté. Él pasó los bracitos alrededor de mi cuello y, con voz adormilada, me dijo que no quería ir al colegio. Estuvimos un rato jugando y riendo hasta que mi pequeño se despejó y bajamos juntos al gran salón-cocina que presidía la mayor parte de la primera planta.

Laura ya estaba allí. Me dirigió un escueto «buenos días» mientras se preparaba el desayuno ella misma. La miré y quise romper el hielo, pero algo me lo impidió. Quizá el gesto serio o mi propia inseguridad. Así que volví a cerrar la boca y me limité a observar los movimientos seguros de mi hija mientras se desenvolvía con soltura por la cocina.

Cuando fui a despedirlos al autobús escolar, lo primero de lo que me encargué fue de hacer la compra a través de la web del súper. Sentía que mi deber más inmediato era llenar la nevera lo antes posible. También me propuse limpiar y ordenar la casa de arriba abajo.

Iba por la tercera lavadora cuando sonó el timbre. Bajé y miré por la mirilla; a esas horas no solía tener visitas. Ver la cara de mi amiga tan cerca del visor, deformándole así un poco el rostro, me hizo sonreír.

—Hola, Sandra, pasa. Qué raro tú por aquí a estas horas. —Le di dos besos a modo de bienvenida.

—Me he escapado un momento y he pensado hacerte una visita de diez minutos.

—Hija mía, qué medido tienes el tiempo. Para una vez que vienes...

—Algunas trabajamos, ¿sabes? —dijo en tono de burla—. Bueno, ¿cómo está mi preciosa amiguita? Anda, prepárame un café, que he salido de la oficina en mi hora del desayuno.

Sandra se acomodó en un taburete de la barra que hacía de separación del salón con la cocina. Mientras yo le preparaba el café, los ávidos ojos iban de acá para allá.

—Madre mía, Lucía, la última reforma que habéis hecho ha dejado este espacio de revista. Qué grande se ven el salón y la cocina juntos. Y qué blanco todo... Me encanta.

—Gracias, Sandra. La verdad es que ha quedado bien al final.

—Bueno, dejémonos de banalidades y cuéntame cómo va todo. La última vez que nos vimos estabas mustia.

—Pues justamente anoche tuvimos una gorda Mario y yo —dije torciendo el gesto—. Bueno, más bien él. Normalmente no sube el tono de voz, pero reconozco que la situación está llegando demasiado lejos. No sé cómo me he metido en este círculo vicioso. Este carácter indeciso y bipolar mío me está llevando a actuar de mala manera contra Mario. Ayer me dio una especie de ultimátum. No fue así de específico, pero casi. Me dijo que podía llegar a perder a mi hija si seguía con esta conducta. Llegó a gritarme, Sandra —dije con lágrimas en los ojos.

—No me lo puedo creer, con lo mesurado que es él. Yo creo que nunca lo he visto alzar la voz en mi vida —dijo abrazándose—. ¿Qué le has hecho a mi amigo para sacarlo de sus casillas? Confiesa. —Se apartó de mí y sonrió, intentando dar un toque de humor a la conversación.

—Sandra, ¡tú has venido de parte de él! Confiesa tú ahora... —le dije entrecerrando los ojos.

—Mira. —Mi amiga se puso seria, se notaba que le costaba mentirme, la conocía como la palma de mi mano—. Yo solo quiero que seáis felices. Os quiero mucho y no puedo quedarme quieta viendo cómo tiráis por la borda tantos años y ese amor que os une. ¡Que estoy segura de que os une! —acabó gritando ella también. Pero yo ya no escuchaba lo que mi amiga me quería decir; no podía creer que Mario hubiera llamado a Sandra para controlarme. Eso era el colmo.

—Sandra, creo que necesito estar sola. No entiendo esta situación, le acabo de decir que no quiero que me controle y te manda para ser su espía. No quiero haceros daño, es lo último que pretendo, pero no puedo soportar tanto control.

—Lucía, no saques las cosas de quicio. Él solo quiere ayudarte, igual que yo.

—¡Pues si solo queréis ayudarme, dejad que tome mis propias decisiones! ¡Si tanto me queréis, no confabuléis a mis espaldas como si fuera una niña! —grité fuera de control.

Sandra se fue.

Sandra, mi tesoro, mi tabla de salvación. Era la única que podía decirme las verdades sin ofenderme. Poseía el don de hacérmelas ver con un tacto digno del mejor psicoanalista y la invité a salir de mi casa, por decirlo de alguna manera.

La conocí cuando menos me lo esperaba. Nunca hubiera dicho que la madre de una compañera de clase de Laura iba a ser mi mejor amiga en la actualidad. No teniendo nada que ver ella y yo, nuestros caracteres opuestos se atrajeron como el positivo y el negativo de una pila de petaca. Llevábamos a nuestras hijas a la guardería, empezamos a hablar en un taller de disfraces y ahí empezó algo que perduró con los años. Su carácter abierto y alegre contrastaba con el mío retraído y silencioso. Al principio no la miré con buenos ojos; su excesiva alegría me echaba para atrás. Pero poco a poco fue atrayéndome como la miel al oso. Después de tantos años con ella, había llegado a la conclusión de que tenía todo lo que yo no nunca tendría. Arrojo para ver la vida con humor y buen carácter. Fuerza para afrontar las adversidades sin mirar más allá. Ella actuaba, después pensaba. Quizá eso fue lo que más me atrajo, su capacidad de decisión rápida y sin titubeos.

A veces la vida te pone delante a personas que complementan tus vacíos más básicos. Ella entró cual huracán en la mía y, desde entonces, la valoré y la cuidé como uno de mis mejores tesoros. Y la había fastidiado, pero bien, echándola de mi casa sin pensarlo dos veces.

Me quedé llorando apoyada en la puerta. Sabía que acababa de cagarla de la peor manera posible. Últimamente no hacía otra cosa que apartar a las personas que más me querían. Me encontraba en un callejón sin salida. Por un lado, sentía desprecio por el control de los dos y, a la par, sabía de sobra qué me estaba pasando y que ellos solo querían poner remedio. ¿Qué pasaba, que estaba dispuesta a destruirme sin ningún remordimiento? Las lágrimas eran una mezcla de rabia y dolor.

Después de lamerme las heridas un rato, decidí que ya estaba bien. Mi cabreo no me iba a llevar a ningún sitio. Decidí abrir una botella de vino. «Una copita solo», pensé. Eso me ayudaría a sobrellevar la pena de haberla fastidiado de forma tan tangible, al tiempo que serviría para apagar el fuego que crecía en mi interior.

Me dirigí a la cocina, saqué mi copa preferida y me senté en el taburete en el que momentos antes se había sentado Sandra. Mientras veía caer el líquido en la copa, como por arte de magia, sentía que se iba liberando parte del cabreo. Le di un largo trago y su sabor fresco y afrutado llenó mi boca deleitándome los sentidos. Después de apurar mi primera copa, me sentía mucho mejor. Decidí servirme otra y, con ella en la mano, di media vuelta y me senté en el sofá. Qué bien se estaba a solas, con mis pensamientos, sin ninguna interrupción.

Necesitaba un poco de tranquilidad. Quería pensar en mí. En mi problema, en cómo solucionarlo. En mi cabeza estaba Mario, con esa mirada comprensiva. Me ponía de los nervios. No se puede ser tan bueno. Debía tener un lado oscuro, todo el mundo lo tiene. «Yo tengo muchos», pensé mientras contemplaba la nada. Los sentimientos contradictorios minaban mi estabilidad mental.

Mario, mi amor. Mis amigas siempre hacían burlas sobre lo bueno que estaba. Con su gran estatura, yo parecía su hija, más que su mujer. Nunca sentí celos, pues la infidelidad no era un rasgo de su personalidad. Era una suerte tenerlo tan cerca, sabía que me quería con toda su alma; no se cansaba de decírmelo. Siempre pensé que no era merecedora de su amor. No merecía tanta paciencia. No entendía cómo soportaba mis vaivenes de carácter. Lo mismo estaba contenta y feliz que me sentía más baja de ánimo que el barro que cubría el césped de mi jardín.

Alcé la mirada alrededor y lo que vi me gustó. Todo estaba en orden, los colores de la decoración eran en unos armoniosos blanco y beis que daban la sensación de paz y limpieza. Los sofás de piel blancos también; eran lo más grande del salón. Mario, cuando redecoramos la casa, quiso elegir él esa parte del mobiliario.

Reflexioné sobre cuando Mario me preguntó «qué era lo que quería». Que lo tenía todo. Sí, debo reconocer que así era. Pero algo en mi cabeza no funcionaba. Últimamente no me sentía bien con nuestros amigos. Con ninguno, a excepción de Sandra y Miguel. Ni siquiera con Carlos, con el que nos unía una bonita amistad desde hacía ya muchos años. Por supuesto, a su mujer ni mencionarla, simplemente no éramos compatibles. A mi parecer, eran todos unos condenados estirados. A todos les iba bien la vida, maravillosamente bien; qué casualidad. Conducían lujosos coches que metían en sus lujosas casas, vestían a sus hijos con ropa de las mejores marcas, a las niñas las adornaban con grandes lazos en el cabello, que más bien las hacían parecer muñecas de feria. A ninguno le pasaba nada. Las conversaciones se volvían banales, insustanciales. Todo era muy superficial. De verdad que, a veces, cuando estábamos en reunión, no podía hacer otra cosa que aislarme para sobrevivir a tanta hipocresía. Sentía que yo era la oveja negra de la urbanización.

¿Seguro que todo les iba tan bien como aparentaban? Probablemente lo que más los preocupaba era que no salieran a la luz algunos puntos negros que no querían que mancharan sus perfectas vidas de revista.

A menudo me preguntaba «¿cuándo un adulto deja de ser niño? ¿Cuándo un adulto se atreve a decir a otro qué debe o no debe hacer, bajo su propio criterio? ¿Quién tiene el poder de la sabiduría? ¿Quién osa creer que lo sabe todo o casi todo, de lo que pasa a nuestro alrededor?».

No sé por qué, pero me veía asomada a un precipicio imaginario cuando oía a algún amigo decir tal o cual cosa de otro. Hablando unos de otros, juzgándose sin contemplaciones. Que si lo estaba haciendo mal, o cómo debería dirigir su vida. Se me ponía un pellizco en la boca del estómago, por el simple hecho de no gritarles o pegarles un bofetón en esas preciosas caras bien afeitadas y bronceadas.

Siempre he pensado que hasta la persona más torpe tiene una razón para serlo; siempre hay un trasfondo por el cual esa persona actúa así. Seguramente tiene un pasado digno de ser escuchado, pero, claro, a esa gente que juzga no le apetece escuchar razones ni lamentos. Suelen molestarles bastante las lamentaciones de la gente mediocre. Pero, bueno, esa es otra cuestión.

No me sentía bien en sociedad. En las cenas a las que acudíamos, me limitaba a escuchar e intentaba no hablar, por miedo a desentonar en medio de toda esa gente tan bien hablada y culta. Mario me había dicho multitud de veces que todo era fruto de mi imaginación, pero así lo percibía. A menudo me sentía como un bicho raro, expuesta a las miradas frías de un grupo selecto

de gente desconocida. Y eso que algunas amistades venían de años atrás. Pero sentía como si hubieran cambiado a mis amigas por perfectas muñecas de película de terror.

Las reuniones se hacían en una casa cada vez, en la selecta urbanización a la que pertenecíamos. Una urbanización de casas iguales, con sus caminitos hacia la puerta de entrada, con el jardín perfectamente cortado. Me dio un pequeño escalofrío al pensar que parecíamos una secta encubierta. Allí vivían la mayoría de nuestros amigos. Entre ellos, mis grandes amigos Sandra y Miguel. Ellos eran los únicos que se escapaban de los estirados de los demás.

Con Sandra podía hablar de cualquier cosa, decir barbaridades, romper en carcajadas sonoras y malsonantes. La pena que me invadía ahora era porque mi querida amiga estaría enfadada conmigo, y con razón. Tendría que llamarla para disculparme. Conocía a Sandra casi mejor que a mí misma, y seguro que estaría muy triste por lo que había pasado entre nosotras. No podía perderla, era mi tabla de salvación en aquel mar lleno de pirañas ávidas de sangre.

Los hombres del grupo no eran menos odiosos. A veces los oía y me daban ganas de vomitar. Hablaban de política como si supieran tanto o más que los propios dirigentes del país. Con las manos en los bolsillos del pantalón, balanceándose y afirmando decretos y leyes con una seguridad fuera de lo normal.

Tanta seguridad me desbordaba, incrementando así mi propia inseguridad.

Seguía divagando en el sopor de la copa de vino, y cada vez más recostada en el sofá, cuando me vino a la mente el día que nació mi chiquitín. Después de un parto bastante bueno, dentro de lo que duele parir, tomé una de las peores decisiones de mi vida.

Durante el período de lactancia de Laura, sufrí más de lo que me habían dicho en realidad, pasé muchísimo dolor y varias consecuencias que prefería no recordar. Con Daniel no quería pasar por lo mismo y mis queridas amigas, hablando de partos y postpartos, me habían dicho una y mil ventajas de dar biberón a un recién nacido. Duermen toda la noche, me decían; además, el padre puede participar en su alimentación. No te lo pienses, me repetían. Las caras de mis amigas se me aparecían como fantasmas revoloteando alrededor de mi cabeza indecisa. Así que le dije a la enfermera que me diera la pastilla para evitar la subida de la leche. Por supuesto, lo hablé con Mario, pero él me dijo que respetaría la decisión que tomara.

Así que, cuando llegamos a casa recién salidos del hospital, Laura se fue al colegio, Mario al trabajo y nos quedamos solos Daniel y yo. Lo tomé en brazos y lloré desconsoladamente porque lo que más deseaba en el mundo en esos momentos era acercarlo a mi pecho y amamantarlo como había hecho con mi hija mayor. A lo mejor para otra persona ese hecho no sería tan importante, pero para mí sí lo fue. En esos momentos, así lo sentí. Con el tiempo no pude más que reprocharle a Mario que no intentara quitarme de la cabeza semejante decisión precipitada. Por supuesto, cabe decir que él no era en absoluto culpable de nada.

¿Por qué era tan indecisa? ¿Por qué titubeaba en todas las decisiones importantes de mi vida? Me dejaba llevar fácilmente por la corriente. Era muy influenciable, todo me parecía bien. Hasta que, de tanto dejarme llevar, dejé atrás la personalidad que de joven me caracterizaba. Ya no sabía quién era, ni qué quería en la vida.

Desde bien jovencita había trabajado en una fábrica de textil de mi ciudad. Fueron diez años al pie del cañón, de los cuales disfruté hasta que, de mutuo acuerdo, decidimos que lo mejor para nuestros hijos era criarlos alguno de los dos. Acordamos que sería yo la que se quedara en casa, pues mi salario era menor que el de Mario y así podríamos mantener el ritmo de vida que llevábamos. Estuve contenta de poder estar con mis hijos a tiempo completo, pero, ahora que se estaban haciendo mayores, empezaba a echar de menos la vorágine propia de mi trabajo. Tratar día a día con los clientes y proveedores en la fábrica era una actividad frenética y gratificante a la

vez. Lo último más loco que había hecho en mi vida había sido redecorar mi casa.

Esos pensamientos me deprimieron hasta dejarme extenuada. Suspiré y me di cuenta de que era bastante tarde. Los niños no tardarían en llegar. Otro día más, no supe hacerlo bien. Otro día más, la debilidad doblegaba a la fuerza de voluntad. Así que, con desgana, subí como pude las escaleras para darme una ducha que me espabilara.

Me quité la ropa a trompicones, dejándola tirada por la habitación. Abrí el grifo y dejé que el agua tibia me cayera por el rostro. Tuve que agarrarme a las paredes de la ducha para no caer desparramada sobre ella. Puesto que el agua no surtía el efecto que buscaba, cerré de golpe el agua caliente a ver si, así, conseguía disipar el mareo. Cuando empecé a sentirme mejor, salí de la ducha y me vestí.

Justo cuando acabé de arreglarme, mis hijos llamaron al timbre. Los recibí con una gran sonrisa, algo forzada. Laura me miró seriamente con sus grandes ojos azules, sin disimular lo que pensaba.

—Mamá, aquí te dejo a Daniel. He quedado con Cristina para hacer los deberes en su casa. ¿Puedo ir?

—Claro, cariño. ¿Quieres que te acompañe? —le pregunté, rompiendo así el silencio de días instaurado entre las dos.

—No, mamá, Cristina ya me estará esperando. Le he dicho que dejaba a Daniel contigo y que iba enseguida a su casa. —Salió corriendo, con la mochila a cuestas, casi sin mirarme, por miedo a que me arrepintiera de dejarla ir.

Cristina era hija de Sandra y Miguel. Mantenían una bonita amistad casi desde que nacieron. Complementaban muy bien sus caracteres tan diferentes. Laura a veces asustaba de tan adulta que se mostraba y Cristina tenía una forma de ser tan dulce que casi se la podía comer untada con mantequilla. Hacían un tándem de lo más curioso. Sandra y yo siempre comentábamos lo diferentes que eran y lo bien que se llevaban.

Daniel y yo nos dirigimos a la cocina. Le pregunté si le apetecía comer algo, a lo que me contestó que sí. Así que le propuse hacer galletas de mantequilla, cosa que le encantaba. Pasamos una tarde de lo más divertida. Hacía tiempo que no disfrutábamos tanto juntos. A mi niño se le veía feliz, mostraba unos coloretos muy graciosos y le brillaban los ojos. El aroma a vainilla y mantequilla flotaba en el ambiente cuando se oyó la cerradura de la puerta principal. Nos giramos los dos sorprendidos, pues estábamos en nuestro mundo de galletas y azúcar.

La cara de Mario lo decía todo. Lo que menos se esperaba encontrar era ese ambiente: la cocina llena de harina y su hijo colorado como un tomate, embadurnado y con esa carita de felicidad en el rostro.

Dejó el maletín en el sofá y vino hacia nosotros con una gran sonrisa que dejaba ver lo feliz que lo hacía esa estampa de madre e hijo compartiendo tiempo juntos. Besó a Daniel en la cabecita, el único sitio donde no quedaba harina, y me dirigió una larga mirada a los ojos, indicándome así la felicidad que sentía. Yo le correspondí con un rápido beso en los labios sin poder mirarlo a los ojos, intentando así enterrar el hacha de guerra. Sabía que teníamos una conversación pendiente, pero, en ese instante, no era el momento.

Mientras nos mirábamos sonriendo, sonó el timbre. Era Laura. Cenamos en armonía. Mario no se podía creer que, solo unas pocas horas antes, el escenario en casa fuera tan diferente y deprimente a la vez. Los niños también estaban contentos. Laura nos miraba de hito en hito como si no se creyera la velada tan amena que estábamos disfrutando, cenando como una familia normal.

Cuando Mario entró en la habitación después de besar a los niños y desearles las buenas noches, me encontró ya metida en la cama leyendo. Entró en el cuarto de baño y se dio una ducha

rápida. Mientras se duchaba, apagué la luz; estaba nerviosa, no sabía si estaba preparada para hablar con él. Lo noté meterse entre las sábanas, acercarse a mí y, sin esperármelo, me abrazó con su característica delicadeza. Siempre él.

Se acopló a mí buscando la posición de la cucharita. Noté sus manos recorriendo mis muslos desnudos; suelo dormir sin pijama, solo con una camiseta de tirantes que él aprovechó para sacarme despacio, muy despacio. Yo no protesté y eso le dio luz verde para seguir con sus caricias. Cuando llegó a mi estómago, mis pechos rozaron sus manos, provocando que me los agarrara con firmeza. Noté su dura erección contra mi trasero. Eso originó en mí un deseo que hacía mucho tiempo que no sentía. Le tomé un dedo y me lo metí en la boca, lo chupé con deleite. El contacto húmedo de mi boca hizo que Mario emitiera un ronco gemido de placer. Decidí volverme y, al hacerlo, quedamos frente a frente. Ver la cara de deseo de mi marido me provocó una urgencia que no pude refrenar de ninguna manera. Le agarré el pene y lo coloqué en la entrada de mi vagina. Me penetró de una certera embestida. Así, sin premeditación, frente a frente y de lado, empezamos un compás rítmico. Nuestras miradas fijas en el otro. Era rabia a la vez que deseo. Nuestras respiraciones sonaban fuertes, pero no importaba en ese momento. Solo importaba que estábamos llegando al final. Mario, intuyéndolo, con un rápido movimiento, se puso encima de mí y, agarrándome los brazos, llegamos al clímax, entre gemidos y sonrisas. Nos besamos sellando así el intenso momento vivido.

El sexo entre nosotros siempre fue excelente, aunque hacía tiempo que había decaído debido a mis continuos altibajos de estado de ánimo. Yo estaba feliz de haber sentido su amor en el contacto, pero a la vez me daba rabia que siempre acabáramos arreglando las peleas en la cama. Mario no era dado a mostrar sus sentimientos si no era estrictamente necesario. Con un buen polvo cerraba el tema y, así, partíamos de cero. Nos quedamos dormidos uno en brazos del otro, con la esperanza de que todo volviera a ser como antes.

CAPÍTULO 2

Al día siguiente, despedí como cada día a los niños a los pies del autobús. Volví a casa canturreando; estaba de muy buen humor. La vida me sonreía. Me había levantado con la idea en la cabeza de empezar otra vez a entrenar. No hacía mucho que había participado en alguna carrerita a nivel local. Me sentía de maravilla cuando cruzaba la meta y veía a mi familia animándome con ilusión. Subí a la habitación, me metí en mis maravillosas mallas estampadas y me calcé las zapatillas que Mario me había traído de su último viaje de negocios a Nueva York. Eran mis preferidas, sentía que volaba con ellas.

Tuve que conducir hasta mi montaña preferida, como me gustaba llamarla. Aunque su nombre real era La Font Roja. Aparqué en el centro de visitantes. Estiré un poco y me dirigí hacia el Pla de la Mina, para así poder llegar al Pla dels Galers, el punto más alto de esa ruta. Me puse los auriculares, por si al bajar quería escuchar música, pero, de momento, lo que más me apetecía era escuchar el trino de los pájaros y el viento meciendo las ramas de los árboles. Disfruté de cada paso, no quise correr, pensé que empezar caminando sería lo más lógico, después de un parón de más de tres meses. Respiraba rápido, de vez en cuando me paraba e intentaba llenar los pulmones al máximo. Me encanta la senda rodeada de centenarias carrascas a un lado y al otro. La ruta es una zona muy húmeda y fresca, por la que corre el agua en época de lluvias y en la que abundan los helechos, los musgos, las hiedras y las zarzamoras. Parecía que de un momento a otro iba a aparecer un gnomo y me iba a dar los buenos días. Los pensamientos de niña me hicieron sonreír.

Nunca he tenido miedo de salir a correr sola, pero últimamente oír las noticias me ponía los pelos de punta. No quería ahondar en esos pensamientos oscuros y los aparté con un manotazo. No sin esfuerzo, llegué por fin al Pla dels Galers. Ahí paré un momento para decidir si seguía para conectar con la ruta amarilla, para llegar al Cim del Menejador. Era la cima más alta de esa montaña. Estaba animada y no lo descarté. Calculé que llegar arriba me llevaría una horita más de caminata. Cuando estaba mirando mi reloj deportivo para saber si me daba tiempo, sentí una mano en mi hombro. Di un respingo, a la vez que un grito que resonó en los alrededores de la explanada.

Me giré dispuesta a echar a correr cuando vi la cara de Carlos, asustado él también por el grito que había dado.

—Lo siento, Lucía, no quería asustarte.

—Joder, Carlos, ¡qué susto me has dado! —le dije, poniéndome la mano en el pecho.

—He visto que llevabas los auriculares y he pensado que no ibas a oírme. Por eso te he tocado el hombro. ¿Cómo estás? —dijo, al tiempo que me daba dos sonoros besos en ambas mejillas.

—Uff, bien. Bueno, ahora mismo con taquicardia. Pero bien. ¿Y tú? Cuánto tiempo sin verte.

—Bueno, yo estoy donde siempre, la que está escondida en casa eres tú. Me alegra mucho verte por aquí. Es raro que nos veamos en la montaña, viviendo casi uno al lado del otro —dijo Carlos mirándome directamente a los ojos.

—La verdad es que sí que es curioso —respondí riéndome.

Carlos era amigo de Mario desde la universidad, moreno y guapo de revista. Él lo sabía, por lo que derrochaba seguridad. Era escultor y trabajaba en casa creando obras que después exponía en su galería de la capital. Estaba casado con Sofia y vivíamos en la misma urbanización. Éramos casi extrañas, pues el amigo verdadero de Mario era él. Ella entró en el grupo mucho más tarde que los demás. Sofia venía de buena familia, era algo estirada. Podía contar con los dedos de las

manos las veces que la había visto sonreír. Carlos decía, cuando salía el tema, que era fruto de su timidez, pero a mí no me suelen gustar nada las personas tan frías. Me sentía incómoda a su lado.

—¿Qué planes tienes? ¿Te bajas ya? ¿O quieres subir hasta arriba? Venga, ámate y acompáñame, que seguro que subo mucho más contento contigo a mi lado.

Conocía de sobra la faceta de conquistador de Carlos, pero nunca la sufrí en mis carnes. Siempre me trató como a la mujer de su amigo. Decidí subir con él, aunque no sin recelos.

—Vale, subo contigo, pero porque ya lo había pensado antes. Conmigo no te van a servir tus dotes de donjuán. Así que ahórrate los piropos —le dije riendo mientras iniciábamos el camino hacia la cima más alta.

Bebimos agua y nos encaminamos hacia la senda que unía las dos rutas. Íbamos a buen paso, así que la conversación fluía entre jadeos.

—Te veo muy bien, Lucía.

—Será porque hoy me siento así —contesté con una sonrisa.

—Me alegro, porque la última vez que te vi estabas muy seria y distante. Hoy pareces otra.

—No todos los días estamos igual, ¿no? —dije seria, poniéndome delante obligatoriamente, pues hubo un momento en que el camino se estrechó hasta el punto de que solo cabíamos en fila de uno.

—Claro, claro. Solo quiero que sepas que, si necesitas algo, no tienes más de decírmelo. Si puedo ayudarte en algo, ahí estaré.

Conforme iba hablándome, notaba su mirada en mi trasero. Me di la vuelta y él levantó la mirada lentamente, sin disimular su descaro. Sin saber qué contestar, aflojé el paso, poniéndome a su lado en cuanto el camino se ensanchó.

No sabía cómo afrontar las sensaciones que sentí cuando pillé a Carlos mirándome de esa manera. La verdad es que no estaba acostumbrada a sentirme deseada por nadie que no fuera Mario. Se formó un silencio perturbador. Las mentes de cada uno estaban confusas, la atracción mutua nos dejó sin palabras.

Tuve que sacar un tema neutro para romper el hielo.

—¿Ya tenéis pensado lo que os vais a poner Sofia y tú?

Teníamos a la vista una fiestecita en casa de Sandra y Miguel. Cada nueva estación venía ligada a un evento temático. Y como la primavera estaba a punto de entrar, la fiesta estaba al caer.

—Qué va. De eso siempre se encarga Sofi. A mí eso de elegir y pensar me da grima. Yo confío en ella, normalmente acierta con lo que sería capaz de ponerme y lo que no.

—De todas formas, esta vez vamos de algo más normal, ¿no?

—Sí, buscar algo blanco y negro es bastante más fácil que del tema que eligieron la última vez —dijo riéndose a carcajadas.

La última fiesta estaba ambientada en Bollywood, así que buscar los vestidos y trajes fue algo más complicado.

—La verdad es que fue difícil encontrar atuendos tan coloridos —siguió—. Pero al final la ambientación quedó superchula. La foto del conjunto quedará para el recuerdo; nunca había visto tantos colores juntos. Y se lo curraron muy mucho con la decoración del local. Todos nos quejamos del lío que supone buscar disfraz y demás, pero al final nos lo pasamos siempre muy bien.

—Bueno, unos más que otros —murmuré.

—¿Y eso? ¿Tú no te lo pasaste bien? —me preguntó mirándome a la cara.

—Sí, no es eso, solo es que, a veces, no me siento cómoda. Pero déjalo, son tonterías mías —dije mirando hacia otro lado, maldiciéndome por no quedarme callada.

Él se quedó mirándome un largo rato, pero no solté prenda. No me apetecía explicarle sentimientos que ni yo misma comprendía.

Hablando, hablando, llegamos a la Cava Coloma, un pozo nevero de grandes dimensiones que, aunque ya conocía, nunca dejaba de fascinarme. Adentrarme en tiempos remotos y pensar que usaban la construcción para llenarla de nieve no dejaba de impresionarme. Desde tiempos antiguos, la nieve y el hielo han tenido diferentes aplicaciones, como las relacionadas con el transporte del pescado y la conservación de alimentos. Las montañas fueron la nevera de las poblaciones hasta que se desarrolló la industria frigorífica. Siempre sentí curiosidad por dichas construcciones, que tenemos tan cerca y que, por otro lado, tanta gente alcoyana desconoce. Paramos un momento para admirar la cava, nos asomamos al borde y nos maravillamos de la estructura hecha hace tantos años atrás.

Echamos un vistazo al reloj y decidimos terminar la ruta subiendo al mirador. Hacía un día espléndido para disfrutarlo en la montaña. Teníamos ganas de llegar arriba, pues ya estábamos cansados. Cuando alcanzamos la caseta de observación pensamos en avanzar los cincuenta metros que la separaban del punto geodésico. Desde allí admiramos el valle de Alcoy y, al noroeste, la Sierra de Mariola; al este se apreciaba la sierra de Aitana, con sus inconfundibles antenas dibujadas en el horizonte. Amo mi ciudad y el entorno de montañas que la envuelven.

Me aparté un poco de Carlos. Necesitaba absorber toda la energía que fluía de esas espectaculares vistas. Respiré hondo, pidiendo mentalmente a quien quiera que pudiera ayudarme en el conflicto personal en que me hallaba metida.

Pensé en Mario y mis ojos se llenaron de lágrimas sin querer. Él no se merecía para nada pasar por lo que estaba pasando. Todo era culpa mía, pero no sabía cómo poner remedio.

Y mis hijos. Esas personitas tan indefensas a las que podía hacerles tanto daño sin querer. Iba a poner remedio. Lo sabía. No iba a fallarles.

Carlos me miraba con disimulo. Me vio pasarme las manos debajo de las gafas de sol. Sospechó que estaba llorando. Se alejó para darme intimidación. Por su cara supe que intuía que algo me pasaba, pero no iba a preguntar. Ya le había dejado caer que no era de su incumbencia. Ahora ya no lo era.

La amistad de Carlos y Mario venía de bien jóvenes. Eran compañeros de gimnasio, contaban con dieciocho años cuando ya se machacaban en las máquinas de musculación. Moldearon sus cuerpos a fuerza de sudor y constancia. Además del gimnasio, prácticamente todos los sábados salían a la montaña a escalar. Estuvieron unos años escalando a niveles altos, viajando por todo el país buscando la vía más difícil. Fueron años de mucha escalada y convivencia, pues se iban con sus mochilas y a veces dormían a la intemperie, contemplando las estrellas y soñando con la próxima salida para practicar su deporte favorito.

Hubo un tiempo en el que Carlos había representado para Mario y para mí algo más que amistad. Era casi hermandad. Íbamos a todos lados juntos. Comíamos, cenábamos y hasta casi nos acostábamos juntos. Eran tiempos de despreocupación.

Carlos acudía a casa prácticamente a diario, se sentaba en nuestro sofá y, con una copa en la mano, charlábamos hasta altas horas de la madrugada. Su verborrea fluía con una naturalidad y exquisitez dignas del mejor conferenciante del país. Escucharlo debatir sobre cualquier tema con la seguridad de saber de lo que hablaba me dejaba boquiabierta y solo podía admirarlo por ello. Te envolvía con su suave tono de voz y con frases perfectamente elaboradas.

Por supuesto, Mario confiaba en nuestra amistad; no existía otra cosa más que sana devoción entre los tres.

Hasta que tuve una pequeña crisis interna al sentirme atraída por él. De vez en cuando me

encontraba mirándolo con otros ojos. Algo con lo que sabía que no debía jugar, pues eso sería el final de nuestra amistad y sobra decir el daño colateral que podía causar. Quizá lo que más me atraía de Carlos era el desparpajo con el que trataba a todo ser que estuviera a su alrededor. Su poca vergüenza era la que me hacía volar e imaginar cómo sería estar con alguien tan brusco y libertino.

Cuando Carlos conoció a Sofía, empezó a distanciarse. Sofía venía de una familia acomodada y no veía bien que estos dos se fueran tan a menudo ataviados con sus mochilas y cuerdas a escalar montañas imposibles. Así que, al final, todo el material que habían reunido con los años acabó metido en cajas que para lo único que servían era para acumular polvo en el trastero.

A menudo Mario me comentaba que le daba pena recordar su etapa de escalador. Ahora tenía una vida muy distinta de la que disfrutaba cuando era joven. Padre, esposo y con una empresa con más de treinta trabajadores de la cual estaba orgulloso. Se había hecho a sí mismo, nada le habían regalado. Pero que estuviera orgulloso no quería decir que fuera fácil. Él llevaba toda la carga de responsabilidad y yo nunca escuché salir una queja de su boca.

Cuando Mario montó su propia empresa, llamó a Carlos y le propuso un puesto que no pudo rechazar. Entonces, Sofía y él se instalaron en Alcoy definitivamente. Acabamos todos juntos en la misma urbanización, que se construyó a las afueras de la ciudad. Sofía, directora de hotel, continuó con su trabajo en la costa alicantina y empezaron una nueva vida, que al poco tiempo cambió cuando Carlos decidió dejar el trabajo para poder dedicar tiempo completo a su pasión, que era la escultura. Además, empezaba a tener renombre en ese mundillo.

Nuestra relación cambió cuando Sofía entró en escena. Carlos desapareció de nuestra vida como si nunca hubiera estado en ella. De repente, parecía un desconocido. La relación pasó a ser una amistad como las demás; era un amigo más, sin confidencias ni conversaciones interesantes al calor de un fuego. Al principio echaba mucho de menos su presencia, sus cálidas palabras. Pero poco a poco, la añoranza se volvió rabia. Rabia por ser consciente de que nuestra amistad se evaporó igual que una nube de verano. De que Sofía se lo había llevado sin permiso para siempre. Que cambió sin ningún pudor nuestro cariño por una mujer fría y soberbia.

Pero eso había sido hacía mucho tiempo. Con el pasar de los años, todo ese dolor y decepción se fue aplacando, dejando una amistad como otras, sin confesiones íntimas ni declaraciones de amor fraternal. Mario, por supuesto, también sufrió la decadencia de su amistad, pero, como siempre, se guardaba de demostrar nada que no fuera que todo iba bien. Mario, siempre Mario...

Cuando por fin me volví, él me hizo un gesto con la mano indicándome que íbamos a comenzar el descenso.

Al alcanzarlo, mi gesto ya era como el de antes.

—¿Quieres que probemos a trotar un poco? —me preguntó Carlos.

—Uff, no sé qué hacer, me da miedo no poder moverme mañana por culpa de las agujetas —le contesté torciendo el gesto.

—Lo que quieras, ¿eh? No quiero que Mario venga mañana a mi casa con un palo a pedirme explicaciones.

—Mario no sabría ni cómo agarrar un palo. —Reí describiendo así el carácter pacífico de mi marido.

—Sí, eso es verdad, nunca he visto a Mario cabreado de verdad. Tiene nervios de acero. Lo admiro en ese sentido.

Decidimos trotar despacio para ver cómo respondían mis piernas. Mientras bajábamos con suavidad, me vinieron a la mente las imágenes de Mario cabreado gritándome hacía dos noches.

La verdad es que me había sorprendido sobremanera la actitud cortante con la que se había dirigido a mí. Se notaba que estaba empezando a cansarse de la situación.

Por fin llegamos a los coches; la casualidad hizo que hubiéramos aparcado en la misma zona. Cuando paramos, decidimos estirar. Estábamos colorados y sudados. Reímos al ver nuestras pintas. Sin esperarlo, me encontré una mañana agradable e inesperada para ambos. Yo no pensaba hacer tantos kilómetros y él no pensaba encontrarse conmigo por aquellos parajes.

Carlos me preguntó si me apetecía recobrar fuerzas en la cafetería que albergaba uno de los edificios del santuario. Accedí, pues necesitaba hidratarme cuanto antes.

Cuando entramos, la penumbra del local hizo que nos quitáramos las gafas a la vez, pues no veíamos prácticamente nada. Nos acercamos a la barra, pedimos una bebida energética cada uno y volvimos a salir a las mesas de fuera. Habría sido una pena no aprovechar el buen tiempo.

Cuando nos sentamos, nos dispusimos a contemplar el entorno.

—Qué preciosidad de lugar. Y qué lujo poder disfrutar de esto sin la aglomeración de gente del fin de semana. Soy una afortunada por disponer de tiempo libre, la verdad.

—Sí que lo eres. Y también tiene mérito que sepas apreciarlo. Estos momentos no te los va a quitar nadie. La vida son dos días y hay que aprovecharlos al máximo —dijo incorporándose y cogiéndome las manos. Ese gesto tan íntimo me turbó bastante. Nunca hubo tal acercamiento de contacto hacia mí. En nuestros tiempos, podíamos pasar horas hablando y hablando, pero siempre en la distancia; el roce estaba prohibido.

Lo dijo mirándome a los ojos con tal intensidad que no supe qué contestar. Él no apartaba la mirada de mi cara y yo no podía apartarla de sus manos. No sé cómo no me había dado cuenta antes de lo grandes que eran. Sentir sus manos duras y ásperas hizo que se me acelerara el corazón, a la vez que un leve cosquilleo provocó que algo temblara en mi entrepierna y me dejara del todo desconcertada.

Las aparté con cuidado, pues no quería demostrar mi turbación, y le propuse bajar al mundo real. Aún me quedaban muchas cosas que hacer antes de que llegaran los niños. Él asintió y, riendo, me dijo que también tendría que trabajar. Cómo podía hacer bromas después de la corriente que nos había atravesado momentos antes. Con eso en la cabeza, bajamos al coche en silencio.

Nos despedimos diciendo que teníamos que repetir. Nos metimos en los coches y, uno detrás del otro, recorrimos las mismas carreteras y calles llegando al mismo destino.

Estaba muerta. Después de un parón tan largo, no quería ni pensar en qué condiciones me iba a levantar la mañana siguiente. Fui una inconsciente al hacer un trayecto tan largo el primer día de salida. Pero es que me encontré tan bien que no pensé en las consecuencias.

Me metí en la ducha y allí estuve más tiempo del necesario. No quería ahondar en las sensaciones que sentí junto a Carlos. Supuse para convencerme que eran sus artimañas de donjuán. A estas alturas de mi vida, lo que menos necesitaba era llenar mi mente con fantasías eróticas de quinceañera.

Cuando llegaron los niños, pasamos otra tarde tranquila y serena. Daba gusto respirar paz. No podía desviarme del camino para que mi vida volviera a ser la misma de antes. Por la noche, cuando llegó Mario, encontró otra vez un ambiente tranquilo en casa. Suspiró y me abrazó con cariño.

Cenando, le conté a Mario el encuentro con Carlos. Él, con buen humor, me dijo que tuviera cuidado con su amigo. Que tenía fama de conquistador entre las mujeres.

—Pero, Mario, se supone que son un matrimonio feliz, ¿no? Bueno, tengo que reconocer que a Sofía feliz... feliz no la he visto nunca —ironicé.

—La verdad es que muy sonriente no se la ve... —dijo Mario pensativo—. Pero yo creo que Sofía es muy retraída. No muestra sus sentimientos. Eso no quiere decir que no sea feliz.

Los niños nos miraban sin entender nada, así que cambiamos de tema radicalmente. Le pregunté a Laura cómo iba en el cole. Si estaba todo bien. Se le iluminaron los ojos. Un torrente de palabras salió de la boca de mi niña. Mario y yo nos miramos atónitos, para después reír a carcajadas. Nos encantó escucharla tan feliz y despreocupada. Tomamos el postre entre risas y promesas para el fin de semana.

Ya en la cama, a Mario le costaba coger el sueño. Daba vueltas y vueltas intentando no molestarme, y yo, fruto del cansancio por la caminata mañanera, en seguida me dejé llevar de la mano de Morfeo.

Me encontraba adentrada en un bonito sueño cuando abrí los ojos y me di cuenta de que era sábado. Los volví a cerrar, apretándolos con fuerza, como si así pudiera hacer que las horas pasaran a cámara lenta. Me dolía todo el cuerpo. Ahí estaba el pago de haberme hecho la valiente el día anterior. No tuve cabeza. Debería haber empezado por menos kilómetros, pero ahora no tenía sentido quejarme. Mario notó que me había despertado y, adormilado, me dio el beso de buenos días.

—Buenos días, amor. ¿Qué te pasa, que pones esa cara de mono cabreado? —me dijo mientras me besaba por toda la cara.

—Sabes qué día es hoy, ¿verdad? —Le rodeé el cuello con mis brazos. Me refería a que era el día de la fiesta en casa de nuestros amigos.

—Sí, sábado. Mi día preferido para despertarme junto a la mujer más bella del universo...

—Venga, pelotero. Concéntrate.

—Síííí, lo séééé... no te lo tomes así. Seguro que te lo pasas de maravilla. Así salimos de la rutina —me dijo mientras se levantaba de la cama y se dirigía al cuarto de baño.

Yo no lo veía tan claro. Pero bueno, todo por Mario. Era consciente de que necesitaba reunirse con sus amigos. Hacía mucho tiempo que no los veía a todos juntos y sabía que necesitaba airearse un poco del trabajo. Era el sociable de los dos.

Cuando se iba acercando la hora de acudir a casa de Sandra, me iba poniendo más y más nerviosa; además, se me notaba enseguida, porque contestaba de mala manera a las preguntas de los niños.

A una hora de salir de casa, decidí subir a la habitación para darme un baño y empezar a arreglarme. Me puse música relajante y me metí en la bañera un rato, a ver si de esa manera lograba dejarme en el agua tibia los nervios que me atenazaban.

El baño me vino de maravilla. Con la toalla enrollada en la cabeza, preparé encima de la cama la ropa que más se asemejaba al protocolo de la fiesta. La miré con muchas dudas, no sabía si iba a ir demasiado arreglada. No había hablado con ninguna de mis amigas, incluida Sandra. Teníamos una conversación pendiente y eso me ponía más nerviosa si cabe. Normalmente, ellas estaban en contacto y hablaban de lo que se iban a poner unas y otras. Pero al llevar tanto tiempo apartada del grupo, no era sabedora de nada. La noticia de la fiesta la trajo Mario un día. Él sí que seguía en contacto con todos. Volvía a ser el bicho raro una vez más; salirme voluntariamente de los grupos de WhatsApp me convertía en un ser de otro planeta.

La debilidad de carácter me hacía aislarme. Cuando algo me hacía daño, huía. Y no es que alguno de mis amigos me hubiera herido adrede. Simplemente, un comentario contrario a mis pensamientos provocaba la huida inmediata. Yo era consciente de lo difícil de mi carácter, pero no podía hacer otra cosa. Cuando estaba en alguna conversación y simplemente opinaba algo que no era del todo ajustado a los pensamientos de mis amigos, sentía que me miraban como si fuera

una extraterrestre, o al menos eso me parecía. Por eso prefería callar, pero, al final, siempre afloraba el carácter dicharachero de mi juventud, para luego arrepentirme de haber hablado más de la cuenta. Eso era en cada reunión. Por eso, no me apetecía nada ir a esta en particular.

Cuando acabé de secarme el pelo, me lo recogí en un moño alto. Al final no estuvo mal. Escogí un vestido negro, sencillo pero elegante, y en el cuello me puse perlas para darle el toque blanco que exigía el protocolo de la fiesta.

Mientras me miraba con nerviosismo en el espejo entero que presidía el vestidor, entró Mario y se quedó parado en la puerta con cara de bobo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —dije con inseguridad.

—¿¡Pero qué dices!?! Estás espectacular, cariño.

—¿De verdad? Entonces, ¿no me pongo el otro? —le pregunté, dudando.

—¿Cuándo te vas a enterar de que, te pongas lo que te pongas, siempre estás preciosa? Pero te tengo que decir que, esta vez, te has superado —me dijo acercándose más de lo preciso.

Me dejé querer, pero con cuidado, pues no quería tener que volver a pasar otra vez por todo el proceso de maquillaje.

Estábamos hablando tranquilamente mientras se vestía, cuando sonó el timbre.

—Cariño, debe de ser Ada. Bajo yo.

Los niños salieron corriendo a recibir a la niñera que los cuidaba en días especiales, cuando la necesitábamos. Desde el primer día habían congeniado a la perfección. Ada poseía un don especial con los niños, en especial con Laura. A veces se quedaban hasta tarde hablando de cosas de chicas.

—Estoy encantada de verte, Ada. Hacía mucho que no nos veíamos. ¿Cómo va todo?

—Bien, Lucía, sin novedades —dijo con gracia Ada—. Yo también me alegro de que te hayas acordado de mí. Empezaba a dudar si ya no necesitaríais mis servicios. Voy haciendo trabajitos aquí y allí, pero siempre viene bien una ayuda extra para acabar el mes. Además, tenía ganas de ver a Laura.

—Claro que sí, querida. Siempre que necesitemos a alguien vamos a llamarte a ti, por supuesto. Nunca hemos tenido ningún problema y estamos contentos con la atención que les das a los niños.

Mientras hablábamos, bajó Mario. Me quedé de piedra. Por mucho que pasaran los años, no dejaba de sorprenderme su innata elegancia. Llevaba un traje de chaqueta negro y la camisa no podía ser de otro color que blanco, contrastando con la corbata negra, claro.

—Qué pareja más linda hacéis —dijo Ada con admiración—. Pasadlo muy bien.

Le agradecemos sus palabras y nos encaminamos hacia el exterior. Cuando íbamos a entrar en la parcela de Sandra y Miguel, tuve que parar un momento. Mario me miró con cara de interrogación.

—Espera, solo necesito tomar aire un momento —le dije, respirando hondo dos veces más.

—Cariño, no sé por qué tienes que ponerte tan nerviosa. Estamos entre amigos, todo saldrá bien. —Me dio la mano y me sentí más segura con ella agarrada de la mía.

Estábamos a punto de llamar a la puerta cuando se abrió de repente. Una sonriente Sandra nos daba la bienvenida, abriendo los brazos completamente en mi dirección. Yo me tiré literalmente en ellos, bendiciendo que el motivo por el que había estado tan nerviosa se resolviera tan fácilmente. Cuando nos separamos, nos miramos a los ojos; sobraban las palabras. Sonreímos y, abrazadas, avanzamos hacia el salón. Por el rabillo del ojo vi a Mario y Miguel encogiéndose los hombros, diciéndose uno al otro, entre risas, que nunca entenderían a sus mujeres.

La decoración era, como no podía ser de otra manera, en blanco y negro. Las servilletas,

platos, vasos y algún jarrón lleno de flores blancas y negras, hacían que quedara todo en perfecta armonía. Los integrantes de la fiesta, por supuesto, iban también combinados de esos dos colores. No eran muchos, en total serían más o menos dieciséis personas.

—Sandra, necesito una copa para poder lidiar con toda esta gente. Solo una o dos. Prometo portarme bien, de verdad.

—Cariño, toda esta gente, como tú los llamas, son tus amigos. ¿Qué miedo tienes? Sé feliz. Ellos os aprecian como siempre.

—Es difícil de explicar, Sandra. No sé exactamente lo que me pasa, pero no los puedo mirar como antes. No me hagas decir por qué, pero me siento juzgada y no he cometido ningún crimen.

—Pero todo eso está en tu cabecita loca. Nadie te juzga. Claro que han preguntado por ti. Hace tiempo que estás apartada de la vida social, y ellos lo notan —me dijo Sandra apretándome la mano con suavidad.

Mientras hablábamos, vi al fondo a Sofía. La verdad es que no me apetecía nada saludarla, pero, educada que es una, no podía hacer otra cosa más que acercarme a ella y preguntarle. Estaba espectacular, como no podía ser de otra manera. Era la más alta de nosotras. El cabello perfectamente recogido en un moño bajo, no se le escapaba ni un mísero mechón. Su rubio platino destacaba más aún porque iba toda de negro, con un mono estrecho en la cintura, pero con perneras anchas hasta los pies. Su gesto serio destacaba entre el buen ambiente que reinaba en la casa.

—Hola, Sofía. ¿Cómo estás?

—Hola, querida, cuánto tiempo sin verte. ¿Por fin has decidido salir de tu cueva?

«¿Salir de mi cueva? ¿Qué clase de saludo es este...?», pensé mientras estrujaba mi mente buscando una respuesta más o menos buena a semejante estupidez.

—Bueno, he estado un poco decaída. Necesitaba algo de soledad —contesté casi susurrando, entre otras cosas, porque sabía de lo idiota de mi contestación.

—Decaída, decaída... Tú lo que necesitas es trabajar y dejarte de estupideces. Ya verás como, cuando no tengas tiempo ni para ir al baño, se te quitan todas esas tonterías de depresiones y decaimientos.

—Sí, eso tendré que hacer. —Por supuesto, no encontré una respuesta lógica y válida para acallar la boca viperina de Sofía. Y como siempre que me sentía mal, huía, opté por eso mismo, salir corriendo—. Voy a tomar algo, tengo la garganta seca. Ahora vuelvo, Sofía. ¿Me acompañas, Sandra?

Salimos las dos de allí como si alguien nos persiguiera.

—Pero cómo puede ser la gente tan mala, Sandra, ¿y tú me dices a mí que son mis amigos y me quieren? ¿Pero tú has visto cómo me ha hablado? Que si por fin he decidido salir de mi cueva, que si yo lo que tengo que hacer es trabajar... Ay, señor, ¡yo me quiero ir!

—Tú no te vas a ningún sitio. Te vas a quedar y te lo vas a pasar bien conmigo. No le hagas caso a la bruja de Sofía, es una amargada de mucho cuidado, la clásica mujer superocupada que menosprecia a quien se toma la vida de otra manera —dijo mi amiga con cara de cabreo—. Seguro que se muere de la envidia al ver que Mario y tú os lleváis de maravilla y que vives como una reina. La verdad es que no había visto con mis propios ojos lo borde que puede llegar a ser. Ahora ya lo sé y te pido perdón por no darles importancia a tus sentimientos. Como se pase un pelo contigo, me la como.

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué me tengo que sentir tan mal? Porque haga las cosas de forma diferente al pensamiento de los demás, ¿significa que estoy cometiendo un crimen? En su momento decidí dejar de trabajar para estar con los niños, ¿tan mal está eso? Me da la impresión

de que esta sociedad está hecha para las trabajadoras. Si no trabajas, no existes, no vales nada.

Me iba a desencajar los dedos de tanto apretármelos, mientras hablábamos y esperábamos que Carlos nos sirviera la siguiente copa.

—¿Por qué tienes que pensar que es esa la razón por la que se muestra molesta Sofía? Nadie te ha dicho nada al respecto, así que quítatelo de la cabeza, anda. Que seguro que su amargura viene por otro lado.

Cuando Carlos se dio la vuelta y vio que éramos nosotras, se le encendieron los ojos. Otra vez su mirada fija en mí. Su mujer por ahí pululando y él mandándome flechas de amor. O lo mismo eran imaginaciones mías, vete tú a saber.

—Hola, preciosidades, ¿qué queréis que os ponga? Venga, animaos, que vamos a poner una música que os va a hacer bailar queráis o no. Es de nuestros tiempos.

Le pedimos cada una un *gin- tonic* y, mientras nos lo preparaba, no dejaba de parlotear explicando la manera de preparar el mejor *gin- tonic* de la historia.

—A ver, chicas, cuando lo probéis me tenéis que decir si de verdad es el mejor que habéis probado en vuestra vida. Mi segundo, bueno... mi tercer oficio debería haber sido barman, ya os lo digo yo. —Sandra y yo nos miramos muertas de risa, Carlos estaba en su salsa detrás de la barra improvisada de bar—. Escuchad con atención: primero se tienen que poner todos los ingredientes lo más fríos posible. Hasta la ginebra. Y si se puede, la copa también. Los cubitos tienen que ser lo más compactos posible, para que así el cóctel no quede aguado. La medida de ginebra es un chupito, no más. La tónica, pegada a la copa, para que pierda el mínimo de gas. Y por último, la corteza de limón cortada expresamente para que vuestros sentidos se agudicen con el sabor inconfundible del mejor *gin- tonic* que hayáis probado jamás.

No pudimos más que reír a carcajadas. La verdad era que a Carlos no le ganaba nadie a simpatía. Cuando quería ser gracioso, lo conseguía. Sabía sacar de mí la parte loca, de la que muy pocas veces hacía gala. No me podía creer que volvieran a salir a flote sentimientos que hacía mucho tiempo permanecían enterrados. Nos miramos a los ojos con la intensidad de antaño, cuando éramos solo tres. Cuando no era madre, cuando todas las preocupaciones eran cuidar mi trabajo y mi matrimonio. Y sobre todo, cuando Sofía no existía.

Salimos de allí con sendas copas en las manos, a la vez que sonaba la primera canción hecha para bailar y no parar.

Como la cena consistía en un picoteo dispuesto en una gran mesa en el rincón, íbamos bebiendo, comiendo y bailando. Hablando con unos y otros, al ir a por la tercera copa, mi cuerpo y mi mente consiguieron relajarse y dejarse llevar. Sandra y yo siempre nos compenetramos a la perfección en la pista de baile. Así que nos dejamos llevar por la música y fuimos la salsa de la fiesta. Nuestras risas resonaban en toda la casa. Eso provocó que Mario se acercara y nos preguntara si estábamos bien.

—¿No ves que sí? —le dije sin dejar de bailar, pasándole los brazos alrededor del cuello y besándolo en toda la cara. A él tanto amor en público no le hizo gracia, así que se desenrolló como pudo y me dijo sonriendo bajito que tuviera cuidado, que luego me solía arrepentir de mis locuras. No me lo dijo en tono amenazante, Mario no era así. Me conocía y sabía que, cuando al día siguiente analizaba la noche, solía arrepentirme de mis actos irremediabilmente.

—No te preocupes, mi amor. Voy a portarme tan bien que mañana al levantarme no voy a mostrar nada de arrepentimiento.

Mario se alejó para seguir la conversación con alguno de sus amigos. Mientras se alejaba, empezó a sonar la canción preferida de Sandra y mía. Nos pusimos como locas a cantarla y a mover el cuerpo al compás de la sensual letra que contenía. En una de las vueltas que di, me topé

con la intensa mirada de Carlos. Yo no le hice mucho caso, pero inconscientemente, o no tanto, bailé todo lo sensual que pude, contando con las cuatro copas que llevaba ya mi cuerpo serrano.

Cuando acabó la canción, le dije al oído a Sandra que me salía un momento al jardín. Necesitaba aire, sudada de tanto bailoteo. Estaba eufórica, me sentía de maravilla y, conforme salía, iba riendo con unos y otros. La nebulosa en la que me encontraba era una maravilla. Al salir, noté el fresquito de la noche y fue agradable.

—Qué solita estás. Apuesto a que necesitabas aire. Al ritmo que habéis marcado Sandra y tú, no os gana nadie —dijo riéndose Carlos.

Di un pequeño respingo, me había asustado otra vez.

—Veo que tienes el poder de asustarme, ya van dos veces en una semana. Me pregunto cuándo será la próxima —le dije, apoyada en la pared de la casita del jardín. Sentía un ligero mareo y por ello abrí los ojos, pues si los cerraba todo empezaba a dar vueltas y no estaba dispuesta a dar la nota vomitando en medio del jardín.

—Se está bien aquí fuera, ¿eh? —dije para romper el silencio que empezaba a ser tenso.

—Pues quería enseñarte algunas de las obras que me ha encargado Sandra. Son para su jefe, que tiene que promocionar a un autor polaco ya fallecido.

—Anda, qué interesante. ¿Y las tienes en la casa de la piscina? —Aunque tuviera la mente poco clara, me chocó que tuviera las esculturas en esa pequeña casita.

—Sí, están preparadas para salir el lunes hacia su despacho.

—Bueno, a ver si me sorprendes de verdad. Ya serían tres —le dije, guiñándole un ojo, desinhibida.

Entramos, y sí que estaban las obras ordenadas en una mesa. Entrecerré los ojos para que se fueran acostumbrando a la oscuridad. Las siluetas recortadas parecían espectros a la espera de ser juzgadas. Daban escalofríos con la poca luz que las persianas venecianas dejaban entrar.

—Madre mía, Carlos. Qué mente más oscura tienes. No me imaginaba que te dedicaras a crear esculturas tan tétricas, dan escalofríos.

—Por supuesto, no me dedico solo a esculpir bustos y cuerpos de esta índole. Esto es un encargo para recrear las obras de Zdzisław Beksiński. Fue un pintor, fotógrafo y escultor polaco. Ejecutó sus dibujos y pinturas de un género que él mismo llamó barroco o gótico. Suelo acoplarme a lo que el cliente demanda, aunque esta vez he tenido que inspirarme en algo más que unas fotos y documentarme muy mucho para poder entrar en la mente de un artista tan... diferente, podríamos decir.

—Tengo que reconocer que me has impresionado. Son preciosas a la par que aterradoras.

—Gracias, Lucía, tomaré tu comentario como un cumplido. Porque el término aterradoras no sé cómo calificarlo —dijo Carlos entre risas.

Me acerqué a una de ellas y la cogí para sentir su textura. El tacto áspero y puntiagudo, sumado a los colores oscuros, me transportó directamente a un escenario lúgubre de guerra y sufrimiento.

—Me pregunto qué sentiría el autor para crear semejante escultura de sufrimiento. Da pena pensar por lo que estaba pasando el tal Beksi... no sé qué más.

—Beksiński. Admito que es difícil de pronunciar —dijo riendo—. Pues te sorprendería el carácter afable y divertido que dicen sus biógrafos que poseía.

—Admiro lo que haces, no tiene que ser fácil adentrarse en la mente de todos los artistas.

—No te preocupes. No siempre tengo que recrear obras de otros artistas. Por suerte, también puedo dejar volar mi imaginación a ratos, y voy haciendo alguna que otra exposición mía en la galería que tengo en Madrid.

—Me encanta que sientas pasión por el arte. Siempre me han fascinado las mentes creadoras, que dejan volar su imaginación para plasmar lo que sienten, sin ningún tipo de estúpidas barreras sociales.

Nos quedamos muy cerca uno del otro, la conversación fluía en tono neutral, pero, lejos de alejarnos, lo que hizo fue acercarnos más. Admiraba su vena de artista y así se lo hice ver. Para cabeza fría en el trabajo ya estaba mi marido. Mario no se podía conceder el lujo de alejarse ni un ápice del camino trazado para seguir avanzando en la dirección correcta. Siempre tan cabal y calculador, se alejaba bastante del pintor bohemio o el músico romántico que siempre me atrajo desde bien jovencita.

Mi mente responsable me decía que me alejara lo más rápido posible, pero la Lucía rebelde y bebida que habitaba en mí me enredaba como si de una tela de araña se tratara, clavándome en el suelo, paralizando mi cuerpo y mi mente.

El deseo que Carlos despertó en mi interior me sorprendió sobremanera.

Él algo debió de notar porque se acercó a mí lo justo para que pudiera oler su colonia y sentir su aliento. Mi inconsciente, mi rebeldía, mi deseo. No lo sé. Pero me quedé aceptando lo que sabía por su mirada que iba a suceder.

Alzó sus grandes manos y me cogió la cara, dándome el beso más salvaje que jamás había recibido. Sentí un momento de temor. Fue una milésima de segundo, pues el deseo sobrepasaba a todo lo demás. De un empujón me aprisionó contra la pared, me dio la vuelta y me bajó las bragas solo hasta media pierna; la urgencia no entendía de delicadezas. Sus ásperas manos me recorrían el cuerpo con avidez. Me penetró por detrás fuerte, y yo me dejé hacer. Las rotundas embestidas hacían que me tambaleara a causa del alcohol que había ingerido, pero, lejos de acobardarme, me encendían más y más. Estaba como loca. Puso su mano diestramente en el centro de mi deseo y eso fue el detonante para llegar al orgasmo. Lo hicimos juntos. La rapidez del acto nos dejó exhaustos. Su respiración sobre mi pelo fue aplacándose poco a poco. Yo continué apoyada en la pared, pues no podía moverme. Sentía que, si lo hacía, me iba a desmayar del esfuerzo que acabábamos de hacer.

No quise girarme, no podía ni quería mirarlo a los ojos. Me subí las bragas y, como pude, salí corriendo hacia el cuarto de aseo que estaba a pocos metros, dentro de la casita. Allí, mientras me limpiaba los restos del pecado, noté su olor y todo lo que representaba. Las arcadas me invadieron y toda la bebida que había ingerido momentos antes salió de mi garganta como un torrente oscuro y miserable.

Cuando me recompose, salí rezando por que Carlos ya no estuviera en la estancia. Y así fue. Debió de oír mi repulsión por lo sucedido. Salí de la casa de la piscina; parecía que nadie se había percatado de lo que allí había sucedido.

Mientras recorría los pocos metros que me separaban del cuarto de baño, mi mente cobarde buscaba un culpable. No podía pedir clemencia por algo tan sucio, y no sería tan sucio si no hubiera un inocente que en absoluto se merecía recibir ese puñetazo de realidad. Un momento de placer irrefrenable era sinónimo de desastre total. No podía culpar al alcohol, ni a mi mala cabeza, ni a la situación anímica por la que estaba pasando. Nada podía exculpar lo que hicimos en la casa de la piscina. Pero había pasado, no podía volver atrás en el tiempo y darle la vuelta a las manecillas del reloj.

El pecado estaba cometido y estaba segura de que iba a pagarlo con lágrimas de sangre. Salí de la estancia como un perro cuando hace alguna fechoría y sabe que su amo está esperándolo con mano dura.

Entré en el salón central y me fui directamente a por el bolso para retocarme el maquillaje.

Cuando me vi en el espejo del baño, por poco me da algo. Los labios se mostraban hinchados y rojos por los rabiosos besos de Carlos. Además, tenía un brillo inusual en los ojos, que podía ser de las copas de más, pero que, observados por alguien muy cercano a mí, no pasarían desapercibidos. Menos mal que llevaba el maquillaje entero en el bolso. Me lavé la cara queriendo borrar así el olor de Carlos. Y empecé todo el proceso de maquillaje, que acabé en tiempo récord. Cuando terminé, mi aspecto podía pasar por normal. Iba a salir cuando Sandra entró por la puerta.

—Pero ¿dónde estabas? Llevo horas buscándote.

—Qué exagerada eres, hija. Nada, que he empezado a encontrarme mal y he salido un rato al jardín para que me diera el aire. Se está de lujo ahí a estas horas.

Por supuesto, me fue imposible decirle nada. Tampoco mirarla a la cara. Sentía tal vergüenza que, con una disculpa tonta, salí de allí por miedo a preguntas más específicas.

Casi me caigo del susto cuando, al salir del baño, estaba Mario plantado en medio del pasillo, impidiéndome el paso. Me extrañó ver la cara larga que tenía, pues, que yo supiera, no nos había visto nadie. El temor de que fuera así me puso muy nerviosa.

—Vámonos —me dijo, así, sin más. No quise preguntar, yo también quería irme, por supuesto.

Nos despedimos de los que vimos de camino a la salida. Por suerte, no eran ni Sofía ni Carlos. Iba a paso tan rápido que yo tenía que dar pequeñas carreritas para no quedarme atrás. No soltó ni una sola palabra hasta que entramos en nuestra habitación.

Sus ojos inyectados en sangre y llorosos me impactaron a más no poder. Se paró en medio de la estancia, con las manos en los bolsillos, y con gesto grave me preguntó si sabía lo que había hecho. Allí mismo vi mi mundo caer. No antes ni después. En ese mismo instante.

—Cariño, no sé a qué te refieres. —No pude encontrar otra frase más deleznable.

—Lucía, por favor, no tengas la poca vergüenza de negar lo que mis ojos han visto. Carlos ha salido de la casa de la piscina con cara de perro apaleado. Y al momento tú, mi querida esposa, con los labios hinchados y esa cara que yo tanto conozco después de una sesión de sexo. No me lo puedes negar, Lucía, no me creas tan necio. —Todo eso lo dijo con lágrimas en los ojos. A mí se me rompió el alma.

—¿Cómo has podido, Lucía? ¿Eres consciente de lo que van a acarrear esos minutos que has disfrutado? —Su tono iba subiendo inevitablemente—. ¿Has pensado en tus hijos? Tengo tantas preguntas y tan pocas ganas de oír tus respuestas...

Empezó a recorrer la habitación de un lado a otro.

—Y con Carlos. —Sus manos ya no estaban en los bolsillos; recorrían su cabello una y otra vez. Decidí hablar. Afrontar mi culpa, por mucho que me doliera.

—Mario. —No sé por qué ya no podía llamarlo cariño—. No tengo nada que decir, más que perdón. Dormiré en la habitación de invitados y mañana decidiremos qué hacer.

—No sé si no te acuerdas de que la habitación de invitados está ocupada por la niñera, o es que, además de perder la dignidad, has perdido también la memoria.

Cerré los ojos por el insulto medido que escupió Mario. No estaba acostumbrada a que me hablara así. Pero, claro, dadas las circunstancias, era lo más dulce que me podía decir.

—Vale, pues dormiremos juntos. No sería la primera vez que lo hacemos después de una discusión.

—Esto no es una discusión, Lucía. Es el final de un matrimonio.

Dicho eso, se fue al cuarto de baño y se cambió. Yo me quedé sentada en la cama, sin saber qué hacer. ¿Qué hacen las personas cuando cometen una infidelidad y arruinan un matrimonio por un capricho? Eso no te lo enseñan en ningún sitio, pensé tontamente.

Pasé la noche sin dormir, lógicamente. A Mario no debió de irle mejor, a juzgar por las vueltas que dio en la cama, intentando no tocarme de ninguna de las maneras. Me sentía sucia a pesar de la ducha que me había dado antes de acostarme. No podía dejar de pensar qué hubiera dado por volver el tiempo hacia atrás y evitar cometer el mayor error de mi vida. Las lágrimas caían por mi cara una tras otra sin poder parar. Tuve tiempo de reflexionar sobre el futuro. No quería por nada del mundo que mis hijos sufrieran por mi causa. Pero era algo inevitable. Me maldije una y otra vez.

Me dormí cuando amanecía, agotada por el llanto. Cuando a media mañana me desperté, Ada ya no estaba y los niños estaban con su padre. Lo llamé para comunicarle la decisión que tuve que tomar.

—Me voy, Mario.

—Vale. ¿Dónde vas a estar? —Me dolió que no opusiera resistencia, pero ¿qué pensaba yo? ¿Que iba a perdonarme, que me quería mucho y que lo iba a olvidar sin más?

CAPÍTULO 3

La decisión fue dura. Dejar a mis hijos fue lo más difícil. Trasladarme a la casa de la playa, lo más fácil. Allí tendría tiempo para pensar qué hacer con mi vida. Decidimos que, de momento, Mario trabajaría menos horas y que intentaría estar más en casa con los niños.

La decisión de dejar a mis hijos con Mario no fue algo fácil de asumir. Pero no encontré otra solución más fácil para mí y menos dolorosa para ellos. Ellos debían seguir con sus vidas igual que si estuviera yo. Sacarlos de casa no sería una buena idea. Estaba claro que yo no estaba en condiciones de dirigir sus vidas en el día a día. Necesitaba tiempo para mí, para ordenar mis pensamientos. Huir de la casa familiar me daría tiempo para poder afrontar un futuro incierto.

Intenté no hacer un drama de la despedida. No quería que mis hijos vivieran la separación como algo traumático. Les explicamos que mamá se iba a un sitio a curarse. Daniel se lo tomó como un juego, pero Laura no podía disimular que no se creía nada. Su gesto era serio; sus ojos desmesuradamente abiertos delataban que no quería que se le escapase ningún detalle para averiguar la verdadera razón de mi huida.

El último abrazo con Laura me supo agrio. Me devolvió el abrazo, pero sin apretar. Fue frío, sin mirarme a los ojos. Le susurré que la quería demasiado. Pero ella no contestó. Mientras estaba abrazada a ella, quise empapar me de su olor. Necesitaba llevármelo conmigo para no morir me en el camino. Le dije que algún día le explicaría mi ausencia. Pero ella no entendía nada, como era normal.

Mario permanecía al lado de los dos. Su gesto era impenetrable. Mostraba unas ojeras tan pronunciadas que me dio la sensación de que no era mi marido. Era un ser extraño. Con un gesto extraño. Su habitual gentileza se había esfumado como el vapor de una antigua locomotora que me llevaría lejos de mi hogar.

Subí al coche y, al mirar por el espejo retrovisor y ver a mis tres trozos de vida allí plantados, solté un desgarrador y agónico quejido. Tuve que parar el coche al girar la esquina, no veía la carretera por las lágrimas que insistían en salir a borbotones de mis ojos cansados. Paré lo necesario hasta tranquilizarme.

En una hora más o menos llegaría a la casa de la playa. Ante mí se abría un abismo de incertidumbres que tendría que afrontar poco a poco. Mario me dijo que hiciera lo que quisiera, pero que los niños no se iban a mover de casa. Que si quería alquilarme un piso cerca, lo hiciera; él me ayudaría a empezar. Pero de momento yo solo quería alejarme de todo. En absoluto estaba en condiciones de enfrentarme a todos y tener que dar explicaciones a unos y a otros. Solo me faltaba eso. El error estaba cometido y, cobarde como era, tenía que huir. Ya tendría fuerzas para enfrentarme a comentarios y reproches. Ahora no. Simplemente no podía. ¿El porqué de mi error? Era simple: Mario era leal, trabajador, bueno, inteligente y, sobre todo y más importante, me quería. Me quería de verdad y yo lo sabía. Podría acabar con todos los adjetivos del diccionario para describirlo, pero no hacía falta. La había cagado de verdad. Y ahora, mi deber era salir del problema donde estaba metida hasta el cuello.

Teníamos una preciosa casita en Daimuz, justo en el paseo de la playa. Cuando llegué, abrí la verja y metí el coche. No saqué las cuatro cosas que había cargado para mi estancia allí. Después

lo haría. Estaba demasiado cansada. Me dirigí a dar la luz de la caja central y abrí las ventanas para airear el ambiente cerrado. Me senté en el sofá y me dejé llevar por la melancolía. Mi estado de ánimo no me dejaba fuerzas para nada más. Sabía que debería ir a hacer la compra y todas esas cosas, pero lo único que podía hacer en esos momentos era cerrar los ojos en un intento de no ver más allá.

Me acurruqué en el sofá y, sin quererlo, me dormí. Cuando desperté, vi que ya casi era de noche, pero, al salir a la terraza que daba al mar, me di cuenta de que la oscuridad era fruto de la tormenta que se estaba formando mar adentro. Estaba todo encapotado; el tiempo quiso solidarizarse con mi estado de ánimo. Así que me obligué a cruzar la calle y entrar en un autoservicio que estaba en la acera de enfrente a comprar cuatro víveres para aguantar hasta el día siguiente. Por supuesto, el apetito brillaba por su ausencia, pero mi estómago no paraba de protestar, así que pensé que debería comer algo. Cuando cargué la cestita de cuatro cosas, pasé por el pasillo de las bebidas y me autoconvencí de que beber algo me ayudaría a dormir esa noche, que se avecinaba dura. Así que cargué un poco de todo y con varias bolsas me dirigí a mi refugio temporal.

Me serví la primera copa y, como no quería cocinar, abrí un paquete de jamón cocido y unas patatas de bolsa. Me senté en la terraza con la copa de vino en una mano y una loncha de jamón en la otra. Empezaron a caer las primeras gotas y, con ellas, el típico vientecillo fresco, que me obligó a salir al coche a por la ropa que no me había apetecido meter horas antes. Me abrigué y volví a salir fuera; la vista era preciosa. El mar justo delante de mí, rugiendo a causa del temporal. La terraza estaba techada y eso me permitió observar sin mojarme.

Conforme la copa iba vaciándose, mi estado de ánimo iba mejorando. Era curioso cómo una copa de vino surtía ese efecto en mi pensamiento. Empezaba a verlo todo de otro color; por lo menos ya no era negro del todo. Parecía que empezaba a aclararse. A lo mejor, todo el proceso por el que estábamos pasando era necesario para volver a empezar y poder tomar las riendas de mi vida. Quién sabe. Y lo mismo mis hijos no me echaban tanto de menos y les venía bien estar más con su padre. Me serví otra copa y así hasta que estaba tan borracha que dejé de apreciar el mar y la tormenta.

Lo dejé todo fuera, entré en el saloncito y me recosté en el sofá, vestida con la ropa de calle. Si casi no podía andar, cómo iba a realizar la ardua tarea de quitármela y ponerme el pijama.

Al día siguiente sería otro día; lo mismo me levantaba con ganas de correr por la playa un ratito. Eso me vendría bien para el ánimo. Con esa idea en la cabeza, me dormí. De madrugada sentí frío, como es lógico, así que busqué a tientas una mantita que siempre teníamos a mano para las tardes en que refresca en verano. Cuando la agarré y me la tiré encima, el tacto y el olor me transportaron a las tardes en casa con mis niños.

Otra vez el dolor me agujereaba el corazón. Decidí abrir otra botella y así poder soportar el sentimiento de culpabilidad que me aplastaba el cráneo. Con la segunda copa, me volví a dormir. Bendito somnífero había descubierto, pensé mientras me atrapaba el sueño.

Cuando amaneció, me vinieron a la cabeza mis intenciones de salir a correr. Pero la cabeza me dolía tanto que decidí dejarlo para más tarde.

Estaba en el sofá todavía con la mirada fija en el techo, cavilando qué hacer, cuando pensé que, si me tomaba un café, lo mismo el dolor de cabeza aflojaba y me dejaba hacer alguna que otra cosa. La casa no necesitaba nada, pues solíamos dejarlo todo limpio y no permanecía cerrada grandes temporadas. Bajábamos con asiduidad, pues a los niños les encantaba ir a la playa a jugar con la arena, aunque fuera invierno. En el este del país, los inviernos suelen ser suaves y permiten disfrutar del aire libre durante las estaciones frías.

Así que decidí ponerme manos a la obra. Saqué la ropa de las bolsas y la ordené en el armario. Iba a ducharme cuando caí en la cuenta de que el termo estaría apagado, así que lo encendí y, mientras el agua se calentaba, pensé en acercarme a la farmacia para comprar algún paracetamol, por si otro día apretaba más el dolor de cabeza que en aquel momento me estaba martilleando las sienes como si de un pájaro carpintero se tratara.

La casa era pequeña y de edificación antigua, pero por dentro la teníamos bastante arreglada. La parte delantera daba al paseo marítimo y constaba del comedor-cocina en la planta de abajo, con un jardín que albergaba una gran barbacoa con mesas y sillas para los invitados que pudieran venir a visitarnos. En la planta de arriba estaban las habitaciones y dos cuartos de aseo. Y una gran terraza que era la envidia de los paseantes que transitaban por allí. Al garaje se entraba por la parte de atrás, donde estaba la calle comercial y por donde se accedía a la farmacia y el autoservicio que tan bien nos venía para los olvidos.

Miré alrededor y los recuerdos me hicieron cerrar los ojos. Dolían demasiado. Con un ramalazo, agarré el bolso y salí a la calle en busca de la farmacia. Entré en ella y, como siempre, detrás del mostrador estaba Celia; nos conocíamos desde hacía años. Desde que compramos la casa. Ya era tarde para dar media vuelta. El fallo había sido mío, al no caer en la cuenta de que podía haber ido a cualquier otra farmacia en la que no me conocieran. No quería dar explicaciones y me inventé que queríamos cambiar los ventanales e iban a venir a medir para darnos un presupuesto. Me salió de carrerilla; estaba empezando a mentir de maravilla. «Bueno, para algo sí que sirvo», pensé amargamente.

En cuanto me sirvió el paracetamol, pagué con dos monedas que tenía sueltas por el bolso y salí lo más deprisa que mi dolor de cabeza me permitió. Me lo tomé y, después de ducharme, decidí ir a dar un paseo por la arena. Hacía un precioso día de abril como para desperdiciarlo en casa, así que me encaminé a la playa. Me quité los zapatos, sentí la arena fresca en los pies y la sensación me agradó. Cuando llevaba más o menos dos kilómetros, decidí volver y, al llegar a la altura de mi casa, me sorprendió ver el chiringuito abierto. Solían abrir en junio. Me sentí atraída por el solecito y la temperatura primaveral que reinaba. Con los zapatos en la mano, me acerqué a las mesas dispuestas en la arena y me senté cara al sol. La camarera se acercó y yo no supe qué pedir. No sabía ni qué hora era: hora de cerveza, de copa de vino o de Martini blanco. Vete tú a saber. Miré alrededor y vi a una pareja tomando unas cervezas, así que pedí una para mí. Me preguntó si iba a comer allí y le dije que no. La verdad es que no sabía ni cuánto dinero llevaba encima en total, así que opté por no arriesgarme; además, no tenía hambre, solo sed. No recordaba haber desayunado y, por lo visto, iba camino de seguir inapetente por una eternidad.

Miré a la pareja que estaba a mi lado; ellos me miraron también y me sonrieron. Yo les devolví una sonrisa forzada, más que nada por no ser descortés. Ellos lo tomaron como una invitación a conversar y me maldije por no haberme sentado más alejada. Lo que menos me apetecía en esos momentos era ser educada y mantener la compostura.

—Qué día más bueno hace, ¿verdad? Estamos de paso y no nos esperábamos esta temperatura en el mes de abril. Qué bendición. —No, por favor, ahora querían hablar del tiempo. Les sonreí asintiendo, a ver si así me dejaban en paz.

—¿Estás de vacaciones? —No me lo podía creer, esa chica morena no flaqueaba con mi silencio. ¿No podía centrar su atención en su querido novio?

—Sí, me he escapado unos días de mi trabajo. La verdad es que este tiempo se agradece. — Otra mentira.

—¿Quieres acompañarnos a comer? ¿Estás alojada por aquí cerca?

—No, gracias, prefiero comer en mi casa. No estoy en un hotel, vivo ahí mismo. —Le señalé

mi preciosa casita en el mar—. Gracias de todos modos, muy amable por vuestra parte.

—Venga, mujer, ánimo. Por cierto, ¿cómo te llamas? —Se levantó, me ofreció la mano, puso una silla en su mesa y me dijo que no aceptaría un no por respuesta. Eso era el colmo. No supe cómo negarme otra vez y me senté con ellos. A veces no me doy cuenta de lo fácil que soy de manejar. Así que acepté y me dejé llevar, como tantas otras veces en mi vida.

Me pidieron otra cerveza y, conforme la copa iba vaciándose, mi lengua se iba soltando. Cuando iba por la tercera cerveza, pidieron la comida y yo, encantada, me quedé con ellos. Ya éramos amigos. Me inventé un trabajo y mi soltería. Me resultó tremendamente fácil crearme una nueva identidad. Por lo menos conservé mi nombre verdadero.

Al acabar de comer, ellos pidieron la cuenta e insistieron en pagar. No sé por qué, eso me dio confianza y les pregunté si querían subir a mi casa a tomar café. Animada como estaba, no tuve ningún pudor en llevar a unos desconocidos a mi hogar.

Allí saqué el arsenal de bebida que había en el minisupermercado de la calle de enfrente, y seguimos la fiesta en casa. Me contaron muchas cosas de sus vidas, que acababan de casarse y estaban de *tour* por España. La verdad es que eran agradables. Conocer a unas nuevas personas inventándome una identidad era, cuanto menos, divertido. Su residencia estaba en Madrid, pero querían conocer algunas ciudades antes de incorporarse a sus respectivos trabajos. Cuando anocheció y me vieron bostezar varias veces, decidieron irse. Me dijeron que al día siguiente iban a comer en el mismo sitio, si el tiempo era el mismo. Que me animara y los acompañara. Yo acepté, y así creamos una rutina de comida y bebida que me obligó a reponer mi botellero de varias bebidas que íbamos consumiendo sin ningún pudor.

Con el tiempo, no me explico por qué no me extrañó que una pareja tan joven bebiera tanto. Y si estaban de viaje de novios, por qué lo desperdiciaban en semejantes tardes de borrachera. Ahora, viéndolo de lejos, supongo que me encontraba en tal burbuja que me impedía razonar con normalidad. Así, los días iban pasando y no tenía que pensar en nada que no fuera yo.

Las mañanas las pasaba en la cama, esperando la hora de la comida. En esos pocos días que estuve perdida, no tuve ningún contacto con mi familia. Solo pensaba en ellos unas pocas horas, pues, desde el mediodía hasta la madrugada, entraba en trance, viviendo una vida ajena a la mía de antes. Al tener otra identidad, desaparecían de mi cabeza asombrosamente.

Pero cuando estaba serena, que era muy poco tiempo, me asaltaban los remordimientos. Me sentía mala madre, mala esposa y mala amiga. Esperaba una llamada. Pero no llegaba. Cómo iba a llegar, pensé automáticamente. Luego, con la primera copa, me autoconvencía de que estaban mejor sin mí, y que me venía bien estar sola, a mi aire. Que los niños solo entorpecerían mi retiro voluntario. No se me pasó por la cabeza ni una sola vez el interrogante de si estarían bien cuidados. Nunca dudé de Mario. Ante todo, era un buen padre. Todas esas elucubraciones, y más, bailaban en mi mente cuando despertaba y me quedaba en la cama mirando el techo.

Un día cualquiera, me propusieron comer en casa, pues estaban hartos de la comida del chiringuito; la carta constaba de cuatro platos escasos. Yo accedí, por supuesto, abducida como estaba por esa extraña pareja, compañera de borracheras y excesos. Cuando llegaron a casa, abrí la puerta arrastrando los pies, mis fuerzas eran mínimas debido a la malísima alimentación que estaba teniendo los últimos días. Mi dieta consistía en una comida en condiciones al día, y todo lo demás lo rellenaba con alcohol. Por supuesto, me dijeron que esas fiestas las tendríamos que pagar entre los tres, y les iba dando dinero conforme me pedían. No eran grandes sumas, yo calculaba lo que consumíamos y la cantidad no era desproporcionada. Yo iba sacando dinero de un cajero cercano según me iba haciendo falta. Supongo que Mario no me llamó en ningún momento, siendo sabedor de las retiradas de dinero que estaba efectuando, porque no eran

excesivamente elevadas.

Empezamos la reunión charlando tranquilamente cuando vi que el chico sacaba del bolsillo un pequeño plástico blanco. Él me preguntó si tenía algún espejo de mano en el cuarto de baño; le dije que sí y fue a por él. Cuando abrió el plástico y sacó lo que había en él me quedé de piedra. Yo nunca había tomado drogas, pero sabía de sobra lo que eso contenía, y no eran polvos de talco precisamente.

—Venga, Lucía, no seas mojigata. No me digas que nunca has probado la coca.

—Pues la verdad es que no. No me hagas tan moderna, tengo algunos años más que tú, recuérdalo —dije entre risas. Pasé de decirle que sabía de sobra lo que era aquello y lo que producía en el organismo. Pero tampoco lo frené. Quería probarla, quería dejarme llevar y no pensar en nada que no fuera yo misma. Necesitaba no sentir nada, ni dolor ni culpabilidad, nada que me hiciera sufrir.

Preparó tres rayas y enrolló un billete con movimientos seguros. Como si ese gesto lo hiciera a diario. Los observé a los dos. Cuando me tocó a mí, juraría que me temblaban las manos. A mis cuarenta años, me iba a meter la primera raya de coca. Me tapé un lado de la nariz y aspiré con fuerza; la sensación que experimenté no la olvidaré nunca. Me picaba el tabique nasal y, a la vez, noté un sabor horrible en la garganta, causa por la cual me dieron ganas de vomitar. Empecé a tener arcadas y la pareja, entre risas, me recomendó que bebiera, que siguiera bebiendo, que enseguida me sentiría mejor.

Después de varias rayas y mucho alcohol, decidieron irse. Yo no podía dormir, no hacía más que dar botes en la cama. Me picaba todo el cuerpo, no sabía si de lo rápido que corría la sangre por mis venas o de lo acelerado que me latía el corazón.

Los siguientes días no fueron diferentes. Mi estado físico y mental iba cada vez peor. El último día que íbamos a vernos los tres sobrepasamos todas las reglas habidas y por haber. Por suerte, no caí en enredos sexuales. Bebimos y nos drogamos en exceso. Si hay algún techo que delimite el máximo que una persona puede llegar a destruirse, yo lo sobrepasé con holgura.

CAPÍTULO 4

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue la cara de Sandra pegada a la mía y, a lo lejos, su voz gritando mi nombre.

—¡Lucía, Lucía, despierta! Pero ¿qué has hecho con tu vida, cariño mío? Despierta, amor. ¿Qué has hecho, Dios mío...?

Yo abría y cerraba los ojos. La visión era borrosa; lo que más me costaba era distinguir lo que decía. La oía de lejos y vislumbré lágrimas en sus ojos. No entendía nada.

Entre penumbras, la vi alejarse y hablar por teléfono. En medio de la conversación, escuché su nombre. *El nombre*. No podía moverme ni hablar. De haber podido, le habría gritado a Sandra que colgara de inmediato. Volví a cerrar los ojos. Estaba realmente cansada, pues debería dar saltos de alegría al ver a mi amiga a mi lado, pero mis párpados no podían permanecer abiertos; pesaban demasiado.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba en brazos de Mario. Me llevaba en volandas a la calle. De repente, me sentí segura. Sus grandes brazos me envolvían protectores. Volví a cerrarlos; a lo mejor estaba soñando y prefería no despertar. Con ese convencimiento, me relajé, pensando que mi amor había venido a rescatarme. Mi caballero de armadura iba a perdonar mis pecados. Poco después, la sonrisa que empezaba a aflorar en mis labios se torció de repente, al deslumbrarme una potente luz directamente sobre el ojo derecho. Después, sobre el izquierdo. No entendía nada, ¿el sueño no era real?

La confirmación de que no era un sueño llegó cuando una gran aguja me agujereó la vena. Lo que fuera que metieran en mi torrente sanguíneo me acabó de despejar. Solo quedaba un ligero mareo y un terrible dolor de cabeza. El médico hablaba con Mario y Sandra. Ellos, con gesto serio, escuchaban lo que les relataba.

La sorpresa vino cuando un agente uniformado entró en la habitación. Mario y Sandra se acercaron a mí; por su gesto, querían tranquilizarme. Bueno, mejor dicho, el gesto de Sandra, el de Mario seguía tan frío que la sangre se me heló de un plumazo.

—Señorita, soy el agente Muñoz. Tengo que hacerle unas preguntas. ¿Está en condiciones de poder contestar?

—Sí.

—Mire, no sé si sabrá que su amiga la ha encontrado drogada y desmayada en su casa. Suponemos que estaba acompañada antes de perder el conocimiento. —Ante tal afirmación tragué saliva—. Quiero que sepa que han saqueado su casa. —Más saliva.

Giré la mirada hacia Mario. Suspiré. Otro motivo por el que perder, más si cabe, a mi marido.

—Tiene que decirnos con quién estaba esta noche, si es que estaba con alguien.

—Sí, llevo varios días manteniendo contacto con una pareja de jóvenes que se acaban de casar y están de viaje de novios.

—Dígame sus nombres.

Se los relaté. Claro, no sabía sus apellidos. ¿Quién conoce a una persona por primera vez y le pregunta los apellidos? Que yo sepa, nadie. La verdad es que pocos datos podía yo darle al agente. El hombre me dijo que, cuando me recuperara, tendría que pasar por la comisaría del pueblo para ver si identificaba alguna foto de los cuatro o cinco delincuentes que hacían de las suyas por ahí.

No me podía creer que hubiera sido tan tonta de dejarme engañar por esa extraña pareja que

me había acompañado durante tantas tardes viciosas y desordenadas. Cómo había sido tan tonta. Una vez más, debía admitir que mi carácter indeciso y manejable no me hacía ningún bien. Al contrario, si seguía así, lo único que iba a conseguir era destruir lo poco bueno que quedaba de mí.

Cuando el agente se fue, Sandra se acercó y me dio un abrazo que, como no podía ser de otra manera, hizo que explotara todo lo que llevaba dentro.

—Lo siento, lo siento... —No podía decir otra cosa.

—Ya hablaremos tranquilamente, Lucía. Ahora lo importante es que estás bien. No quiero ni pensar qué habría pasado si no me hubiera dado por desobedecer a Mario y no hubiera venido a verte. Solo de pensarlo, se me ponen los pelos de punta.

—Mario... —dije girando la cabeza hacia él.

—Ahora no vamos a hablar, Lucía. Vas a pasar la noche aquí en observación. Cuando estén los resultados de los análisis, si está todo bien, te darán el alta. Entonces decidiremos qué hacer.

Bajé la mirada. Estaba realmente avergonzada. ¿Qué más podía hacer para caer bajo? Así que opté por callar.

A la mañana siguiente, cuando me dieron el alta, Sandra y Miguel estaban ya allí.

Sabía, porque la conocía, que Sandra estaba deseando hacerme un interrogatorio completo. Pero no se atrevería estando Mario delante. Su gesto era demasiado severo como para arriesgarse. Fuimos a la casa a recoger mis cosas.

—Esta noche he tenido tiempo de pensar. He decidido entrar en un centro de retiro, de ayuda. Creo que necesito ayuda psicológica. He buscado por la red y he visto uno que está cerca de Alcoy. Ofrecen terapia, meditación, etcétera. Me gustaría ver a los niños antes de entrar. No sé cuándo volveré a verlos. —Todo eso lo solté de carrerilla, mirándome las manos; no podía mirar a otro lugar.

—Yo creo que no estás en condiciones de verlos. Tú no eres consciente del deterioro que tu cuerpo ha sufrido en un solo mes. Si te ven así, posiblemente se asustarán.

—Mario, no me hagas esto. Necesito verlos. Solo un día con ellos. Me maquillaré y mi aspecto mejorará. —No podía mirarlo a la cara. Algo me lo impedía; sentía vergüenza a la par que pena por mí misma.

—Mario, ¿qué te parece que Lucía se venga a mi casa hasta que se formalice el ingreso al centro? —intervino de pronto Sandra.

—No veo inconveniente.

—¿Qué te parece, Lucía?

—Me parece bien. No sé cómo les explicaré a los niños por qué su madre no duerme en su casa, pero algo pensaré. —No sabía qué más decir—. Te lo agradezco mucho, Sandra. Nunca olvidaré lo que estás haciendo por mí y lo que te estoy haciendo pasar. —Suspiré.

—No digas tonterías, ¿para qué están los amigos? Anda, vamos.

Me instalé en mi nuevo hogar. Esa misma tarde, habíamos acordado Mario y yo que los niños vendrían a casa de Sandra a verme. El corazón me latía tan deprisa que me dio la impresión de que me iba a desmayar en cualquier momento.

Cuando entraron, Daniel se abalanzó sobre mí gritando «¡mamá ha venido a vernos!». Era la inocencia en persona. Lo besé, abracé y olí hasta que me quedé satisfecha. Él se dejó hacer sin rechistar. Cuando levanté la mirada hacia Laura, su rostro ofrecía el mismo gesto que el de Mario. Serio, dolido, como si adivinara todas y cada una de las faltas cometidas por su madre. Debí de notar mi deterioro físico, pues su mirada me recorría de arriba abajo sin disimulo. Le indiqué que se sentara a mi lado, y los demás nos dejaron solas sin tener que pedirlo con palabras.

—Cariño, ¿cómo estás? Qué alegría me da verte. Estás preciosa. —No me atreví a abrazarla, aunque me moría de ganas. Me daba miedo su rechazo. En esos momentos de mi vida, no podía arriesgarme a un dolor tan grande, tan tangible.

—Mamá, ¿por qué estás tan flaca? —La sinceridad de Laura me hizo quererla más si cabe.

—Laura, me gustaría hablar contigo con claridad. Creo que ya eres mayorcita para entender ciertas cosas. —Respiré hondo, eso me iba a costar más de lo que me esperaba—. He estado en la casa de la playa y allí, triste como estaba, me he comportado de forma errónea. No me he alimentado correctamente y he hecho algunas cosas malas. Fruto de mis malas decisiones es este aspecto que tengo. Pero no te preocupes, voy a buscar ayuda y, cuando me cure, prometo regresar a por vosotros para que volvamos a ser una familia, como lo éramos antes.

Laura se quedó mirándome sin decir nada. Me habría encantado que hubiera replicado algo. Poder entablar una conversación madre-hija y derribar así el grueso muro que se erigía entre nosotras. Pero no fue así. Solo suspiró profundamente. Me tuve que conformar con una fría despedida y ella se tuvo que conformar con promesas que ni siquiera yo sabía si iba a poder cumplir.

Se fueron. Igual que llegaron, partieron. Ni siquiera pude intercambiar unas palabras con Mario. No podía obligarlo a hablar conmigo.

Vino la noche y con ella la inquietud. La oscuridad propiciaba en mí un desasosiego lacerante y peligroso. Me metí en la cama intentando no pensar en mi vida. En la situación en la que me encontraba. Estaba en una cama extraña, sin mi familia. Me sentía sola, a pesar de la protección fraternal de Sandra. Parecía que me iba a volver loca de tan arrepentida que estaba. Imploraba una y otra vez poder volver atrás en el tiempo, como si eso fuera posible.

No sabía nada de Mario. Tampoco de Carlos. Salí huyendo de sus vidas como una cobarde.

Los remordimientos no me dejaban dormir y me fui poniendo más y más nerviosa, así que me levanté con sigilo y bajé al salón en busca de una copa que pudiera tranquilizarme. Sabía perfectamente dónde guardaba Sandra la bebida, así que me serví una copa sin hielo ni nada. Allí de pie, sin esperar nada más. El líquido quemó mi garganta y casi sentí alivio por el pequeño castigo que yo misma me estaba infligiendo. Con la botella en una mano y el vaso en la otra, fui a sentarme en la mesa que usaban para comer Sandra y su familia. La luz tenue de una pequeña lámpara iluminaba la estancia, aportando intimidad a mi amarga soledad.

Cuando ya iba por la tercera copa, oí pasos bajando las escaleras. Me quedé a medias, con el vaso entre la mesa y mi boca. La cara de Sandra no era de reproche, solo de comprensión.

—Lucía, me maldigo por no haber caído en hacer desaparecer las botellas de mi casa. Pero ya no puedo hacer nada. Por favor, no te enfades, pero tengo que retirarte la copa de la mano. —La condescendencia de Sandra me dolió más que si me hubiera echado la bronca más dura de su vida. Prefería el insulto más lacerante del vocabulario español que esa mirada de comprensión. Hacía que me sintiera el ser más repugnante de la tierra.

—No te maldigas en absoluto, aquí solo hay una culpable y esa soy yo —dije, deslizando las palabras poco a poco para que no se me trabara la lengua más de lo debido—. Demasiado haces aguantando a una amiga que no te da más que disgustos —contesté con una risa amarga.

Mientras reía, las lágrimas caían por mi cara casi sin que me diera cuenta, haciendo que Sandra se pusiera seria de repente.

—Lucía, todo se arreglará, ya verás.

Froté mi cara con ambas manos para secar los restos de lágrimas que mis ojos habían derramado.

—Cuéntame cómo está Mario. Necesito saberlo. He intentado apartarlo de mi mente estos

días atrás y mira cómo me ha ido. Necesito saber si has hablado con él en serio, si le doy asco, si no quiere volver a verme. Si me va a dejar sin mis hijos... —Esto último lo dije muriéndome por dentro. Sandra se sentó a mi lado y tomó mi mano para darme el apoyo que sabía que necesitaba.

—No puedo mentirte y decirte que está bien. Está destrozado, Lucía. —Silencio absoluto—. Al día siguiente de la fiesta llamé a tu casa para decirlos que vinierais a comer; había sobrado mucha comida y me apetecía hablar contigo. Pero él me dijo que tú te ibas. Me extrañó, pero no quise insistir. Su tono de voz me indicó que no preguntara más. Le dije que se viniera él con los niños y aceptó. —Sandra se sirvió un vaso de agua, se notaba que aquello le estaba costando más de la cuenta—. Cuando llegó, su cara era un poema. Nunca lo he visto como ese día, Lucía. Parecía un muerto viviente. Cuando los niños salieron al jardín, hablamos y nos contó todo con pelos y señales. Su relato fue desgarrador. Hubo lágrimas, abrazos y confidencias por parte de los tres. Miguel se fundió en un abrazo con su amigo que nunca olvidaré. Parecía como si, en lugar de una separación, fuera una muerte. ¿Qué pasó, Lucía? Necesito comprender qué te llevó a hacer algo así.

—Ni siquiera yo lo sé, Sandra —dije, cerrando los ojos—. Llevaba tiempo bebiendo más de la cuenta, y la mezcla del alcohol con el deseo que Carlos despertó en mí fue una combinación peligrosa que explotó de la peor manera. Sé que no tengo excusa, que Mario no se merece esto. Es la mejor persona que he conocido en mi vida y le he hecho daño, Sandra. Lo he herido de muerte. Eso es lo que más me atormenta.

—Mario está dolido contigo, pero no sé si más con Carlos. En medio de la conversación, quiso ir a pedirle explicaciones, pero lo disuadimos de su impulso, pues en caliente no es la mejor manera de hacer las cosas. No sé si habrán hablado después de ese día. Cuando acabó de descargarse, le pregunté dónde estabas y me lo dijo sin problemas.

—Te pido mil perdones por no encender el móvil siquiera.

—Al no contestar a mis mensajes, di por hecho que querías estar sola. Y ahora no me puedo perdonar no haber ido antes a verte. A veces la intuición falla y este ha sido el peor ejemplo para demostrármelo. No dejo de pensar en que Mario me dijo sin problema dónde estabas para no dejarte sola del todo. Mario te quiere, Lucía.

—Lo sé, y soy una desgraciada por haberle hecho esto. A él, que me rescató del castillo donde estaba recluida. A él, que me lo dio todo. Me ha querido como soy, con mis defectos y mis virtudes. Y voy yo y se lo pago así. Una traición vil y sucia. ¿En qué persona egoísta y desagradecida me he convertido?

—Bueno, no saquemos las cosas de quicio. Esto debe tener solución. Has decidido tomar las riendas de tu vida. Y eso es bueno.

La entrada al centro fue rápida. En dos días, estaba haciendo la maleta otra vez. El centro estaba relativamente cerca de Alcoy. Habían reformado y habilitado para ese fin una antigua casona construida en plena montaña. Elegí ese lugar por cercanía y por estar dentro del parque natural de la Font Roja. La estancia no era barata, pero nos la podíamos permitir, así que no dudé en reservar plaza.

Por lo que había leído en su página web, lo encontré adecuado a mi caso en particular. El procedimiento de Corpore Sanus estaba enfocado a dejar de beber realizando un tratamiento multidisciplinar. Se trataba de afrontar el problema por varios frentes (depurativo, dietético y psicológico). Además, el entorno no podía ser más adecuado para mí. Las fotos que había visto en

la web acabaron de convencerme. Estaba bastante escondido y rodeado de múltiples jardines con preciosas vistas a las montañas de mi ciudad.

Sandra fue la que me acompañó. No hubo lágrimas por parte de ninguna de las dos. Simplemente fue un «hasta luego». Nos abrazamos y prometí llamarla en cuanto me dieran permiso para hacerlo.

CAPÍTULO 5

Bajé del coche de Sandra. Las piernas me temblaban, pero disimulé para no preocupar a mi amiga. Le dije adiós, me giré y, con la maleta en la mano, alcé la mirada para ver bien la casa en la que me iba a alojar. La masía era una edificación clásica, de paredes enlucidas en color miel. Tan solo constaba de dos plantas y cada una de ellas estaba enmarcada por seis grandes ventanales de madera, todos ellos llenos de plantas de colores. Tuve que reconocer que era preciosa y acogedora. Mientras la observaba, oí como se alejaba el coche de Sandra. Me giré en su dirección y, al verlo desaparecer detrás de una curva, una sensación de soledad me invadió hasta el punto de querer darme la vuelta y olvidar todo el asunto que me había llevado allí. Pero eso no podía hacerlo: debía ser consecuente con mis decisiones y poner mi vida en orden; era el primer paso que debía dar. Suspiré todo lo hondo que mis pulmones me dejaron y lo hice.

Anduve por un camino de lozas rojas los pocos metros que me llevaban al acceso al interior. Me planté en la gran puerta de cristal que hacía de entrada al centro. Apoyé la mano en el tirador, exhalé un profundo suspiro y empujé con fuerza. La primera impresión fue buena, a mi pesar. Había plantitas alrededor que daban la sensación de que se entraba en un hotel rural. Me dirigí al mostrador y di mi nombre a la chica que estaba detrás de él. Estaban esperando mi llegada y todo fue muy rápido. Se presentó ante mí una mujer de grandes dimensiones, me dijo que la llamara Gracia y que ella era la que me iba a acompañar en el proceso. Que todo lo que necesitara se lo preguntara sin ninguna duda. Ella misma me acompañó a la que iba a ser mi habitación.

Me sorprendió y a la vez me alegró que únicamente hubiera una cama, una butaca y una mesita de noche. Los pocos muebles que albergaba la estancia eran acogedores. Me senté en el blanco edredón que me iba a abrigar durante la estancia allí y sentí alivio al notar el colchón duro, como me gustaban a mí. Las paredes de madera estaban pintadas de blanco, lo que daba amplitud óptica a todo el conjunto. Una pequeña puerta en el lateral me hizo suponer que sería el armario. Me acerqué a la ventana y, con mirada interrogante, le pregunté a la tal Gracia si podía abrir. Asintió en silencio.

Lo que vi me dejó sin palabras. A lo lejos se imponían las montañas repletas de árboles. No había ni un solo hueco entre ellos. El espectáculo era fastuoso. De un verde abrumador. Bajé la mirada y, justo debajo de la ventana, un precioso jardín, con varios árboles, entre los que fresnos y arces se amontonaban ofreciendo sombra al sol primaveral.

—Querida, deja la maleta encima de la cama y ábrela. —La brusca interrupción de mis pensamientos ensoñadores hizo que diera un respingo. Me quedé mirándola sin comprender.

—Tenemos que hacer revisión de la maleta para asegurarnos de que no haya algo indebido en ella. También que no haya objetos que os puedan hacer daño en caso de crisis aguda. —Yo sabía algo del protocolo de entrada en esa clase de centros, pues había intentado informarme antes de ingresar, solo que no encajaba que se estuviera aplicando a mí. A mi persona. Me costó unos momentos aterrizar y ser consciente de mi decisión y de lo que ello acarrearía, entre otras cosas, acatar las normas como una más.

Abrió y escudriñó sin reparo todo lo que contenía en su interior. La sensación de invasión a mi privacidad fue algo que tardaré en olvidar. Ver mi ropa interior en manos de una extraña fue, como mínimo, chocante. Cuando acabó de revisar todo, tranquilamente alzó la mirada y me sonrió.

—Bueno, Lucía. Bienvenida a Corpore Sanus. Espero que aquí encuentres tu camino hacia la felicidad y lo hagas serenamente.

—Muchas gracias. Espero ser buena paciente y hacerlo lo más fácil y rápido posible.

Me dejó a solas con mi maleta y mis pensamientos. Volví a la ventana; supuse que allí pasaría muchas de las horas del día. Sería mi rincón de pensar. Sonreí a pesar de lo dramático de la situación. Esos pensamientos me llevaron a Laura y Daniel. Qué culpa tenían ellos del giro que había dado sus vidas. Y Mario. Mario me quiso, ahora no sabía si todavía lo hacía. Luchamos contra viento y marea por nuestra relación y se lo pagué de la peor forma posible.

Nacer sin hermanos te marca de una manera invisible. Después de aparecer en este mundo, mis padres decidieron que ya estaba bien. Su desdichada unión no les dejó ganas de repetir paternidad. Así que cargué yo solita con los quehaceres de un matrimonio repleto de discusiones, celos y amargura entre ellos. Tuve la gran suerte, si es que se puede decir así, de que conmigo no pagaban sus desdichas. La verdad es que me quisieron a su manera, pero su infelicidad me traspasaba el alma noche tras noche mientras intentaba dormir en mi cama solitaria. Acurrucada entre las sábanas, pedía una y otra vez que cesaran los gritos y los insultos. Nunca fui muy creyente, pero recuerdo que esa fue la época en que recé más padrenuestros y avemarías de toda mi vida. Rezaba y pedía a la Virgen que me salvara de ese infierno. Las personas a las que más quería en el mundo se odiaban entre ellos, y eso dolía. Vaya si dolía...

Así crecí, con odio entre ellos y amor hacia mí. Ellos no se daban cuenta de que yo lo que más anhelaba en el mundo era que se quisieran. Muy pocas veces iba a casa de amigas, pero, cuando lo hacía, veía el trato entre sus padres y alucinaba. Me quedaba callada observando como se dirigían uno al otro con respeto y amor. Eso destacaba más si cabe mi desdicha. No quería volver a casa, pero, claro, acababa regresando, pues dudaba mucho que una niña entre los ocho y los catorce años pudiera arreglárselas sola por el mundo.

Posiblemente aquellos años forjaron mi carácter indeciso y desconfiado. Sentir que tus padres te quieren, pero que a la vez no te sientes protegida por ellos, puede marcarte para siempre. Eso, y los años de colegio, por los que pasé sin pena ni gloria. Nunca fui una niña que destacara en nada. Bueno, hubo una época en la que parecía que despuntaba en la asignatura de Gimnasia. Pero eso fue algo temporal que ahora no me merece la pena recordar.

Mi físico anodino y más bien feúcho pasaba desapercibido a todos los que me rodeaban. Era menudita, y los ojos crecieron antes que mi cara y me daban un aspecto raro, que odiaba a rabiar. Por suerte, la cosa se igualó cuando pasé la adolescencia. Y mi cara decidió redondearse, lo que dio un poco de uniformidad a mi fisonomía. La verdad es que esos ojos que me martirizaron de niña; una vez adulta, los agradecí.

Así que, cuando acabé mis estudios básicos, decidí trabajar. Necesitaba dinero y alejarme lo más posible del núcleo familiar, que me estaba ahogando poco a poco. Encontré trabajo bastante rápido y allí seguí hasta que lo dejé para dedicarme íntegramente a nuestros hijos. Al poco de entrar a trabajar fue cuando conocí a Mario, y con él vino mi nueva vida. A eso me refiero con que me rescató. Porque con él encontré otra forma de vivir la familia. Una muy distinta de la que yo experimenté.

Sin embargo, cuando entré en su núcleo familiar, me sentí como pez fuera del agua. No encajaba en el estilo de vida de esa familia. La mía nada tenía que ver con la de Mario, llena de hábitos antiguos incomprensibles para mí. Tantas obligaciones se escapaban a mi entendimiento.

Intenté amoldarme a todas y cada una de las costumbres de su familia, siempre con la mirada recelosa de la madre de Mario. Ella siempre se encargó de hacerme ver que no era una de ellos. Mario le quitaba importancia a los comentarios mordaces de su madre hasta que, al final, el día que sobrepasó la barrera de la moralidad, estaba él delante y le plantó cara, provocando el distanciamiento definitivo ente ellos y nosotros. Mario eligió. Se quedó conmigo.

Iniciamos una nueva vida. Construimos nuestro futuro, un futuro lleno de felicidad y amor. Cada uno con su trabajo, invertimos en nuestra casa. Luego vinieron los niños y todo iba sobre ruedas. Mario me respetaba, me valoraba, su maravillosa dulzura hacía que anduviera entre algodones. Pero algo en mí fallaba, la pata de la mesa cojeaba. Hasta tal punto cojeaba que terminó por romperse y caer.

Y así me fue. Sola, sin mi familia.

Decidí dejar los pensamientos dolorosos y empecé a deshacer la maleta. Colgué las cuatro cosas que llevé en las perchas que había en el pequeño armario y me dispuse a bajar al comedor. Otra vez la maldita ansiedad me acechaba, lo desconocido me hacía temblar. ¿A quién me encontraría en ese sitio? ¿Con quién iba a compartir mesa? Gente desconocida. No sabía si agradable o sombría.

Por suerte, apareció de la nada Gracia. Ella me presentó a los que iban llegando. Todos personas normales, todos con buenos modales y agradables. En el fondo, compartíamos un deseo. Curarnos y salir de allí cuanto antes. Mejor hacerlo en buenas condiciones, y con buena actitud, que de mal rollo.

Cuando llegó la noche, fue el peor momento desde la llegada. Yo no sé qué albergaba la noche que hacía doblar mi voluntad. Me acosté intentando no pensar en la copita de *whisky* que me ayudaría a descansar y olvidar. Pero no surtió el efecto deseado. No podía dormir, así que me levanté y bajé a olismear por la cocina. Suponía que en un sitio como aquel no iba a haber nada de alcohol. Pero aun así bajé, por si encontraba algo que lo pudiera sustituir. Lo hice en pijama. Pasaba de vestirme; total, a esas horas no habría nadie tan loco como yo escudriñando por los armarios de la cocina. Estaba bastante oscuro, así que, cuando vi una figura acercarse a mí, me quedé paralizada con las manos sobre el pecho, como queriendo parar el sonoro ruido que hacía mi corazón.

—Guapa, no te esfuerces. Aquí no hay nada que te pueda interesar, a no ser que bajes a por un puñado de coles de Bruselas. —Reconocí esa voz; era uno de los chicos que Gracia me había presentado esa tarde, del cual no recordaba su nombre.

—Por favor, ¡qué susto me has dado! —exclamé blanca como la pared.

—Lo siento, no pretendía asustarte. Suelo padecer insomnio y bajo a despejarme por si las musas del sueño me atrapan y me llevan de la mano hasta que amanezca, por lo menos.

—Yo tampoco puedo dormir. Extraño la cama y, además, necesito una copa más que respirar.

—Te comprendo, no sabes cuánto. ¿Quieres que salgamos fuera? —Lo miré recelosa, porque no lo conocía de nada. Lo mismo podía ser un asesino en serie y quería sumar un cadáver más a su *ranking* de asesinatos. Aun así, acepté. Morir era una manera rápida de solucionar mi problema de un plumazo, pensé irónicamente.

—Vale, creo que me vendrá bien un poco de aire fresco. Además, hace una noche estupenda.

—Salimos al jardín. La luna dibujaba las siluetas de los árboles dándole un aspecto misterioso—. Qué bonito es esto. Viviendo tan cerca y no sabía que este centro existía.

—Será porque, por suerte, no lo has necesitado hasta ahora. ¿Quieres? —Me ofreció un cigarro.

—No, gracias, no fumo. Lo dejé hace muchos años. Sería una estúpida si me volviera a enganchar. Con una adicción ya tengo bastante, creo yo.

—Venga, mujer. Por un cigarro no te vas a enganchar; por lo menos, aquí el tabaco está permitido.

—No, gracias, de verdad. Ahora mismo lo que necesito es otra cosa —lo dije con una sonrisa tensa. Me estaba empezando a encontrar mal de verdad. Así que pensé que sería mejor ir a buscar

a Gracia. Estaba empezando a sudar, eso no era buena señal. Me iba a levantar cuando Gracia apareció como si de un fantasma se tratara.

—He ido a tu habitación para preguntarte cómo te encontrabas y, al no verte, he pensado que estarías aquí. Ven, cariño, La primera noche es la peor. Pero ya verás como las demás serán mejores.

Nos fuimos hacia dentro. Eché una última mirada al chico. Le agradecí en silencio la compañía y él alzó la mano con su cigarro, diciéndome adiós.

El primer día de mi cita con el psicoanalista fue un poco desastroso.

—Bueno, Lucía. Cuéntame cómo te encuentras.

—Para serle sincera, me encuentro como si fuera una bayeta una y mil veces usada que necesita una buena pasada de lejía.

—Buen ejemplo. Es la primera vez que me hacen esa comparación.

—Sí, tengo algo de imaginación. Eso no sé si es bueno o malo.

—Depende de cómo la uses. Pero bueno, esa no es la cuestión que hoy nos ocupa. Si quieres, podemos empezar por tu niñez. ¿Qué tal te fue en la infancia? Cuéntame sin prisas.

—¿Qué quiere que le diga? Fue una infancia normal. Con los problemas de una niña normal.

—Tus padres... ¿cómo era tu relación con ellos?

—Buena. Me querían. —El hombre levantó la mirada de la pequeña libreta que reposaba en su regazo. Me miró por encima de sus pequeñas gafas. Era atractivo para la edad que debía de tener. A simple vista aparentaba no pasar de los cincuenta. Con un rostro amable, comprensivo.

—Veo que no tienes muchas ganas de hablar. Si quieres, podemos dejarlo para otro día. Yo solo quiero ayudarte, Lucía. Por lo que observo, en tu cómoda y feliz vida, algo tuvo que pasar para que empezaras a beber. Ese es mi trabajo, averiguar cuál fue el detonante, y tirar del hilo para poder curarte, Lucía.

—Lo siento, doctor. Es que me cuesta mucho hablar de mi vida con un desconocido. No se ofenda. Nunca me he visto en esta situación y me resulta imposible abrir mi corazón. No me salen las palabras tan fácilmente.

—Es normal, no te preocupes en absoluto. Iremos poco a poco. No soy un juez que viene a juzgarte, solo quiero acompañarte en este proceso de sanación. Necesitamos establecer un vínculo para poder romper el círculo vicioso en el que te encuentras. Crear confianza y seguridad para que desarrolles una autonomía emocional necesaria y salir del pozo donde andas metida.

Al día siguiente, entré más tranquila a la consulta. Ya conocía a mi terapeuta; se mostraba cercano y con tacto, cosa que agradecía.

Le relaté mi vida de niña como él me pidió. Me dijo que le contara mi historia como si de un cuento se tratara. Que le relatara la vida de una niña normal.

—Mi vida normal... ¿Qué es eso? ¿Qué es realmente una vida normal? Las familias aparentan una cosa de cara al exterior, pero cada una tiene una historia diferente de puertas adentro. El entorno familiar donde me crié no era el más idóneo para que creciera una niña. Fue una niñez bastante solitaria. Mis padres arrastraban problemas de pareja, discusiones noche tras noche. Yo me metía en mi habitación, en mi mundo, para sobrevivir al caos que reinaba en esa casa. Nunca se portaron mal conmigo, al contrario, me querían mucho; simplemente, no estaban para mí. No nos sobraba el dinero, pero tampoco me faltaba nada que pudiera necesitar.

»No acababa de encajar con los compañeros de colegio. Solo contaba con una buena amiga,

con la que compartía juegos y fantasía en un campo que llamábamos «la era». Era una explanada con varios banales abandonados. Una especie de muro alto y sólido era testigo mudo de nuestras historias inventadas. Nos sentábamos sobre él, a horcajadas, para soñar. Nos sumergíamos en vidas ajenas, donde todo era de color de rosa y no existían problemas. Éramos felices y conocíamos a príncipes azules que creíamos que nunca iban a existir. Un día, mi compañera de historias de amor se fue de la ciudad y nunca volví a verla. Nos carteábamos y nos contábamos las historias que antes creábamos cara a cara. Ese leve contacto se fue difuminando con el tiempo y las cartas se iban espaciando debido a las múltiples obligaciones estudiantiles.

»Cuando Mario apareció en mi vida, yo estaba sentada en el banco de un parque cercano a mi casa. Él estaba estudiando Empresariales. Nuestro primer contacto simplemente sucedió. Yo seguía en mi línea y normalmente estaba sola. Allí, me sentaba en un banco a leer en los días soleados de invierno. En aquel banco del parque pasaba largas horas de la mañana, aislada dentro del libro que sacaba de la biblioteca cercana a mi casa.

»Por aquel entonces, Mario corría. Hacía varios días que lo veía pasar por delante de mí. Casi siempre era a la misma hora. Me hacía gracia calcular exactamente cuándo iba a pasar, veloz, el tío bueno de la camiseta roja. Era como un juego, mirar el reloj y acertar. A veces soñaba, como lo hacía con mi amiga del colegio. Hasta le puse nombre. En mi imaginación su nombre era Javier. Después, cuando lo hablábamos, nos reíamos de mi imaginación. Un día se torció el tobillo en el bordillo al esquivar un perro y se sentó en el banco donde yo estaba. Allí empezó todo.

»Empezamos a vernos con asiduidad y el amor surgió entre dos jóvenes hasta la actualidad. Él acabó la carrera y al poco tiempo empezó a trabajar. Yo también encontré trabajo muy pronto y así empezó mi experiencia con el textil.

»Mi primer trabajo consistió en sacar hilos. Sé que suena raro, pero fue así. Fue en una pequeña fábrica que estaba situada debajo del puente de San Jorge. Por aquel entonces, yo contaba tan solo dieciocho años.

»Mi primera y única experiencia laboral fue en una pequeña fábrica de textil. Ya sabe que aquí, en Alcoy, en esa época era de lo que más abundaba, así que dejé los estudios y me puse a trabajar. La verdad es que fui feliz. Dejar los estudios y tener independencia económica supuso para mí una liberación.

»Bueno, sacar hilos consistía en desunir piezas grandes de tela que estaban unidas por medio de un hilo que yo tenía que estirar hasta que la pieza se separaba. Los primeros días, las heridas en los dedos índices eran considerables, pues tenía que estirar con fuerza, y en ocho horas estirando con cada dedo, irremediamente el hilo terminaba por cortar la carne. No recuerdo quejarme a nadie; simplemente me lo vendaba y le ponía precinto para que mis dedos aguantaran la jornada laboral. Con esta explicación no quiero dar pena, pues no recuerdo esa etapa con tristeza; al contrario, tengo un grato recuerdo de los primeros días en el mundo laboral.

»Cuando entré por primera vez en la fábrica, mis ojos de niña lo observaron todo con máxima atención. Constaba de varias salas enormes, cada una dispuesta para una fase de creación. La encargada de la fábrica me la enseñó con gran orgullo, como si fuera de ella misma. Recuerdo tratarla con respeto, al igual que recuerdo su suave aroma a perfume, mezclado con el fuerte olor proveniente de los montones de tela tirados por todas partes.

»La sala de más al fondo estaba destinada a los telares. Allí se fabricaba la tela a partir del hilo. Grandes bobinas de hilo hilaban una y otra vez hasta formar un gran tubo de tela que se plegaba poco a poco, preparado para ser planchado. Las máquinas tejedoras me parecieron, en esos momentos, grandes monstruos en movimiento que, con sus largos brazos, construían telas de

diferentes colores. El ruido incesante y repetitivo se me metió en los sentidos hasta que, con el tiempo, los oídos se acostumbraron a oírlo, como si ya no existiera.

»Los operarios me parecieron viejos y ajados, llenos de hilos por todo su mono de trabajo azul, que hacía juego con sus caras de hastío por el aburrimiento de solo tener que vigilar si algún hilo se rompía para atarlo y seguir con su tarea de hilar e hilar.

»La siguiente sala era la de corte. Unas mesas gigantes llenaban la estancia, repletas de telas preparadas para ser cortadas. Amontonaban las telas en pequeños montones de diez bien alineados y, con una máquina de corte provista de una gran sierra, cortaban las piezas con maestría medida. Las chicas, ataviadas con batas azules, concentradas en hacer bien su faena, me dejaron con la boca abierta. Las veía mayores. Aunque algunas seguramente no pasarían de la veintena, yo las veía con gran bagaje laboral. Por supuesto, cabe decir que en ningún momento yo me imaginé que en aquella fábrica acabaría siendo una de ellas, con aquella experiencia que me dejó sin palabras al principio.

»Por último, estaba la sala de planchado. En esa sala fue donde más tiempo estuve. Cuando entré por primera vez, no imaginé que sería casi como mi segunda casa. Contaba con dos grandes máquinas más. Una era la calandra, la que se encargaba de planchar los grandes tubos de tela, para ser cortados. La otra era la plancha, encargada de dejar lisos como una hoja de libreta los jerséis que se confeccionaban en otros locales cercanos a la fábrica.

»En la sala de planchado había cabida también para una gran mesa de trabajo, que era donde se etiquetaban, plegaban y embolsaban las prendas. Allí fue donde me pasaron después de sacar hilos. Agradecí el cambio. Bueno, lo agradecieron mis dedos más que nada. Además de ascender en jornal y categoría, me gustó mucho el trabajo de almacén y lo recuerdo con nostalgia. Porque de ahí fui ascendiendo de categoría y, al final, el puesto que desempeñaba cuando pedí la excedencia era de encargada general. Mi tarea era recibir a los clientes, lidiar con los proveedores y llevar a más de veinte trabajadores. La fábrica con los años creció y creció. Mi relación con el dueño al final casi fue más de familia que de empleada.

»Ese es mi currículum, solo he estado en un sitio trabajando durante doce años. He desempeñado todas las funciones de la fábrica menos la de tejedora. Y ahora estoy en un momento de mi vida en el que creo que echo de menos la vorágine del día a día de una vida dedicada a la creación de prendas de punto.

»Puedo decir con gran orgullo que la querida fabriquita de punto en la que empecé en el mundo laboral ha sobrevivido a la gran crisis que hubo en el país sobre el año 2008 y que, gracias a la innovación de ideas y a la gran decisión de dejar las prendas de vestir de punto y apostar por la ropa de hogar, sumado a que nos concentramos en la exportación, la fábrica ha ido subiendo de categoría, posicionándose como uno de los referentes de la ciudad.

—Ummm, perdón por interrumpirte, Lucía —lo dijo alzando la mano con el bolígrafo en la mano. Supe por su cara que le sabía mal interrumpir una vez me había lanzado de cabeza a la piscina—. Observo pasión en tu forma de describir tu trabajo, por lo extenso de tu descripción, pero creo que has dado un salto muy grande en el tiempo. Has pasado de puntillas por tu niñez. Necesito saber los entresijos del día a día de la niña de once años.

—No entiendo por qué precisamente tienen que ser los once.

—Mujer, no hace falta que lo sean. Es un decir, quiero tu niñez. ¿El nombre de tu amiga de confidencias?

—Se llama Magnolia.

—Bonito nombre.

—Precioso, como ella misma.

—¿Qué edad contabais más o menos cuando inventabais esas historias preciosas de príncipes azules?

—Pues, casualmente, once o así.

—¿Y en tu casa iba todo bien, aparte de los problemas matrimoniales de tus padres?

—Sí, todo normal. Quizá fue cuando más se encrudecieron las disputas entre ellos.

—¿Y en el colegio, aparte de la no relación con tus compañeros, te acuerdas de algo anormal que pudieras destacar? ¿Las notas iban bien?

—Sí, las notas, muy bien. O, más bien, normales.

—Y los profesores, ¿se portaban bien contigo?

Me quedé callada. No sabía si mentir deliberadamente o contárselo. Como tardaba en contestar, volvió a alzar la mirada. Me observó en silencio. No pude mantenerle la mirada, así que la bajé, deseando que la tierra me tragara definitivamente. No podía dar el paso. Mi secreto debía morir conmigo.

—Lucía, puedes confiar en mí. A lo largo de nuestra vida, experimentamos vivencias dolorosas. Unas más y otras menos. Las más dolorosas solemos enterrarlas en el subconsciente, y les echamos tierra y tierra, creyendo así que ya no volverán nunca más a aflorar. Pero están ahí escondidas. Y suelen salir de la manera más inesperada. Yo quiero ayudarte, Lucía. ¿Hubo alguien que te hizo daño en el colegio?

Si tuviera que describir con una sola palabra lo que sentí en ese preciso momento, la palabra exacta sería «pánico».

—Lucía...

Me levanté de un salto. Necesitaba salir de allí. Así acabó la cuarta sesión con mi querido terapeuta.

El quinto día retomamos la conversación por donde la habíamos dejado. Había tenido toda la noche para meditar si pasaba de contárselo o sería mejor confiar en él. Decidí confiar. Si ese hombre estaba allí, era para ayudarme. Me lo había repetido varias veces. No iba a ser tan idiota como para no dejarme ayudar. Si quería recuperar a mi familia, iba a tener que esforzarme. Si no, ¿para qué perder el tiempo metida en ese lugar?

—Cuéntame cuando tu amiga y tú ibais a esos bancales a soñar. Inventabais historias de amor perfectas. De cuento. ¿Crees que eso te ayudaba a evadirte de algo que te estaba pasando?

—Seguramente sí.

—¿Tu amiga estaba pasando por lo mismo?

—No, para nada. Ella tuvo más suerte.

—¿Y tú crees que ella sospechaba algo?

—No tengo ni idea. Eso era algo que por nada del mundo debía saber nadie. Yo creo que nunca supo nada. Es mi parecer.

—¿Y no crees que es un poco raro que desapareciera sin más de tu vida?

—Nunca lo pensé. Espero que ella no pasara por lo que pasé yo. Lo espero de corazón.

—¿Y qué fue lo que pasaste, Lucía?

Volví a respirar hondo. Qué difícil se me hacía decir en voz alta algo que siempre había mantenido lejos de mí. Empecé a relatar.

—Cuando cursaba quinto de E.G.B., hubo un profesor que me hizo daño. Mucho daño. Era el profesor de Educación Física. Era un hombre ya mayor en aquel entonces. Grande, fuerte y muy disciplinado. Un horrible y frondoso bigote pelirrojo ocultaba casi todo su labio superior. —Me estremecí—. Yo, extrañamente, destacaba en salto de potro. Me salía superbien dar el primer salto en el trampolín de madera y volaba casi rozando el potro. Me encantaba saltar. Era de las pocas

cosas que me salían bien. También era muy elástica y ligera. El profesor empezó a dispensarme más atención que a las demás compañeras de clase. Me preguntó si quería quedarme al acabar las clases para practicar el salto y perfeccionarlo. Me dijo que era muy buena y que, si quería, podíamos pensar en competir con otros colegios. Yo me ilusioné. Por fin encontraba un motivo por el que levantarme cada día con ilusión. Destacaba en algo y me sentía especial. Para una niña como yo, insulsa, flaca, más bien feúcha e invisible, la noticia fue como una gran bocanada de aire fresco sobre mi ego destruido.

»Cuando obtuvo mi confianza —proseguí—. El mal nacido se fue acercando más de la cuenta a mi pequeño cuerpo. Recuerdo como si fuera ayer su miembro duro pegado a mi cadera mientras me ayudaba a estirar después del entrenamiento. Yo lo miraba asustada, pero no quería dejar de entrenar. Era mi ilusión, mi escape. Además, siempre acababa culpándome a mí misma, pensando que eran imaginaciones mías. Que un profesor nunca actuaría así con una alumna. Hasta que un día, mientras me cambiaba en el vestuario, entró con la excusa de acercarme la toalla que me había dejado en el gimnasio. Me tapé como pude, sintiendo fuego en la cara. Sentí su sucia mirada recorrer mi cuerpo. Ya ves tú, una niña de once años... ¿qué deseo podía provocar a un hombre de su edad? —dije con desprecio, negando con la cabeza—. Se acercó, con los ojos encendidos de deseo, sacó el pene, agarró mi mano y la puso sobre él. Yo, paralizada, ni siquiera tuve el valor de retirar la mano. Me obligó a manosearlo. Lo hice torpemente. No sé lo que le debió de pasar por la cabeza. Pero, de pronto, decidió que ya estaba bien.

»Me miró directamente a los ojos y me dijo que, como le contara a alguien lo que habíamos hecho (me incluyó así como culpable), se encargaría de difundirlo por todo el colegio. Que a mí no me creerían, ¿quién iba a creer a una don nadie como yo, que no iba a llegar a ningún sitio y que no valía para nada? Sus carcajadas ahondaron en mí como cráteres en la tierra.

—¿Lo denunciasteis?

—¿Denunciarlo? Si yo lo único que quería era desaparecer de ese colegio... Bueno, del colegio no, del mundo. Ese secreto no ha visto la luz hasta este mismo momento. Construí mi vida al margen de ese asqueroso capítulo de mi vida.

—¿Cómo te sentiste a partir de ese momento?

—Con las ilusiones de una niña esparcidas por el suelo. Cuando empezaba a sentirme un poco especial, cuando destacaba o creía que destacaba en algo, llegó esta persona y se encargó de volver a meterme en el barro, ahogando así la poca autoestima que podía haber creado. Yo misma también me encargué de acabar de destruirme. Los pensamientos negativos hacia mi persona eran incesantes y me machacaban una y otra vez.

—¿Nadie notó nada, ni siquiera tu madre?

—Cuando yo llegaba del colegio con los ojos enrojecidos, me preguntaba si me pasaba algo, y nunca le conté nada. Antes prefería morirme que contárselo.

—¿No insistía?

—Mi madre ya hacía bastante con resolver su propia vida. Nunca se lo podría reprochar. Además, mis padres murieron hace algunos años. Mi alma está tranquila respecto a ellos. Hicieron lo que pudieron dentro de la mala pareja que eran. Se querían, pero no se soportaban. Increíble pero cierto. Eran muy diferentes.

—¿Crees que ese profesor fue el causante de tu inseguridad?

—No lo sé, posiblemente influyó bastante, al coincidir con una edad tan delicada.

—Cuando estés preparada, te puedo ayudar a interponer una demanda a ese ser despreciable.

—No hace falta. El destino ya lo puso en su lugar. Al tiempo del incidente, contraí una grave enfermedad y murió poco después.

—Esto no debería decirlo yo, pero un peligro para la sociedad menos en el mundo.

—Sí. Yo sí que voy a decir que me alegro de que haya muerto. Ya no va a hacer daño a nadie más.

—¿Cómo te sientes después de dar luz a esa vivencia tan traumática?

—Pues más o menos igual, aunque quizá he removido antiguos miedos y dolores.

—Bueno, Lucía, si quieres lo dejamos aquí y mañana seguimos. Has dado un gran paso.

Cuando la sesión se acabó, volví a mi habitación envuelta en un halo de tristeza que bien podía compararse a un tema del mejor cantautor recitando el desamor.

Esa noche dormí fatal. Soñé con mi entrenador, con su gran bigote muy cerca de mi cara, gritándome que nunca sería nadie en la vida. Me desvelé y pasé gran parte de la noche pensando en Mario. Quise gritarle al entrenador que durante años estuvo equivocado. Que fui feliz con la persona más buena del mundo. Que teníamos dos hijos y que habían sido mi gran hazaña en la vida. Pero se me quitaron las ganas de gritar en cuanto fui consciente de que volvía a ser la misma niña que lo hacía todo mal. Cuando lo tuve todo, lo perdí. Así de sencillo.

Rememoré el día que nos conocimos en aquel banco del parque cercano a mi casa. Cerré mis ojos imaginándolo cerca de mí. Mirándome como solo él sabía hacerlo. Abrazándome con sus grandes y cálidos brazos. Sentí su olor, su sabor. Cuando abrí los ojos y vi la fría habitación, un dolor agudo me atravesó el corazón.

Las lágrimas salieron de mis ojos sin censura.

CAPÍTULO 6

MARIO

—Vamos, chicos, que no llegamos al autobús. Vamos, vamos, vamos.

—Papá, ¿dónde está mi bolsita de Educación Física? —me gritó desde su habitación Laura.

—Cariño, donde la dejaste ayer.

—¡No está! ¡Daniel! ¿La cogiste tú de mi habitación?

—Laura, ¡está aquí abajo, en el salón!

—Vale, papá. ¡Bajo enseguida!

Cuando los niños subieron al autobús, el suspiro que salió de mi boca era similar a la galerna que la previsión del tiempo había anunciado para las costas cántabras.

Por fin estaban empaquetados y a salvo. Contaba con ocho horas libres para adelantar todo el trabajo que se me estaba acumulando desde que Lucía se fue. Me dirigí lo más rápido posible al coche y enlacé la carretera que me llevaba a mi despacho.

Mi vida era un caos. Intenté por todos los medios llevarlo todo adelante lo mejor posible, pero era hora de reconocer que no daba abasto. Entre los niños, la casa, el trabajo y, sobre todo, mi estado de ánimo, no podía más. Nunca subestimaré el trabajo de un ama de casa.

Mientras conducía, no pensaba en otra cosa que en Lucía. Cómo estaría, a qué hora se levantaba, qué hacía en su día a día. Si me echaba de menos. Si podía vivir sin los niños. Mil preguntas asaltaban mi mente. Me resistía una y otra vez a echarla de menos, no se lo merecía. El galimatías en el que me encontraba no era otra cosa que consecuencia de sus actos.

¿Qué fue lo que la impulsó a liarse con el traidor de Carlos? ¿Qué cojones le pasó por la maldita cabeza? Éramos felices. No se lo voy a perdonar en la vida, y que me aspen si no es lo que más deseo en el mundo. Volver a tenerla en nuestra cama, en nuestro sofá. Definitivamente en nuestra vida, de la mano de nuestros hijos. Volver a oír su risa flotando por la casa mientras jugaba con los niños.

Tan frágil y tan fuerte a la vez. Solía decirme que la rescaté de su castillo, donde estaba recluida. Y su reclusión no era otra que la soledad que se había impuesto, según ella porque era un poco insociable, cosa que yo nunca compartí. Con sus inseguridades, virtudes y defectos, aprendí a quererla, y llegó a ser imprescindible para subsistir en este mundo frívolo y trepidante. Nadie como ella comprendía mi trabajo y las horas que pasaba allí.

Recuerdo cuando la vi por primera vez, sentada en aquel banco del parque. Tan serena y enigmática. Me sentí atraído desde el primer día en que nuestras miradas se cruzaron. El cortejo propiamente dicho fue largo y costoso. No terminaba de confiar en mí, en mis buenas intenciones. Lo difícil fue cuando, después de casi un año de relación, le dije que viniera a casa de mis padres a comer un domingo y ella se negó automáticamente, aludiendo que era muy pronto para formalizar la relación con la familia. Cuando finalmente accedió, se vistió con su mejor ropa y alzó la cabeza. No la volvió a bajar hasta que salió por la puerta. Estuvo callada la mayor parte de la tarde, respondiendo con monosílabos a las preguntas de mis padres. Cuando la acompañé a casa, su cara era un poema.

Me dijo, entre otras cosas, que ella no pertenecía al mismo estilo de vida que mi familia. Que nunca se iba a sentir a gusto con nosotros, que mejor lo dejáramos antes de enraizar más nuestra

relación. Yo le rebatí todas y cada una de las excusas pobres que ella se empeñaba en exponer.

Allí mismo, con el coche aparcado frente a su portal, tuvimos nuestra primera pelea.

¿Cómo volver a construir mi vida sin ella? ¿Cómo volver a empezar? Fuimos uno solo. Soportamos los desprecios disfrazados de mi madre hacia ella. Sacrifiqué a mi familia, pues ellos no entendían nuestra relación. Según mi madre, tenía otros planes para mí. En el camino, también se quedaron amistades que no encajaban bien nuestra relación. Así que, sin dudarlo ni un momento, en cuanto acabé la carrera, decidí buscar trabajo para poder vivir juntos y empezar una nueva vida.

Después de varios currículums entregados, tuve suerte y conseguí trabajo. Ella llevaba tiempo trabajando en una pequeña fábrica de textil. Estábamos borrachos de ilusión. Atisbábamos un futuro prometedor, lleno de proyectos e ilusión. Fueron años de mucho trabajo, pero poco a poco fui ascendiendo, hasta que el destino me puso delante una decisión que con los años agradecí aceptar. Compré una pequeña empresa con los ahorros que habíamos conseguido juntar entre los dos, y los invertí en ella. Fue creciendo, no sin esfuerzo y astucia, hasta lo que es hoy, una gran empresa de la que me siento más que orgulloso.

Entonces, decidimos tener nuestro primer hijo, y quisimos criarlo juntos sin ayuda, pues los padres de Lucía, por desgracia, nos dejaron un inesperado día en el quinto mes de embarazo. Un accidente de coche se los llevó, sin previo aviso. Fue un duro golpe para ella, pero Laura aguantó como la valiente que era, hasta nacer el mismo día que Lucía salía de cuentas.

La boda no nos la planteamos hasta que nació Daniel. Decidimos hacer algo pequeño e íntimo, rodeados únicamente de amigos, pues a Lucía no le quedaban familiares a los que invitar, y mi familia hacía mucho tiempo que no existía para nosotros.

Otra vez llegué a mi despacho sin darme cuenta siquiera de haber traspasado la franja de lo ilegal. Semáforos en rojo, no hacer parada en *stop*, no ceder el paso a los peatones, etcétera.

Agarré mi maletín y, con paso decidido, entré en las oficinas del edificio que albergaba mi empresa. Estuve tan enfrascado en todas mis obligaciones que casi se me pasó la hora de regresar a casa para cuando llegaran los niños del colegio.

—Papá, no tengo jerséis para ponerme mañana. Están todos arrugados y en un montón. Además, no me apetece cenar otra vez tortilla.

—Cariño, tendremos que aprender a cocinar entre los dos. No sé qué más hacer para cenar. Menos mal que coméis en el comedor del colegio; si no, no habría huevos suficientes en el mundo para alimentaros a ti y a tu hermano.

—Lo siento, papá, pero no le veo la gracia. No sé en qué está pensando mamá para tardar tanto en venir.

—Tu madre se está curando, Laura. Ten paciencia.

—¿Mamá va a venir? —preguntó el pequeñín.

—Todavía no, Daniel. Pero te prometo que no tardará.

Acabamos de cenar entre quejas de los niños y promesas por mi parte que yo sabía que no se iban a cumplir.

Cuando tocó ir a la cama, Daniel no pudo aguantarse y lloró todo lo que no había llorado en los días anteriores.

—Quiero que vuelva mamá —dijo, a moco tendido.

—Ya, cariño. Yo también la echo de menos.

—¿Pero por qué no vuelve?

—Cuando menos te lo esperes, estará aquí gritando y besando a diestro y siniestro. Ya lo verás.

Giré la cabeza y vi a Laura; estaba escuchando en el marco de la puerta de Daniel. Su cuerpecito larguirucho corrió hacia su habitación en cuanto se percató de mi mirada, en un intento de pasar desapercibida a mis ojos. Daniel no tardó nada en caer rendido, entre otras cosas por lo duro del berrinche. Entré en la habitación de Laura. Estaba hecha un ovillo en su cama. Por mucho que quisiera disimular, los suspiros hacían que su cuerpo diera pequeños botecitos debajo del edredón. Me dieron ganas de meterme con ella, taparme la cabeza y llorar juntos hasta quedarnos dormidos también. Pero mi papel de padre me lo impidió, por muy duro que se me hiciera en esos momentos.

—Cariño, ¿quieres que hablemos? —¿Qué le puedes decir a una niña de doce años que, de pronto, se tiene que hacer cargo de su hermano pequeño, de varias tareas de la casa y además no sabe qué ha pasado para estar en esa situación? Pero en absoluto podía destapar la caja de Pandora. Ninguna de las dos se merecían que fuera yo el que desvelara el motivo tan feo por el que su madre no estaba en casa.

—Papá, echo de menos a mamá. No sé si se habrá ido por lo que te dije aquel día.

—No recuerdo lo que me dijiste, cariño. Pero ten por seguro que para nada se ha ido por eso. Ya te lo explicó ella aquel día.

—Sí, te dije que ya estaba harta de ella. Que no nos hacía caso ni a mí ni a Daniel. Que estaba bebiendo otra vez, ¿recuerdas? Papá, retiro lo que dije, prefiero que vuelva, aunque sea bebiendo. Por lo menos estábamos todos juntos.

Todo esto lo dijo mientras un torrente de lágrimas resbalaba por su preciosa carita. No puedo describir lo que sentí. Cuando un hijo llora porque tiene dolor en el corazón, lo primero que se te ocurre es aliviarle el dolor como sea. Pero ¿cómo se hace para solucionarlo? No supe qué contestarle, cómo consolarla. Opté por abrazarla y susurrarle que todo se solucionaría tarde o temprano. Permanecimos un rato abrazados, consolándonos mutuamente. Me quedé con ella hasta que se calmó. Le prometí que los llevaría a ver a su madre en cuanto le dejaran recibir visitas.

Me arrastré a mi habitación y me dejé caer en la cama. Ahora el que se acurrucaba era yo. No me avergüenza decir que también lloré. Lo hice por mis hijos, por mí mismo. Por el macabro giro que había dado nuestra vida. En mi interior se estaba formando una guerra de lo más cruenta. Un bando opinaba que fuera directo a por Lucía, que olvidara el pasado. Pero el otro bando me gritaba que ni pensarlo, que no admitía perdón ninguno.

¿Quién de los dos fue el primero que fracasó? ¿O más bien era un fracaso conjunto? ¿Quién puso la primera piedra del muro invisible que se estaba formando, alejándonos uno del otro casi sin darnos cuenta? ¿Qué fue lo que la empujó a beber más de la cuenta últimamente? ¿Fui yo el causante? ¿O fue su carácter débil? ¿Y caer en las redes de Carlos? ¿Tan necesitada estaba de atención? Preguntas a las que no encontraba respuesta. En esto de las relaciones humanas no hay un mapa estipulado que te dice por dónde tienes que ir para llegar al punto final, dónde está la respuesta a todas las incógnitas.

Todas esas preguntas y más me acechaban una y otra vez, machacándome sin clemencia. Nunca habría pensado que me iba a ver en esa tesitura. La vida, a veces, te pone en situaciones imposibles de resolver. Porque ¿cómo se supera una infidelidad? ¿Cómo lo hace la gente? No veía salida por ningún sitio. Estábamos condenados a vivir separados aun queriéndonos.

Se supone que los dos decidimos que dejara de trabajar temporalmente. Nadie la obligó. Cuando ella misma quisiera, iba a volver. Sabíamos de sobra lo que disfrutaba con su trabajo.

¿Y ahora qué? ¿Cuál es el protocolo que se debe seguir después de una ruptura? ¿Cómo se dibuja el camino de baldosas amarillas para conseguir llegar al destino deseado? A la felicidad. Si yo no he sido el que ha buscado este agujero negro en el que me encuentro, ¿cómo cojones consigo salir de él? ¿Cómo olvidarla? ¿Cómo lo hago...?

Agarré la almohada en un puñado y me la acerqué a la boca; no quería que los niños oyeran mi desesperación. Me dejé llevar, aún no lo había hecho. Pienso que el detonante fue ver a mi hija rota también. La onda expansiva de los diez minutos de placer entre Carlos y Lucía la estábamos padeciendo los demás sin comerlo ni beberlo. La pena iba dando paso a la rabia. Por lo menos era más llevadera que el dolor más absoluto.

Al día siguiente, me levanté como si la noche anterior me hubiera bebido todo el botellero de mi casa. El dolor de cabeza era similar al que sufrí al día siguiente de mi boda. Por supuesto, no hace falta decir que nada tenía que ver el levantar de un día con el otro.

Por lo visto, Laura se encontraba igual o peor que yo. Lo reflejaban sus ojeras y la maraña de pelo que lucía sin remedio. Mi querida hijita nació con el pelo más bonito e indómito que nadie había creado jamás. Sus rizos partían de la cabeza en un precioso tono rojizo y, conforme bajaban, iban perdiendo tono, acabando en rubio casi platino. Desgraciadamente, esa mañana en particular no sabía cómo definir la forma de sus rizos, pues sus puntas acababan en liso y apuntaban cada una en una dirección. No quise decirle nada; bastante tenía ella intentando poner todas ellas en un orden más o menos establecido. Sin mediar palabra, subí a su cuarto de baño y rebusqué entre los cien mil utensilios por allí esparcidos. Encontré una goma con la que poder amarrar lo que ahora parecían tentáculos de pulpo, cuando antes eran preciosos rizos elásticos como un muelle. Se la ofrecí y ella, sin articular palabra, la aceptó con gesto solemne y mirada de agradecimiento.

Cuando llegué al trabajo, la cosa no mejoró. El director ejecutivo de la empresa, Fabio, me dijo que teníamos que reunirnos con unos clientes y que no podíamos retrasar más dicha reunión. Yo sabía que eso estaba pendiente, pero, en esos momentos de mi vida, lo que menos me convenía era viajar. No pude negarme, claro. Pero le dije que no podía salir antes de dos días. Mis hijos eran la prioridad.

Me puse en contacto con Ada, la chica que se quedaba con los niños cuando Lucía y yo salíamos alguna vez a cenar. Por suerte, estaba disponible para mí. No me podía creer la suerte que tuve. Algo salía bien en ese mes maldito.

Ada llegó justo el día de mi partida. Le di mil instrucciones mientras salía hacia el taxi que me llevaría al aeropuerto de Valencia. Asentía a todo lo que le indicaba, solo ella sabía si me estaba escuchando o asentía sin escuchar solo para que no perdiera el avión. Le dije que me llamara por cualquier cuestión.

Y así dejé por primera vez a mis hijos a cargo de una persona que apenas conocía y me fui a la otra parte del mundo a continuar con mi vida como si nada hubiera pasado. Intenté concentrarme en lo que Fabio me decía. Quería ponerme al día de los pormenores de la reunión que teníamos nada más aterrizar en Nueva York. Pero mi cabeza se resistía a dejar de lado las numerosas cosas que les podían pasar a mis hijos mientras su padre estaba al otro lado del Atlántico. Es curioso, pero, cuando viajaba y Lucía se quedaba al mando del barco, nunca tuve esos temores. Me iba tranquilo, sabiendo que su madre sabría resolver cualquier problema que les pudiera surgir.

Por suerte, todo salió bien. Conseguimos firmar el contrato que tantos quebraderos de cabeza nos había ocasionado. Todo eso entre cientos de llamadas a España, claro. Fui incapaz de desconectar del todo mi vida personal de la laboral.

Nuestro vuelo salía del J.F.K. a las once, por lo que teníamos toda la noche para descansar en él. Subimos al avión que nos traería de vuelta a Madrid, para hacer escala en Barajas. Fabio

dormía plácidamente, o no tanto, sin ningún tipo de reparo. Llegué a preguntarme cómo cojones no se rompía el cuello con las violentas sacudidas que daba su cabeza al caer sobre su pecho. Yo, por el contrario, no podía dormir. Tenía pensado hablar con Ada y proponerle que se quedara en casa de forma permanente. Así no podía seguir mi vida. Fabio me dejó caer dos veces que, aun siendo el dueño de mi propia empresa, era necesario estar al pie del cañón o todo se iría al cuerno. Él no podía tomar las decisiones que debía tomar yo, dada su importancia. Vamos, que me dijo en pocas palabras que no iba a hacer el trabajo que me tocaba hacer a mí por el mismo salario. Fabio era buena persona, trabajador y fiel como ninguno. Pero tenía los límites muy bien aprendidos. Y yo no iba a hacerlo cambiar de opinión por mis problemas personales.

Ya era por la tarde cuando por fin llegué a casa. Encontré a mis hijos en el salón viendo una película, de lo más concentrados. El salón estaba en penumbra y el olor a palomitas, mezclado con el típico olor a colegio, me recordó que estaba en casa. Solo faltaba un elemento imprescindible, Lucía. Aparté ese pensamiento tan rápido como pude. Los niños estaban echados encima de Ada, una por los brazos y el otro por los pies. Daniel dio un salto y se llevó por delante varios cojines del sofá. Ada y Laura lo miraron y pusieron los ojos en blanco, reconociendo así lo que aguantaban del pequeñajo. Se colgó de mi cuello y la primera pregunta fue si le traía su regalito.

—Claro que te he traído tu regalito. ¿Qué te creías, que no me iba a acordar? —le dije mientras le revolví el rubio cabello.

—Hola, chicas, ¿cómo ha ido? —Me acerqué a besar a Laura. Ada abrió mucho los ojos, no sé muy bien si fue porque creía que iba a besarla también a ella.

—Hola, papá. Bien, Ada se ha portado muy bien con nosotros y nos ha dejado ver la tele más de lo que tú nos dejas. Además, mi habitación vuelve a ser la de antes. Todo está en su lugar y encuentro las cosas a la primera.

—Me alegro mucho, cariño. —Mis ojos se dirigieron hacia la niñera—. Ada, ¿podemos hablar un momento a solas? —Cuando nos dirigimos al jardín, los coloretos de Ada me dejaron sin habla. Hay situaciones en las que no me encuentro cómodo y esa era una de ellas. No entendí el rubor de Ada, si era porque había hecho algo malo o porque se sentía incómoda cerca de mí; vete tú a saber.

—Ada, necesito a alguien que cuide a los niños y de la casa de forma permanente. Por supuesto, he pensado en ti. Por lo que hemos hablado por teléfono te las has apañado bien sola. Se ve que eres eficiente y que te sobran agallas para llevar una casa y lidiar con estos dos monstruitos.

—Si los niños son adorables, Mario. Prácticamente van solos. La casa requiere mucha más atención que los dos juntos. Laura es la niña más responsable que he conocido, comparada con los que he tenido el placer o la desgracia de conocer.

—Me alegra oír eso de tu boca, sabiendo que cuentas con un buen bagaje en esto de cuidar a niños. La verdad es que la prioridad de Lucía era la buena educación de nuestros hijos.

—Mario, no quiero meterme donde no me importa, pero, antes de contestar a tu pregunta, me gustaría saber si Lucía volverá pronto o será más bien tarde. No sé si sabes que tengo un trabajo a tiempo parcial. Son muy pocas horas, por eso he podido estar aquí estos tres días. Si necesitas que esté disponible todos los días, tendría que dejar el otro trabajo. Pero, claro, dejar lo otro para que en un mes vuelva Lucía y me quede sin nada, como comprenderás, no sé si podría aceptarlo.

—Lucía no va a volver, Ada. —La solemnidad de mi contestación me sorprendió hasta a mí. La cara de Ada también reflejó sorpresa.

—En ese caso, mañana mismo hablo con mis otros jefes y me despido. De todas formas, ni siquiera estoy asegurada. He acabado la carrera y lo próximo es preparar las oposiciones.

—Pues me alegra mucho que aceptes mi propuesta. La verdad es que tengo mucho trabajo y necesito ayuda desde ya.

Acabamos de hablar las condiciones del contrato y quedamos los dos contentos. Un gran peso de encima que me quitaba.

Los días se iban sucediendo con normalidad, dentro de lo que era no estar con Lucía. Ada se portaba muy bien con los niños. Por lo menos, suplía, en menor medida, claro, el cariño de su madre. Por fin, la casa estaba al día y, cuando volvía del trabajo, no me metía corriendo en la cocina, además de cenar otra cosa que no fuera tortilla.

Cuando se cumplían más de dos meses desde que Lucía había entrado en el centro, recibí una llamada de un número desconocido. Era ella. El mundo se paró. Menos mal que en ese momento yo estaba en mi despacho. Las piernas me flojearon, por lo que tuve que sentarme.

—Mario. Mario, soy yo.

—No conocía el número de teléfono. Casi no contesto.

—Te llamo porque ya han pasado dos meses y medio y, por lo tanto, ya puedo recibir visitas. Necesito veros. Lo necesito de verdad, Mario.

—Supongo que querrás decir que necesitas ver a los niños.

—Necesito veros a los tres. Sabes que tenemos pendiente una conversación.

—No tenemos nada de lo que hablar. Tú ya lo hiciste el dieciséis de abril, para ser exactos.

—Bueno, por teléfono tampoco es cuestión de aclarar nada. Si quieres venir, vienes; si no, no vengas. Pero, por favor, tráeme a los niños. Necesito verlos tanto como respirar.

—No te preocupes, te los llevaré. Ellos también están deseando verte.

—No veo el momento. Gracias...y hasta mañana.

Colgué el teléfono. Su voz. Cuando parecía que estaba mejor y tuve que oír su voz... Maldije mi debilidad y la maldije a ella.

Cuando les comuniqué a los niños que al día siguiente íbamos a visitar a su madre, reaccionaron de manera diferente. Daniel se puso a dar saltitos de alegría. En cambio, Laura lo tomó con una fría precaución que me dejó estupefacto.

Estacioné el coche en el aparcamiento del centro. Nos identificamos a la entrada y pasamos a un jardín que estaba repleto de árboles que ayudaban a soportar el calor de julio. Lucía apareció radiante. Nada que ver con la que habíamos dejado dos meses atrás. Sus facciones lucían mucho más redondeadas, lo que le daba un aspecto sano, muy diferente al enfermizo de la última vez que la habíamos visto. El corazón empezó a latirme con celeridad. Solo volver a ver sus grandes ojos azules hizo que toda la coraza cayera fulminada con un simple soplido de viento. Su pelo castaño brillaba al sol, como el azúcar quemado en proceso de caramelo.

Nuestras miradas se cruzaron. Ella se agachó a abrazar a Daniel y, sonriendo, le dijo bajito que lo había echado muchísimo de menos. Mientras estaba agachada abrazando al pequeñín, alzó la mirada buscando la de Laura. Esta permanecía bien erguida, cogida de mi mano, apretándola inconscientemente. La insté a soltarme para que fuera en busca de la de su madre, pero se resistía a soltármela.

—Cariño, qué guapa estás. ¿Te apetece que demos una vuelta por aquí, por el jardín? ¿O tienes calor y quieres que entremos? Te puedo enseñar mi habitación, si te apetece.

—El jardín estará bien. —Se giró para mirarme y preguntarme con ojitos tristes—. Papá, ¿tú qué harás?

—No te preocupes, Laura. Estaré dentro. Quedaos con mamá el tiempo que queráis.

Se quedaron con Lucía. Desde dentro, los veía conversar. Habría dado cualquier cosa por saber de qué estaban hablando. Conforme pasaban los minutos, veía a Laura más relajada. Llegó a reír a carcajadas. Las dos reían como dos diosas. Qué bella estampa. El nudo en la garganta no me dejaba tragar. ¿Por qué no podía volver a ser todo como antes? Vi como Lucía acompañaba a los niños a una especie de parquecito y me hacía señas para que me acercara. Salí al calor del exterior. Nos sentamos en un banco debajo de una gran sombra.

—¿Cómo va todo? ¿Cómo os las apañáis sin mí? ¿Cómo han acabado el colegio mis hijos? — La voz se le quebró. Llegué a sentir pena por ella. Si yo lo estaba pasando mal, ella no lo estaba pasando mejor.

—Nos las apañamos bien, he tenido que contratar a Ada para continuo. Estoy hasta arriba de trabajo. Al principio quise encargarme yo de todo, pero finalmente tuve que aceptar que no podía ser. Paso muchas horas fuera de casa y no era plan que los niños estuvieran tanto tiempo solos, evidentemente. El colegio lo han acabado muy bien. Tienes unos hijos muy listos.

—Y tú, ¿cómo estás tú? —Me miró directamente a los ojos. Casi podía meterme dentro de ellos, de lo azules que lucían ese día.

—Yo estoy todo lo bien que puede estar alguien que ha perdido a su mujer porque se la ha pegado con su mejor amigo. ¿Cómo quieres que esté, Lucía? Ni siquiera sé cómo he aceptado venir a verte. Supongo que lo he hecho alentado por la esperanza de que no me doliera tanto verte de nuevo —dije, negando con la cabeza.

—Mario, sé que no es sitio ni momento para hablar de algo tan delicado como nuestro futuro. Pero, cuando me den el alta, tendremos que sentarnos a hablar. Sin resentimientos, desde el corazón y desde los años que hemos pasado juntos. Y sobre todo desde el amor que todavía nos une. Tengo que pedirte perdón por el daño que os he hecho. Quiero explicártelo todo. He hablado mucho con mi terapeuta y me siento con fuerzas para afrontar la culpa y exponerte las razones por las que empecé a beber, que ni yo misma sospechaba. Soy consciente de que ninguna explicación paliará el daño ocasionado, pero a lo mejor te ayuda a entender algo de lo que pasaba por mi mente enferma.

—¿Cómo puedes hablar así, Lucía? ¿Como si nada hubiera pasado? No sé si te han lavado el cerebro o qué. Pero yo no puedo olvidar lo que has hecho. Y no sé si podré hacerlo algún día. De momento, lo dudo.

No me replicó. Bajó la mirada. Dos solitarias lágrimas resbalaron por sus mejillas. Me dieron ganas de limpiárselas, despacio, delicado. Acurrucarla entre mis brazos y volver a sentir su aroma, que recordaba a viejos tiempos de felicidad absoluta. Pero inmediatamente vino a mi mente, como si de una película se tratara, la imagen de ella saliendo de la casa de la piscina, con los labios hinchados por los besos de otra persona que no era yo. En esos momentos, sentí que la reconciliación era del todo imposible.

Nos fuimos. Ella se despidió con sonrisas y abrazos a nuestros hijos. Para mí, solo una mirada llena de dolor. Dolor por no comprenderla, por no aceptar siquiera una explicación. Pero es que no podía. La sola imagen de ellos dos juntos hacía que tuviera ganas de salir de allí, alejarme lo más posible del daño que me hacía la asquerosa visión de ellos dos haciendo el amor.

Les prometió que pronto estarían juntos para no separarse más. Yo no sabía cómo iba a hacerlo. De momento, estábamos bien así. Ellos en mi casa, al cuidado de Ada. No estaba dispuesto a revolver sus vidas al son que ella quisiera tocar. Tenía curiosidad por saber qué era lo que tenía planeado para el futuro. Ahora sí que vislumbraba una reunión entre los dos. Pero no para la reconciliación, por supuesto, sino para aclarar qué era lo que quería respecto a mis hijos.

No pensaba ponérselo fácil. Que se lo hubiera pensado mejor antes de arruinar el futuro de una familia entera. Está claro que no había pensado en las consecuencias de un momento de placer promiscuo.

CAPÍTULO 7

LUCÍA

Se fueron. Quizá fue un pequeño paso hacia atrás en mi recuperación, pues al día siguiente de la visita, mi ánimo no estaba en su mejor momento. Me impactó tanto ver a Mario que no sabía si algún día podría recuperarme.

Cuando lo vi entrar de la mano de nuestros hijos fue como si me hubieran dado una patada en el estómago. Mezcla de agonía y de dolor. Tan guapo, tan alto. Aunque él no lo quisiera, su caminar irradiaba seguridad y distinción. Cómo me hubiera gustado correr a enterrarme en sus brazos. Oler su aroma a Mario, mezclado con su eterno perfume de Carolina Herrera. Decirle que todo aquello no pasó. Que fue mentira, que se equivocó de parecer al verme salir de la casa de la piscina. Pero no. No podía hacer eso, porque fue verdad.

«Su vida y la mía quedaron en un punto muerto», como decía Vanesa Martín.

Bueno, tiempo al tiempo. Era hora de pensar en mí. Recuperarme lo más pronto posible y salir de allí para volver con mis hijos. Volver a su día a día. Darles las buenas noches, prepararles el desayuno y todo eso que hacen los padres normales que no beben ni se acuestan con los amigos de sus maridos.

Realmente no sabía qué hacía ya allí. Me encontraba estupendamente. De momento, no necesitaba la copa de por la noche. Dormía bastante bien. Se lo comenté a Gracia, pero me dijo que esperara, que era pronto. Que no era lo mismo estar allí protegidos que salir a un mundo lleno de problemas que solucionar día a día. Allí gozábamos de una rutina muy bien establecida. Además de la terapia diaria con el psicoanalista, tenía las sesiones de meditación que hacían que el corazón se serenara infinitamente. No pude más que darle la razón, así que me armé de paciencia y dediqué los días a pasear, hablar con compañeros y seguir el tratamiento con mi terapeuta.

A finales de septiembre, recibí la visita más inesperada del mundo. Me llamaron al teléfono de la habitación y me dieron el nombre de la persona que menos quería ver en esos momentos. Era Sofía, la mujer de Carlos. No entendía cómo había podido concertar una cita sin mi consentimiento; quizá tiró de contactos. Los colegas se ayudaban entre sí, vete tú a saber. ¿Qué carajo querría Sofía de mí? ¿A qué venía a verme? El primer impulso fue contestar que no me encontraba bien y que no bajaría. Pero pensé que Gracia subiría a ver qué me pasaba. Gracia era como Dios. Se enteraba de absolutamente todo. Era conocedora de lo que pasaba en cada rincón del centro y nos hablaba con una calidez a todos como si de nuestra madre se tratara. En realidad, yo le estaba tomando cariño. Nunca salió una mala palabra de su boca, que yo supiera. La verdad era que la iba a echar de menos cuando me fuera de allí.

Con esos pensamientos, me dirigí a la escalera y la bajé despacio, como si, en lugar de Sofía, quien estuviera allí fuera un ratón a la espera de un buen escobazo. Estaba de espaldas, bien erguida, con su clásica pose, más propia de la realeza que de una mujer acomodada y nada más. En cuanto puse el pie en el último escalón, se volvió como si me hubiese olido. Su gesto serio delató que no venía en son de paz.

—Lucía —dijo por todo saludo.

—Sofía —contesté yo, imitándola.

—¿Podemos hablar en un sitio más íntimo? —No pude distinguir si me lo preguntó o me lo exigió.

—Si quieres podemos subir a mi habitación, allí estaremos más tranquilas. —Me di la vuelta y deshice los pasos que me habían hecho llegar hasta ella. Una vez en mi habitación, la invité a sentarse en la butaquita de al lado de mi cama. Declinó la invitación. Claro, con su estatura, prefería estar de pie; me sacaba más de una cabeza y eso la dotaba de una superioridad inevitable sobre mí. No entendía cómo Carlos se había sentido atraído por mí, pensé mientras la observaba. Parecía una actriz de Hollywood. Llevaba un moño alto, con el pelo tan estirado hacia atrás que a pocas mujeres les podía quedar tan bien como a ella, además de que le daba un toque de distinción especial. Las facciones bastante marcadas y los labios gruesos hacían un conjunto imposible de no admirar. Además, el rubio platino de su cabello pegaba perfectamente con su semblante frío como un témpano de hielo. El traje de chaqueta que llevaba constaba de una miniamericana, a conjunto con una falda estrecha hasta las rodillas. La camisa blanca la llevaba abierta hasta justo el comienzo de sus senos. El atuendo era atractivo a la par que elegante. Las manos entrelazadas bajo de su vientre remataban su pose de señorita Rottenmeier.

—No he venido a retomar nuestra amistad, como supondrás. Solo vengo a decirte que lo sé todo. Y a advertirte que no te hagas ilusiones con respecto a Carlos. Después de lo que hicisteis —tuvo que apartar la mirada, los labios se le curvaron con gesto de asco—, Carlos y yo hemos hablado mucho. —Volvió a mirarme—. Hemos decidido olvidar ese desagradable incidente.

«Desagradable incidente», qué manera más curiosa de denominar una *puesta de cuernos*. Los amigos de Mario no dejaban de sorprenderme con su ilustrada verborrea. Debería haberle contestado que nada más lejos de mi intención, pero me quedé callada. Ante situaciones tan violentas, suelo quedarme sin palabras. Me sudaban las manos y hasta me temblaban un poco las piernas. Nunca he tenido salida para dar contestación a personas imponentes. Luego, a solas con Sandra, podía pasarme horas hablando y hablando, incluso rebatiendo temas por los que no estábamos de acuerdo, sin ningún tipo de problema.

—Solo puedo pedirte perdón —susurré

—A ver si te sirve esa simple palabra con Mario. No te mereces a una persona como él. Te has comportado como una niña caprichosa sin pensar en las consecuencias. Has tomado lo que querías en ese momento y te has largado, dejando un desierto alrededor. Has conseguido que una amistad de muchos años entre dos hombres se rompa. Y tus hijos, ¿has pensado en ellos? No sabes la suerte que tienes de ser madre. —Su cara se transformó y los ojos se le tiñeron de rojo—. Está claro que Dios dispone a quien no lo merece.

Las palabras salían de su boca en una especie de siseo que me puso los pelos de punta. En sus reproches escondía algo más que no pude definir en esos momentos.

—Sofía.

—Déjalo, no digas nada. Solo he venido a que sepas el daño que has causado. Porque, dentro de esa cabecita que tienes, no sé si eres consciente. Necesitaba exponerlo ante ti para poder seguir con mi vida e intentar olvidar lo que habéis hecho. No puedo vengarme, porque no soy de esa clase de personas. Solo deseo que no te acerques a nosotros nunca más. Por desgracia, vivimos demasiado cerca para evitar encontrarnos, pero espero que seas inteligente y hagas como si no nos hubiéramos conocido nunca. —No sé si esperaba que yo dijera algo, pero realmente me dejó sin palabras—. Me voy, no hace falta que me acompañes. Sé dónde está la salida.

Tal como se vino, se fue. Me dejó con la boca abierta. Con un sentimiento de culpabilidad que no sabía si algún día podría superar. Volví a hundirme en la miseria, cuando ya había sacado casi todo el cuerpo.

Di unos pasos hacia atrás y me dejé caer en la cama. De tan pequeña que me sentía, casi casi iba a desaparecer, como un punto impreciso de la colcha de mi cama. En esos momentos, era necesidad vital que la tierra me tragara y desaparecer completamente de la vida de mis seres queridos. Cerraba los ojos y veía a Sofía una y otra vez allí plantada, con el desprecio reflejado en su rostro. Era como una película una y otra vez rebobinando la misma escena.

Después de flagelarme un buen rato, pensé que ya estaba bien. Decidí aplicar algo de lo aprendido en las terapias que realizábamos conjuntamente en el patio. Respiré varias veces profundamente. Y recordé una frase que siempre repetía Gracia: «Los problemas tienen dos lecturas. Si tienen solución, a por ello. Si no la tienen, para qué gastar energía en preocuparse». Así que me levanté perezosamente de la cama y me dirigí al jardín para dar una vuelta y respirar aire limpio. El que flotaba en mi habitación en esos momentos estaba muy cargado, entre otras cosas por el fuerte perfume de Sofía. Antes de salir por la puerta, abrí las ventanas de par en par, volví a tomar aire y me deleité con las maravillosas vistas.

Pasé una de las peores noches desde que me había empezado a encontrar mejor. Cada visita me hacía bajar un escalón en mi recuperación. Debía darle la razón a Gracia cuando me dijo que era pronto para volver al mundo real. Fortalecer mi espíritu era imprescindible antes de salir a la jaula de fieras.

Al día siguiente, estaba sentada debajo de mi árbol preferido. Hacía una tarde buenísima, con calor, pero la brisa que corría invitaba a cerrar los ojos y dejarte llevar por el sonido de las hojas revolviéndose unas con otras. Era muy relajante, pues el sol entraba y salía por la sombra que ellas hacían en su ir y venir. Estaba en mi mundo cuando oí el sonido de un coche que aparcaba en el *parking* que desde allí podía distinguir. Cuando vi el coche, el corazón me dio un vuelco. Sandra. Me levanté de un salto y corrí hacia ella.

Sin mediar palabra, nos fundimos en un abrazo. Casi no la dejo ni salir del coche. El abrazo duró mucho. Más que ninguno que nos hubiéramos dado antes. Cuando nos soltamos, ella puso sus manos en mis hombros preguntándome con la mirada. Las lágrimas salieron de mis ojos sin querer.

—Cariño. Mario me dijo que te vio muy bien. No me esperaba verte así. De aspecto sí que estás mucho mejor, pero esos ojillos...

—Estoy bien, Sandra. Solo es que ayer tuve un día muy malo. Después te cuento. Vamos, sentémonos allí en esa sombra, que se está de lujo.

Nos dirigimos al mismo banco en el que estaba sentada antes de verla llegar. Me cogió las manos y me preguntó.

—Dime, cuéntame todo. Desde tu llegada hasta hoy. Quiero saberlo.

Le conté de forma resumida que la llegada fue buena, pero con mucha incertidumbre, le hablé de Gracia, de las sesiones de terapia. Y de algunas personas que había encontrado allí. Que me encontraba muy bien, hasta que vi a los niños y a Mario. Después empecé a relatarle la siniestra visita de Sofía.

—Ayer vino a verme por sorpresa Sofía —dije torciendo el gesto.

—Sí, lo sé.

—Me dijo de todo. Me culpó de haber destruido sus vidas —le dije mocando.

—¿Y te culpó solo a ti? ¿Su marido no tuvo nada que ver? ¡Venga, hombre! Esa tía no sabe ni dónde tiene los pies. Sí, eres culpable, pero tanto como él. Lucía, yo no sé si vuestro matrimonio tiene arreglo, pero, cuando en una pareja hay una infidelidad, es porque algo no va bien. Tenéis que sentaros a analizar qué fue lo que falló. Qué pasó.

—Es que ni yo misma lo sé, Sandra. Iba todo bien. No sé si me sentí agobiada por su forma de querer controlarlo todo. No sé si inconscientemente echaba de menos mi trabajo. No lo sé. De

repente, dejé de hacer deporte, de querer juntarme con nuestros amigos. Solo me apetecía estar sola. Me fui aislando en mi mundo. Mario no quería ver que algo fallaba. Su querida mujer estaba cayendo poco a poco en un pozo oscuro y, lejos de poder arreglar el embrollo, este cada vez se liaba más.

—Yo creo que tú tienes un grave problema de inseguridad. Cuando en realidad vales mucho. Te juzgas constantemente, te comparas con los demás. Y siempre te infravaloras.

Respiré hondo. En ese momento decidí abrirle mi corazón. Quién mejor que ella para consolarme.

—Sandra, he tenido muuucho tiempo para pensar y reflexionar. Las sesiones de terapia también me han ayudado. He llegado a la conclusión de que he cambiado. No sé, he pasado la barrera de los cuarenta y ha habido como un clic en mi cabeza. Aunque haya sido poco a poco, quizá el tope ya lo he alcanzado —empecé a relatarle mis pensamientos algo filosóficos.

—Cuando nos casamos Mario y yo, en mi mente existía otra manera de vivir el matrimonio. —Sandra se acomodó para escucharme, mi amiga era la mejor para eso—. Sentía la necesidad de cuidar de él. Quería mirarlo hasta el infinito. Quería que se sintiera a gusto en todo momento. No podía consentir que mi matrimonio se asemejara al de mis padres. Necesitaba cocinar bien, planchar hasta que no quedara una sola arruga, tener la casa reluciente. Todo eso acompañado de mi trabajo. Después nacieron nuestros hijos y, por supuesto, quise ser la mejor madre. La que estaba para todo. La que dejaba todo para atenderlos, y con eso me refiero a *todo*. Extraescolares, cumpleaños, reuniones del colegio, reuniones de extraescolares, reuniones del A.M.P.A. Todo eso que hacen las madres y padres del mundo. Pero yo quería ser la mejor. ¡Creía que eso era lo que quería! Necesitaba hacer la mejor tarta para mis hijos, siempre con malos resultados, claro. Me costaba un mundo, pues sabes que no soy muy buena cocinera, por eso quizá me costaba más que a otras madres, que en un momento elaboraban el mejor de los manjares para su familia. Si no me salía bien, me machacaba yo misma diciéndome que no sabía cocinar, que no me esforzaba lo suficiente. Me he castigado muchísimo, Sandra. Yo solita. Mario en ningún momento me ha presionado para nada. He sido yo sola, he sido cruel conmigo. Mi peor enemiga he sido yo misma.

»He querido ser la que no soy —proseguí—. Yo soy una mujer normal, con sus claroscuros. En estos días, me he dado cuenta, ante todo, de que puedo vivir sola. Que puedo respirar sin mis hijos, sin Mario, sin ti —proseguí con una sonrisa—. Con esto quiero decir que te necesito en mi vida. Pero, aunque te necesite, sé que podría vivir sin ti. Nadie, absolutamente nadie, es imprescindible en la vida de otra persona. Los humanos somos seres vivos individuales. Podemos vivir solos, y no pasaría nada.

»Decidimos tener hijos y, con ello, que yo dejara de trabajar para estar con ellos. Hice lo que mi corazón me dictó. La máxima ilusión era estar con ellos, criarlos yo. Nos lo podíamos permitir, por lo tanto así lo decidimos, pero eso tuvo su precio. Yo dejé de existir. Doce años dedicados a ellos, haciendo el papel de buena madre y buena esposa. Cocinando para mi familia, adoptando el papel de mi vida, que en esos momentos creía que necesitaba. Yo creía que eso era lo que quería, pero supongo que en mi inconsciente no era lo que deseaba, o por lo menos no a tiempo completo.

»Escuchar un programa de radio, donde la locutora hacía precisamente estas reflexiones, me ayudó a abrir más los ojos. Ella decía justo lo que yo sentía.

»Llegar a reconocer que necesito estar sola, que necesito pensar en mí, solo en mí, es duro. Que estoy harta de ser la cuarta en todo. ¡Que quiero ser la primera! Que el papel de madre no es el principal de mi vida. Que quiero ser la protagonista sin tener sentimiento de culpabilidad. Sin sentirme narcisista. A lo mejor la crisis de identidad que he sentido ha llegado antes de lo normal. Pero ¿hay una edad para ese sentimiento en concreto? ¿Y les pasa a todas las mujeres en mi misma

situación? A esa pregunta no tengo respuesta, yo solo puedo hablar de mí.

»Quiero a mis hijos más que a nadie en el mundo. Daría la vida por ellos, pero eso no quita que sienta que me ahogo.

»¿Que he huido? Sí, he huido porque lo necesitaba. Eso no exculpa lo que hice, por supuesto, pero a lo mejor ha sido la solución para parar el tren en el que andaba subida. Viendo pasar ciudades sin observarlas realmente, sin bajar en cada estación para admirar cada detalle de sus calles y plazas.

»Y Mario, que ha hecho lo que ha podido o ha creído más correcto, para salvar algo que hacía tiempo estaba destinado a naufragar. Una venda tan tupida le cubría los ojos que no le dejaba ver que el camino por el que íbamos no era el que nos llevaba a buen puerto.

»Pero estoy dispuesta a volver a tomar el timón con fuerza. No sé cómo lo haré, pero voy a intentarlo, de eso estoy segura.

—Eres una valiente, Lucía. Te admiro por ello.

—Bueno, eso lo dices tú, que me quieres mucho.

—Tienes que saber que todo el mundo tienes dudas. Que todos fallamos, tenemos miedos y a veces no sabemos por dónde tirar.

—Pues eso nunca lo he percibido en nadie de los que están a mi alrededor. Todo el mundo parece saber perfectamente lo que quiere y lo que hace.

—Eso es lo que quieren hacer ver. El problema es que tú eres como un libro abierto. Tanto para lo bueno como para lo malo. Haces ver tus fallos a los demás, los resaltas. ¡Resalta lo que sabes hacer, lo que se te da bien! Tienes que creer más en ti. Vales mucho, Lucía.

—No hay nadie como tú para subirme el ánimo —le dije al tiempo que le daba un abrazo y deseaba sentirme como ella me veía.

—¿Cuáles son tus planes ahora mismo?

—Ahora mismo, creo que el próximo paso debe ser empezar yo sola. Con los niños, por supuesto, pero sin la protección de Mario. Por mucho que me duela pensar en él, sin poder estar con él. He tenido mucho tiempo para pensar y he visto que no podemos estar juntos de momento. El tiempo dirá si nos echamos de menos o si podemos vivir uno sin el otro.

—Bueno, pues tiempo al tiempo. Yo quiero que sepas que estaré ahí para lo que necesites.

—Lo sé, nunca lo he dudado. De ti nunca, y lo sabes —dije con lágrimas en los ojos.

Siempre supe valorar la amistad de Sandra. Ella me entendía como nadie. ¡Qué afortunada era de tenerla tan cerca de mí!

—Bueno, y ahora cambiando de tema, ¿no me ves más flaca? —me preguntó, levantándose y dando una vueltecita delante de mí. Siempre era el mismo tema con ella. Mi amiga era de caderas anchas y se pasaba la vida de régimen en régimen intentando verse finita como un lápiz, cuando el problema de las caderas era prácticamente imposible de arreglar. Yo la veía estupenda. Siempre me habían gustado las mujeres con curvas. Mucho más atractivas que los palos que salían en la tele. Pero para ella era un tema que siempre la perseguía. No lo aceptaba y no lo haría nunca. Cada uno tiene sus manías y ahí poco se puede hacer.

—Ahora que lo dices, sí que te veo más delgada.

—¿Has visto? Lo mío me está costando. He tenido que renunciar a los muchos placeres gustativos, pero, bueno, ha valido la pena —me dijo alegremente.

Estuvimos mucho rato más hablando y hablando. Con la caída del sol llegó la hora de la despedida. Nos volvimos a abrazar, sintiendo la emoción que nos unía.

Mi amiga, mi querida amiga de batallas. Siempre dispuesta a escucharme. Con ella podía ser yo misma. Qué bueno que la vida me la hubiera puesto delante. Arrastraba sus pequeñas manías,

como todo ser viviente que se precie. Siempre luchando con el peso. No entablaba conversación en la que no saliera el tema de los kilos. Pero yo la quería como era, con sus obsesiones.

Al día siguiente, tenía reunión con Gracia. Estuvimos hablando largo y tendido. Me dijo que se habían congregado ella y mi terapeuta, y analizando la evolución desde mi llegada hasta el día anterior, estimaban que estaba preparada para salir. Gracia quiso indagar de forma sutil si me veía preparada para ello.

—Lucía, siempre puedes volver. Cuando quieras, estaremos aquí. En mi opinión, te has dejado llevar muy bien, has interiorizado perfectamente las prácticas de relajación y demás terapias. Desde luego, eres una alumna de lo más aplicada. Eso da gusto, te lo digo yo, que llevo recibiendo pacientes unos cuantos años.

—Muchas gracias por el cumplido. Desde luego, yo vine dispuesta a reconducir mi vida e intentar no buscar la salida más fácil a los problemas. Este retiro me ha venido muy bien para tomar impulso y coger carrerilla para la carrera de fondo que tengo por delante.

—Bueno, pues que sepas que ha sido un placer tratar contigo. Ha sido un espacio corto de tiempo, pero hay personas a las que, por unas cosas u otras, se les coge cariño con facilidad.

Ahí quedó la conversación. No me podía creer que mi estancia se acabara. Iba a ser mi última noche allí. Así que entré en mi habitación y me senté en la preciosa butaquita a contemplar el pequeño espacio donde había experimentado múltiples sensaciones. Días de soledad, días de incertidumbre, días de paz. Aquella habitación albergaba mucho que contar. Me levanté y abrí las dos hojas de la ventana. Una vez más, volvían a imponerme las vistas. Por muchas horas que pasara allí asomada, no me acostumbraba a la inmensidad de la naturaleza. El color anaranjado de las hojas de los árboles anunciando que el verano iba a dar paso al otoño era una de las vistas que se me iban a quedar grabadas en la retina para toda la vida. En el fondo, sabía que iba a echar de menos ese paisaje grandioso. Por muchas ganas que tuviera de volver a la normalidad, en ningún sitio iba a percibir esa sensación de que pertenecemos a la naturaleza. Que la raza humana, en ocasiones, no sabe apreciar ni agradecer a la naturaleza lo que nos da gratis y en silencio.

Bajé al comedor con la intención de despedirme de algunas personas a las que había conocido allí. Me sorprendió ver al chico sin nombre.

—Hola. Bueno, hola y adiós. He bajado a despedirme. Hacía días que no te veía por aquí. Creía que ya no estabas —le dije bromeando. A la vez que le estaba soltando la frase, vislumbré un vendaje en las muñecas. Abrí los ojos delatando así mi estupor. Me pilló, como no podía ser de otra manera. Me vino a la mente lo que me había dicho mi amiga respecto a que soy un libro abierto. Me maldije por ello. Pero ya no podía dar marcha atrás.

—Sí, es lo que ves. No te preocupes. Y antes de que me preguntes, me dejan estar aquí para tenerme vigilado mientras intentan ayudarme.

—Lo siento mucho. Si puedo ayudarte en algo...

—Si tuvieras un cigarro sería genial —me dijo sonriendo, para quitarle hierro al asunto—. No, en serio, me alegro de que vuelvas a tu casa con tu familia.

—Gracias —dije bajando los ojos—. Me encantaría saber de ti en cuanto te encuentres mejor.

—Sí, estaría bien vernos fuera de aquí.

Nos dimos los teléfonos, gracias a lo cual me enteré de su nombre, Rubén. Ahora ya no se me olvidaría. Me despedí de él con dos besos en ambas mejillas. Fue un leve contacto, pero me turbó sobremanera. Cuando iba subiendo los escalones hacia mi habitación, me invadió una sensación de tristeza que pesaba mucho.

No tenía ni idea de los motivos que lo impulsaron a hacer algo así, pero tampoco podía juzgarlo. Nadie sabe lo que se le pasa por la cabeza a una persona para llegar tan lejos. Cuán

desesperado tiene que estar. Sentí una fuerte urgencia por ayudarlo. Pero tampoco habíamos intimidado tanto como para entrometerme en su vida sin ser invitada. Me consolaba saber que habíamos intercambiado los teléfonos para, al menos, no perder el contacto del todo.

Al día siguiente volvería a Alcoy. Retazos de mi vida se agolpaban en mi mente, alejándome así del ansiado sueño. Mi mente era el todo y la nada. El todo eran mis hijos, la nada era mi matrimonio. La absoluta nada.

Lo primero sería buscar un hogar para mí y los niños. Buscaría algo pequeño, económico. Mario se había ofrecido a ayudarme a empezar y no iba a declinar su oferta. La decisión de apartarme del mundo laboral fue conjunta; por lo tanto, era cosa de los dos. Ahora, en cuanto me incorporara, estaba decidida a ser independiente de forma total. Era inevitable pensar si Mario querría la custodia compartida; por supuesto, no se la iba a negar. Así me quitaba de recibir ni un céntimo de él.

Estaba dispuesta a empezar una nueva vida con todas las de la ley. Necesitaba demostrarme que podía empezar de nuevo. Que nada me lo iba a impedir. Enfrentarme a la mirada de Mario iba a ser todo un reto, pero lo superaría. Era consciente de que los niños estaban muy bien con su padre, pero también conmigo lo iban a estar. Visto con objetividad, no sería ni la primera ni la última que pasaba por una separación. Cada pareja tenía unos motivos u otros para romper una unión de años, y al igual que otras habían pasado por ahí, iba a hacerlo yo. Nadie dijo que el proceso fuera fácil. Recogería los despojos de lo que quedaba de mi vida anterior y los recompondría poco a poco, pieza a pieza.

El hombre de negocios que era Mario tendría que enfrentarse a la peor y más difícil transacción de su vida. Negociar con su mujer la vida de sus hijos no iba a ser tarea sencilla.

CAPÍTULO 8

Cuando Sandra llegó con su pequeño coche a la puerta del centro, yo ya estaba preparada con la maleta junto a mis pies. Le dije con señas que no era necesario que se bajara, metí la maleta en el maletero y, corriendo, di la vuelta para subirme a su lado. Nos abrazamos atropellándonos con frases sin acabar. Casi nos besamos en la boca de la alegría del momento y los nervios contenidos.

—Joder, qué suerte he tenido de que hayas podido salir del trabajo un poco antes. No me apetecía entrar en tu casa sola bajando de un frío taxi.

—Clara que sí, guapi —me dijo guiñándome un ojo—. No ha sido problema para mí, sabes que tengo carta blanca para salir de vez en cuando del despacho. Bueno, agárrate fuerte, nena, que vamos directas a tu nueva vida.

Y con eso, quitó el freno de mano, puso la música bien alta y enfiló el camino hacia lo que ella denominó «mi nueva vida».

Llegamos a nuestra calle. El pulso se me aceleró, como era de esperar. La sola idea de cruzarme con Mario hacía que me temblaran las piernas otra vez.

—Lucía, estás blanca como la pared. Mujer, no te pongas tan nerviosa, que aquí nadie se va a comer a nadie.

Comencé a hiperventilar, y no podía hacer otra cosa que intentar inspirar lo más profundo posible. Cuando entramos en el garaje, no pude evitar girar la mirada hacia la casa de la piscina, mudo escenario del impúdico pecado que cometí. Sandra se dio cuenta y me agarró la mano.

—Cariño, no le des más vueltas. Eso pasó. Ahora lo que toca es olvidar y buscar la felicidad que tanto mereces.

Volví a instalarme en la misma habitación donde había estado antes de la entrada al centro. Me sentí bien. Acordamos ir por la tarde a mi casa para ver a los niños y hablar con Mario sobre los planes venideros. Miguel y Cristina me dieron una cálida bienvenida. No podía tener más suerte. Lo duro iba a venir por la tarde. La niña tuvo la delicadeza de no hacer preguntas. Era una niña dulce y delicada. Me alegraba de que ella y Laura tuvieran esa bonita amistad.

Por la tarde, me senté en el balancín situado en el gran porche de la casa de Sandra. Quedaba nada para la reunión con Mario. Intentaba imaginar la reacción de mi todavía marido cuando le dijera que mi intención era buscar un piso cerca, turnarnos a los niños y procurar empezar una nueva vida por separado.

El olor a otoño se mezclaba con mis sentimientos, fundiéndose inevitablemente. Empezaba a refrescar y entré a buscar una chaqueta que abrigara más. Claro, no encontré nada. No la había metido en la maleta cuando salí corriendo de mi hogar. Aprovecharía la visita de esa tarde para proveerme de ropa más adecuada a la estación que se acercaba.

Cuando entré a la cocina, Sandra me dijo que ya estaba preparada para acompañarme. Le dije con tacto que no era preciso que viniera. Ella aceptó y comprendió sin preguntas. Mi amiga no dejaba de sorprenderme. La abracé por milésima vez y le dije que por la noche le contaría todos los detalles de la conversación con mi familia.

Así que aspiré profundo y me encaminé, no sin nervios, a mi antigua casa. Eran apenas quinientos metros los que me separaban de mi casa. De camino, me crucé la chaquetilla de punto, intentando que el aire frío no me afectara más de lo que lo estaba haciendo. Rezando por no cruzarme con ningún amigo, llegué a mi casa sin interrupciones.

Sintiéndome extraña en mi propia casa, llamé al timbre. Me abrió la puerta una desconocida Ada.

—¡Lucía! —El grito le salió un poco estridente, o eso me pareció a mí.

—Hola, Ada, qué cambiada estás. Parece que, en lugar de cuatro meses, hayan pasado años. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien. Pasa, estás en tu casa, por favor.

Los niños debieron de oír el gritito de Ada. Daniel bajó las escaleras de dos en dos. Con los brazos abiertos, gritaba él también. Me arrodillé dispuesta a estrujarlo. Casi caímos del impulso que dio mi niño al abrazarme. Pero conseguí mantener el equilibrio y, juntos, reímos y nos besamos un buen rato. Qué bueno era sentir otra vez a mi niño cerca de mí. Qué bueno era sentir su olor característico a Daniel. Cerré los ojos aguantándome las lágrimas. Ya había cumplido mi particular penitencia. Ahora me tocaba reconstruir el puzle de mi vida como pudiera, encajando piezas poco a poco, según fuera encontrándolas.

Levanté la mirada y vi a Laura bajando los escalones poco a poco, como si tuviera una lesión imaginaria.

—Cariño, mi amor. Ven que te abrace... —Se acercó a mí con cautela, la abracé y ella se dejó hacer. Esa vez estuvo más receptiva que la última que habíamos estado juntas. Nada más abrazarnos, sonó la cerradura de la entrada. Por lo que veía, no íbamos a poder hablar a solas de momento.

—Lucía. Ya has llegado. Me alegra verte tan bien.

Mario. Como yo estaba de espaldas a él, me dio tiempo para suspirar y tomar fuerzas para enfrentarme a su mirada. Me di la vuelta lentamente y, cuando nuestras miradas se cruzaron, fue como si un rayo imaginario pasara de él a mí.

Al llevar un tiempo conviviendo con gente de todo tipo, me causó algo de impresión tener a Mario ante mí. Ataviado con el traje de chaqueta y su maletín, de repente era un extraño. Me sorprendió también notar la diferencia de altura; parecía gigante a mi lado. Me quedé sin palabras, no sé si de sorpresa o de impresión por lo que sentí. Cómo podía ser que unos pocos meses bastaran para sentir extraña a una persona que había sido parte de mí. De mi persona. Llevábamos tantos años juntos que su cuerpo era el mío. Su olor estaba impregnado en mi piel como si fuera yo misma. Pero en un puñado de días, todo eso cambió.

—Ada, ¿puedes llevarte a los niños arriba? —le dijo Mario a Ada.

Yo miré asintiendo a Laura, porque vi que iba a empezar a protestar. Le dije con la mirada que hablaríamos después.

—Bueno, dime. ¿Qué tienes pensado? —Pregunta directa donde las haya. Estaba claro que su rencor solo era un poco más *afectuoso*. La forma de dirigirse a mí seguía siendo dura, pero por lo menos ya me miraba a la cara.

—He pensado en alquilar un piso cerca de aquí. Para importunar lo mínimo a los niños. ¿Cómo lo ves?

—Lo veo bien. ¿Cómo vais a subsistir?

—Pues te va a tocar ayudarme hasta que hable con mi antiguo jefe y me confirme si puedo volver.

—¿Lo tienes claro? ¿Que quieres volver? ¿Cómo te las vas a apañar con el trabajo y los niños?

—Compartiremos niñera, si no es inconveniente para Ada.

—Veo que lo tienes todo muy pensado...

—He tenido mucho tiempo para pensar, Mario.

—Ya veo. Bien, pues por mí no hay problema. Está claro que yo lo que quiero es lo mejor para nuestros hijos. Si te vienes cerca, siempre será menos lío para ellos.

Y ya estaba. Ahí quedó la conversación tan importante que yo pretendía tener con mi marido. No hablamos absolutamente nada de lo que pasó. Actuó como si esta fuera una separación de mutuo acuerdo. No hubo reproches ni lamentaciones. Ni tan siquiera insultos. Por supuesto, estuve mucho rato con los niños. Laura me preguntó si me quedaba en casa para siempre. Lo duro fue decirle que no. Que debía irme. Ella protestó bastante rato, pero, después de hablar mucho, al final lo comprendió. Le prometí que, en cuanto estuviera establecida en mi nueva casa, ellos vendrían a dormir conmigo semana sí, semana no. Y parece que lo asimiló bien. La verdad es que me sorprendió su actitud positiva.

Le dije a Mario que quería subir un momento a nuestra habitación para recoger algunas cosas. Él contestó que estaba en mi casa. Subí y me abastecí de todo lo de invierno que pudiera necesitar. Por supuesto, le dije que iría más veces; llevarme todo de golpe me parecía una locura.

Cuando entré en nuestra habitación, me quedé parada mirando la cama. Entonces sí que se me secó la boca. Reviví la última noche que pasamos haciendo el amor allí mismo. Y toda la fortaleza que había sentido durante la visita, se esfumó de un plumazo.

Mario entró detrás de mí, se quedó parado también, sin saber qué decir. Solo nos miramos con intención. Los dos reteníamos muchísimo sentimiento en nuestro interior. Se palpaba en el aire. Pero ninguno dimos el paso para soltar la primera palabra. Sentirlo tan cerca de mí fue como una bofetada de placer, se me erizó la piel, la cual demandaba con urgencia dolorosa el tacto de sus manos, el susurro de su voz. Tenerlo cerca y no poder tocarlo era como una angustiada condena. No me pude resistir y me acerqué despacio. Quedamos cara a cara, nuestras respiraciones aceleradas se mezclaban en un torbellino de calor. Nuestros labios se tocaron, sin movimiento, sin beso, solo contacto. Sentí el deseo más fuerte de mi vida, morderlo, chuparlo, impregnarme de su esencia. Mi cabeza me decía que me apartara, que solo conseguiría salir herida de aquel acercamiento, pero mi corazón me gritaba que pegara mis labios a los suyos y no los separara nunca más.

Pero no todo podía ser tan fácil, tan bonito, no nos encontrábamos en el clásico cuento con final feliz. Mario se apartó, apoyó su frente sobre la mía y bajó la cara. Se rindió. Estaba claro que la herida todavía permanecía abierta. Cerré los ojos y me aparté de él.

Hice lo que tenía que hacer lo más rápido posible y, tragando saliva una y otra vez, me despedí de los niños, besándolos con amor. Un amor que su padre no estaba dispuesto a concederme.

Cuando salí de mi antigua casa y me dirigí a la de Sandra, no me podía creer que aquello hubiera pasado. No podía analizar si sentía dolor, angustia, desconsuelo... Quizá fuera más tristeza. Dentro, muy dentro de mí, sabía de sobra que no podía pedir clemencia tan pronto. Debía dejar pasar el tiempo y ver cómo evolucionaban las cosas. Lo que sentí al tener tan cerca a Mario fue del todo imprevisible. Todos los planes de independencia que me había propuesto se fueron al traste con un simple roce de labios. Tenía que asimilar tantas cosas...

Estaba a punto de entrar en el camino que llevaba a casa de Sandra, cuando oí mi nombre. Era Carlos.

—Lucía, ya estás de vuelta.

—Carlos.

Madre mía, no sabía si mi corazón podría seguir aguantando tantos sobresaltos. Ese era otro frente con el que lidiar y no encontraba la manera de afrontarlo. Dejé las bolsas de ropa en el suelo y me apoyé en la baranda de la casa de Sandra. No sentía ningún deseo de hablar con él,

pero era mejor aclarar las cosas en ese momento que dejarlo para más adelante. Carlos me importaba infinitamente menos que Mario.

Lo miré detenidamente, intenté averiguar qué fue lo que me impulsó a hacer lo que hice. La verdad es que no le pude encontrar ni explicación ni argumento. Entre otras cosas, porque al verlo no se me removió nada. No sentí nada, solo vacío. La atracción que en aquel fatídico día de abril sentí, en esos momentos, allí parada, era como si solo la hubiera soñado. Un sucio sueño erótico que por desgracia fue muy real.

—¿Te importa si hablamos un momento? —percibí temor en su pregunta.

—No me importa en absoluto, pero recibí instrucciones precisas por parte de Sofía de hacer como si no nos conociéramos.

—No le hagas caso, habla desde el resentimiento. Lo que pide sabes que es imposible de cumplir.

—Carlos, ¿qué quieres?

—Solo quiero pedirte perdón.

—Tú solo no fuiste el culpable. En esa casa éramos dos personas. —Recordar lo que pasó me hizo estremecer. No puedo negar que sentí deseo, pero ahora puedo distinguir entre deseo y amor. Lo que tuve con Carlos fue, solo y exclusivamente, sexo—. Yo también debo pedir perdón. Sinceramente, lo que más me duele es perder tu amistad, pero no hay otra manera mejor de hacerlo. Les hemos hecho mucho daño a Mario y a Sofía, y tenemos el deber de pagar nuestro pecado. Adiós, Carlos. Espero que seáis muy felices juntos.

Recogí las bolsas del suelo y entré en el jardín de mi amiga. No miré hacia atrás por mucho que me muriera por hacerlo. Nunca había hablado así de claro a nadie sobre algo tan íntimo y crucial, pero algo en mí había cambiado, y debía reconocer que me estaba gustando la nueva Lucía que estaba emergiendo.

Entré en casa de Sandra y, por lo que vi en su mirada, se moría por saber cómo me había ido. Nos sentamos con una taza de té en las manos y le relaté todo lo acontecido esa tarde, incluido el encontronazo con Carlos.

—Con lo que significó Carlos en nuestras vidas, y ahora todo lo que siento es rechazo. Ay, señor, ¿qué es lo que he hecho...? —dije, poniéndome las manos en la cara.

—Lucía, no te martirices por ello, piensa que lo que pasó fue fruto del alcohol y del lío que habitaba en tu cabecita. Ahora te tienes que centrar en volver a ser la Lucía que eras y todo volverá a estar bien, ya verás.

—Sí, pero me duele tanto haber separado a dos hombres que se querían...

—Pues te tengo que decir que, si tanto quería Carlos a Mario, yo creo que debería haber pensado un poco antes de sacar su verga a bailar...

—Sandra...

—Lo siento, Lucía, es que no puedes culparte de todo en esta vida. Y sinceramente, si de verdad eran tan amigos, no entiendo cómo ha permitido llegar a ese punto —me dijo con cara de cabreo.

—Bueno, ahora ya es tarde para lamentaciones. El daño ya está hecho. Tengo que concentrarme en empezar de nuevo.

—¡Esa es mi chica! —Me dio un abrazo de los que aprietan, poniendo así fin a la conversación.

Al día siguiente, lo primero que hice fue acercarme a la inmobiliaria que estaba a pocos metros de nuestra casa. Me ofrecieron tres pisos con las características que yo pedí y me dijeron que podíamos verlos en cuanto quisiera. Por supuesto, yo dije que ya. Así que nos encaminamos al

más cercano a mi casa; íbamos a ir del más cercano al más lejano. El primero que vimos era la edificación de pisos más próxima a mi casa; al lado estaba la lujosa urbanización donde vivía mi familia. Las condiciones que yo pedía consistían en que el piso estuviera amueblado, listo para entrar.

Era un bloque de pisos con piscina comunitaria. El apartamento era pequeño pero muy acogedor. Los muebles, modernos y nuevos. Consistía en una cocina *office*, dos habitaciones y un cuarto de aseo. Muy muy reducido, pero muy cuco. Me enamoré de él a primera vista. Era más pequeño que los demás de ese edificio, porque era el ático y los metros que contenía la terraza los restaba del piso habitable. Cuando entramos a la terraza, me quedé sin palabras. Qué calladito se lo tenía el joven agente inmobiliario. La terraza daba justo al Barranc del Cinc. Otra de mis montañas amadas, que consiste en un desfiladero abierto en la cara suroccidental de la sierra de Mariola. Es uno de los espacios más emblemáticos de mi querida ciudad. Su silueta es y será uno de los iconos de los alcoyanos.

Fuimos a ver los otros pisos, pero yo ya había hecho mi elección. Cuando volvimos a la inmobiliaria, formalizamos los papeles y con ello firmé mi futura vida sin Mario.

Cuando llegué a casa de Sandra, esta no se lo podía creer.

—Pero, Lucía, mujer. ¿No crees que deberías haber mirado más pisos?

—Aunque hubiera visitado cien pisos más, me hubiera quedado con ese, te lo aseguro. Si supieras las vistas que tiene... Ya verás cuando venga el buen tiempo, las tacitas de té que nos vamos a tomar tú y yo de cara al Barranc —le dije sonriendo.

—Venga, vale, me convences. Solo con ver cómo te brillan los ojos, vale la pena.

El cambio a mi nuevo piso fue rápido. Como estaba tan cerca de mi antigua casa, fui haciendo viajecitos, y en un día hice el cambio, dejando todo embalado en el salón. Ya era de noche cuando vacié la última caja. Estaba exhausta. Ahí quedaban resquicios de la antigua Lucía. Cuando quería algo, lo quería ya. Por muchas barreras que me pusiera la vida, iba a ir a por ello. Y una de las cosas que sabía a ciencia cierta era que no quería aprovecharme de la generosidad de mis amigos. Y eso que Sandra me ofreció por activa y por pasiva que me quedara el tiempo que precisara.

Pero necesitaba tener mi hogar preparado para ya. Estar con mis hijos. Volver a obtener su confianza, sobre todo la de Laura. Aunque el último día la había visto más receptiva, necesitaba sentir que el abrazo que yo reclamaba me lo daba de corazón.

¿Y ahora qué? Me quedé plantada en medio de la estancia, entre el sofá y la barra de la cocina. Mis ojos recorrieron el espacio, queriendo grabar aquel hogar como mío. La sensación de estar en un hotel fue deprimente. Retiré esos pensamientos negativos rápidamente. Al día siguiente iría a la papelería a imprimir unas cuantas fotos de mis hijos para ponerlas por todos lados.

Tal vez me engañé a mí misma, creyendo que por alquilarme un piso nuevo y traerme a los niños no iba a sentirme más sola que la una. ¿No querías estar sola? Me decía una y otra vez. Pero la soledad impuesta es más difícil de llevar que la elegida. Tal vez, vaticiné mejores expectativas de las que en realidad eran. Mi mente se empeñaba en fabricar pensamientos negativos una y otra vez. Mientras estuve haciendo cosas durante todo el día, no sentí nada de nostalgia ni desazón. Era ahora cuando me atenazaban como lobos acechando su presa. Mi mente limitante se estaba encargando de hacerme dudar. Pero no la iba a dejar campar a sus anchas; quería sabotear las ganas de avanzar, pero no estaba dispuesta a dejarla ganar. En el centro de retiro me habían enseñado a no dejarla hacer lo que ella quisiera.

No me apetecía ver la televisión y todavía no tenía instalado internet. Apunté mentalmente las cosas que debía hacer al día siguiente, una de ellas y de las más importantes era contratar línea para poder disfrutar de la wifi. Lo necesitaría para comunicarme con el mundo. Cuando hice la

lista de prioridades para el día siguiente, esta vez en lápiz y papel, me quedé igual de parada. De repente, pensé que debería abrir una botella de vino para inaugurar la primera noche en mi nueva casa. Así que, sin titubear, me puse la chaqueta y bajé al supermercado que estaba justo enfrente.

Pasé rato entre los pasillos con estanterías llenas de cientos de marcas de diferentes bebidas alcohólicas. Finalmente, me decidí por un vino que sabía de buena mano que era de calidad. Me iba a permitir ese pequeño lujo. Era mi primera noche sola en casa. Por lo menos, tuve la decencia de no comprar ni una botella de más. No quería tener la tentación en casa. Teniendo el súper tan cerca, si algún invitado se presentaba por sorpresa, podía bajar con cualquier excusa y cargar la cesta. Compré también lo necesario para darme un pequeño festín de comida. Un paté exquisito y un buen queso sería suficiente para disfrutar del delicioso vino que compré.

Cuando subía por el ascensor, el espejo me devolvió la imagen de la Lucía de antaño, con la botella de vino bajo el brazo y esa mirada de culpabilidad que tanto odiaba. «No pongas esa cara de cordero degollado. Si no quieres hacer algo, no lo hagas», le dije al reflejo del maldito espejo. Le di la espalda deliberadamente. No quería verme en esa tesitura. Me había propuesto celebrar el estreno de casa, y eso iba a hacer, me dije sin mucho convencimiento.

Abrí la botella para que el vino se aireara y, mientras, serví en unos platitos muy monos que encontré en los armarios de la cocina el paté con mermelada y el queso, el cual partí en perfectas cuñitas de igual tamaño. Saqué una copa de la vitrina del comedor y, cuando estaba a punto de servir el vino, me quedé mirando la botella. Varias imágenes invadieron mi mente, entre ellas, la antesala del peor error de mi vida, la traición a la persona que más me había querido en la vida. También los meses que permanecí en el centro, las horas encerrada en la habitación, asomada a la ventana más bonita del mundo, las charlas, la sensación de soledad, la incertidumbre de adónde me llevaría el camino elegido. Todo eso se agolpó en mi mente y se desarrolló como un aliado invisible a mi voluntad. ¡No me podía creer que, recién salida del centro, estuviera comprando vino! Me levanté con rabia y vacié el líquido rojo sangre en el fregadero, metí la botella en una bolsa de cartón y la introduje en el cubo de la basura. Un profundo suspiro emanó de muy dentro de mí. Eso no podía volver a pasar. Era la primera vez desde mi salida que la tentación había venido a verme; y no sería la última, de eso estaba segura. Pero estaba dispuesta a vencerla costara lo que costara. Volví a abrir el frigorífico y saqué de él una Coca-Cola y, con ella en la mano, me senté directamente en el sofá.

Estaba divagando sobre lo orgullosa que estaba de mí misma cuando el móvil empezó a vibrar. Eché un vistazo a la pantalla sin muchas ganas de contestar, pero, al ver la cara de mi querida amiga, descolgué con entusiasmo. Con el jaleo de la mudanza, no había caído en llamarla para informarla.

—¡Hola! ¿Cómo está mi preciosa amiga? —me preguntó en tono alegre.

—Bien, ya lo tengo todo en el sitio —le contesté riendo.

—Eres una *crack*.

—Qué remedio —le dije, poniendo los ojos en blanco.

—Estoy viendo a la Lucía de antaño. Siempre que te has propuesto algo, has ido como una flecha a por ello —dijo con orgullo en la voz.

—El problema ha sido que he estado un tiempo desconectada. Pero ahora he vuelto.

Estuvimos hablando un rato largo. Nos contamos cada detalle de nuestro día y quedamos para vernos pronto.

Cerré los ojos, intenté visualizar un futuro cercano. Lo primero que haría la mañana siguiente sería acercarme a mi trabajo y preguntar por los pasos que debía dar para solicitar mi reincorporación lo más pronto posible. Ya veríamos en qué condiciones volvería; estaba segura

de que no iba a tener el mismo puesto que ocupaba cuando lo dejé. Pero estaría bien volver a tener la ilusión de escalar categorías poco a poco. Me di cuenta de que iba a pasar por una situación tensa: al ver a mis compañeros, harían preguntas, me preguntarían por Mario. Tendría que prepararme una respuesta creíble para explicar sin muchos detalles que estábamos en un *impasse* matrimonial. Hasta a mí me hizo gracia la respuesta tan idiota que me preparé. ¿Quién dice eso cuando se separa de su pareja? Pero no se me ocurría otra.

Cuando acabé de cenar, me fui a la cama. Volví a sentir la misma sensación de soledad que cuando entré en el centro. Una cama nueva, nuevas vistas de habitación. Esperaba que esa vista durara mucho tiempo y no tuviera que cambiar otra vez de escenario.

Al día siguiente era viernes. Pensé en proponerle a Mario que los niños pasaran el fin de semana conmigo. Supuse que no sería un problema. Con esa idea me quedé dormida, con la ilusión de pasar horas y horas con mis hijos, sin nada más que hacer que estar con ellos.

Al día siguiente, me levanté con buena energía. Tenía mucho que hacer antes de pasar a por los niños. Así que tomé un desayuno ligero y me dirigí a la casa de Mario para coger mi coche, pues todavía no tenía copia de las llaves del garaje de mi casa, debido a lo precipitado del alojamiento.

Cuando iba a entrar en la verja de mi antigua casa, Mario volvía de dejar a los niños en el autobús. Lo vi venir desde lejos, con sus característicos andares. Derrochaba seguridad en el andar, aunque no fuera su intención. Siempre iba bien erguido, de eso ya se había encargado su madre.

Esperé allí para saludarlo; no tenía sentido que me metiera en el garaje como una cobarde y negara el saludo a mi marido. Él no ocultó su sorpresa al verme a esas horas por allí.

—Buenos días. Vengo a por mi coche, a ver si pronto me dan la llave del garaje y puedo meterlo en él. Así no tengo que molestarte.

—No digas tonterías, sabes que no molestas —me lo dijo con esa mirada suya... Madre mía, cómo iba a costarme aquello.

—¿Qué tal los niños? ¿Se quedaron tranquilos cuando me fui? —le pregunté para desviar mis pensamientos.

—La verdad es que sí. Me sorprende la capacidad de adaptación que tienen los niños. Se mostraron satisfechos con tu explicación, pues no me hicieron más preguntas.

—Me alegro mucho. Estoy orgullosa de los hijos que tenemos, son muy maduros para su edad, sobre todo Laura.

—Sí, eso lo tienes que apuntar a tu dedicación, Lucía. Ya te dije en su momento que eras una buena madre.

—Sí, hasta que la cagué.

—En efecto, hasta que la cagaste...

Mientras conducía de camino a mi antiguo trabajo, iba pensando en que no había sabido cómo interpretar esa mirada. Era una mezcla de reproche y dolor. Lo normal habría sido que me hubiera sentado mal su reproche encubierto, pero ¿cómo me iba a sentar mal, si lo único que quería era que me estrujara con sus grandes brazos? Pero eso no podía pedirlo al cielo, claro. Había cometido pecado.

Entrando en la calle de la fábrica, me asaltaron numerosas dudas. Sentimientos encontrados. Por un lado estaba contenta, volvería a ver a mis antiguos compañeros. La sensación de volver al mundo laboral era emocionante, pero, por otro, también experimentaba tristeza por el motivo que me había empujado a tomar la decisión. El final de mi matrimonio me impedía sentir la alegría absoluta de volver.

Entrando en la avenida, pocos metros antes, agarraba el volante tan fuerte que me dio la impresión de que se iba a derretir entre mis manos. Cuando fui consciente de ello, aflojé los dedos un poco. O me tranquilizaba, o al final me iba a dar un colapso. Menuda manera de morir, delante del aparcamiento de la fábrica, a punto de empezar mi nueva vida laboral.

Paré el coche y esperé un poco para respirar. De algo sirvieron las enseñanzas que había obtenido en mi particular retiro en la montaña. La verdad es que me ayudaron mucho, el pulso casi volvió a su normalidad, así que me dispuse a salir del coche, con decisión me colgué el bolso en el hombro y comencé a recorrer los pocos metros que llevaban a la entrada.

Había recorrido tantas veces ese camino en el pasado que me dio la impresión de que el tiempo se había detenido. En ese periodo, fui madre por dos veces, fui feliz, infeliz e infiel. Todo eso en un lapso de tiempo que para mí fueron años, mientras que por allí parecía que todo estaba igual.

Cuando entré en el área restringida, sí que fui consciente de que ya no pertenecía a ese ámbito, así que deshice mis pasos y me dirigí a un mostrador para preguntar por mi antiguo jefe. La chica levantó el teléfono y comunicó mi presencia. Al momento, vi a mi querido compañero de batallas acercarse con una amplia sonrisa.

—¡Pero bueno...! Mira a quién tenemos aquí. Querida, ¿te has perdido? —dijo mientras abría los brazos con gesto benevolente.

—Hola, Gonzalo. Qué va. Sé perfectamente dónde estoy. Esto es el Teatro Principal, ¿no es así? —le contesté yo, guiñándole un ojo.

—Qué alegría verte. ¿Qué puedo hacer por ti? —Nos dimos un abrazo fraternal, como dos buenos hermanos. Estábamos unidos por muchas situaciones vividas al límite. Nuestro trabajo no se podía calificar de relajado y alegre.

—Pues resumiendo... vengo a pedir trabajo —dije riendo—. Quería hablar con Alberto, no sé cómo está la cosa.

—Pues me da a mí que le vienes como agua de mayo. Recuerda cómo son los otoños en este trabajo. Estamos a tope. No damos abasto.

Mientras me informaba de varios pedidos que tenían entre manos, nos dirigimos a secretaría, donde suponía que estaba nuestro jefe. Cuando lo encontramos, me sorprendió ver que para él sí que habían pasado los años. Rozando los sesenta, su rostro reflejaba tanto el cansancio como el trabajo de tantos años acumulado. Sentí una punzada en el corazón. Me afectó bastante verlo tan mayor, y a la vez me sentí mal por no haber ido más a menudo a visitarlos. No obstante, su cara se iluminó cuando me vio.

—Lucía, cariño. Qué grata sorpresa. ¿Cómo tú por aquí? —También me abrazó con cariño. La verdad es que en nuestro equipo siempre hubo muy buen ambiente. Éramos como una piña. Alberto me acogió casi como a una hija. Siempre pendiente de mí, ayudándome cuando lo necesitaba.

Le expliqué el motivo de mi visita. Y su cara reflejó que había ido en un buen momento. Desde luego, en su mano no estaba qué puesto volvería a ejercer. Pero le daba igual, cualquier mano de más sería bien recibida para aligerar tanto trabajo acumulado.

Nos despedimos con sendos abrazos y Alberto me dijo que, en cuanto tuviera los papeles preparados, me llamaría para que me incorporara lo antes posible. Eché un último vistazo a la gran entrada a la fábrica y ahí me di cuenta del cambio que había sufrido desde que empecé con dieciocho añitos recién cumplidos. Por lo menos triplicaba su tamaño, acorde a su producción.

Cuando me senté en el coche dispuesta a volver a casa, me sentí satisfecha. Realmente no podía pedir más. Luego estaba que el día a día saliera tan bien, claro. Pero ya me encargaría yo de

que así fuera. Me quedaban por delante algunos viajecitos a la asesoría y demás, pero lo afrontaré con alegría. El lunes empezaría con todo eso. Ahora, lo que más me apetecía era volver a casa y recoger a mis niños para pasar el fin de semana juntos. No pensaba despegarme de ellos ni un segundo. Estaba dispuesta a recuperar el tiempo perdido.

Subí todo el camino hasta Alcoy cantando a voz en grito. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien. A pesar del punto oscuro que aparecía en mi estado de ánimo debido a la relación con Mario, lo demás iba viento en popa.

Aparqué directamente en la puerta de Mario. Habíamos acordado por teléfono que esa noche y la siguiente los niños dormirían conmigo. Cuando me oyeron llegar, salieron a recibirme. Estaban emocionados de saber que esa noche la pasarían fuera de su casa; la novedad les hacía ilusión. Era una nueva forma de vida y, de momento, estaban adaptándose bien. Ya veríamos con los días.

Cargamos las mochilas con pijamas y dos mudas, y de la mano, nos encaminamos a mi nueva casa. Ellos todavía no la habían visto, por lo que estaba un poco expectante. Estaban acostumbrados a espacios más amplios; me daba miedo que allí se sintieran como en una caja de cerillas. Entrando en el ascensor, soltaron unas risillas de nerviosismo. Y al entrar en casa, por lo que pude ver, la primera impresión fue buena. Lo primero que hicieron fue dirigirse a su habitación. Allí iban a compartirla, era lo que más me preocupaba. Y acerté al preocuparme, pues Laura puso una cara tan larga que casi le llegaba al suelo. Me senté con ella y le dije al oído que no dijera nada, que ya negociaríamos si compartíamos cama ella y yo. Pero que el pequeñajo no se enterara. Me miró con media sonrisa. Menos mal que la convencí. Un escollo más resuelto.

Negociamos entre los tres darnos una ducha rápida y corrimos al sofá a disfrutar de una película de Disney que eligieron ellos mismos. Laura, como no podía ser de otra manera, con la película empezó a aburrirse, así que le dejé mi *tablet* para que pudiera navegar en el internet que ya tenía instalado. Daniel no tardó nada en dormirse; era pronto para ello, pero, cuando llegaba el viernes, solía caer como un bendito. Levanté en brazos a mi pequeñín y lo llevé a su cama. En cuanto volví al sofá, me arrimé a Laura y le dije que ya estábamos solitas para hacer lo que quisiéramos. Pero Laura no debió de ver nada de especial en eso, así que nos quedamos en silencio, ella liada con su *tablet* y yo tragándome la película de Disney, con más ganas de hablar con Laura que ella, por supuesto.

Pasamos un fin de semana bastante bueno. Laura no se decidió a hablar; en eso se parecía a Mario, desde luego. No quise obligarla, ya tendría tiempo de desahogarse y contarme todas sus inquietudes, miedos y recelos. Cuando el lunes los dejé en el autobús, estaba pletórica, parecía que todo iba a ir bien. Me esperaba una mañana de papeleos, pero los afrontaré con energía. Estaba contenta de tener cosas importantes que hacer.

Cuando llegó mi primer día de trabajo, volví a tener otra vez la sensación de ansiedad. En poco tiempo, mi vida era tan diferente que no parecía ni yo misma. Me miré en el espejo del coche mientras conducía camino de la fábrica y me pareció que era otra persona la que me devolvía la sonrisa en el espejo. O simplemente eran otros ojos los que observaban el mundo de diferente manera.

CAPÍTULO 9

MARIO

Se fueron, se fueron tranquilamente, como si nada. Iban a dormir fuera de casa, como si lo hubieran hecho siempre. Pero, claro, se fueron con su madre. Tenía que admitir que estaba seguro de que iban a estar bien. Pero la sensación de vacío que sentía en el estómago no me la iba a quitar nadie. Cuando los vi de la mano de Lucía tan tranquilos, mirándola con adoración, algo se me rompió en el interior. ¿Qué les iba a ofrecer ella que no les hubiera ofrecido yo? Estaban bien en su casa de siempre, conmigo y de la mano de Ada, que era un encanto. ¿Quién los había cuidado mientras ella no estaba? Yo, de eso no se acordaban ahora.

Alejé esos pensamientos negativos de mi mente y entré en casa. Mi estado de ánimo no estaba en su mejor momento, desde luego. ¿Y ahora qué? ¿Qué tocaba ahora? ¿Cuál es la faena de un soltero? Desde que se fue Lucía, mi quehacer fueron el trabajo y los niños. Esa fue mi función durante seis meses. Y ahora, de repente, debía buscarme una nueva vida, ocupación o lo que fuera que tuviera que buscar. Si yo solo quería volver a ser lo que éramos antes... Una familia normal con planes normales. Llegar a casa y ver a mi familia unida era lo que más me gustaba. Pero hacía tiempo que eso no era así. Algo debió de romperse que yo no acerté a descubrir. Hasta que fue demasiado tarde y una cosa llevó a otra. Consecuencia de varios hechos que fueron ocurriendo y que yo no vi o no quise ver.

Me senté en el sofá sin saber qué hacer. Ada había dejado todo bien arreglado y atado, por lo tanto no tenía que tender ropa, ni planchar nada. Así que encendí el televisor y, con el mando en la mano, me dispuse a cambiar canales en busca de algo que me sacara de esos pensamientos que me iban deprimiendo más y más. Pero mi tarea estaba destinada a fracasar. No podía concentrarme en nada. Y aunque me puse el canal de deportes, no consiguió captar mi atención. Apagué de un manotazo. Estaba cabreado conmigo mismo. ¿Es que no iba a poder disfrutar de mi nueva libertad? ¿Cuántos conocidos tenía que habían alardeado de que después de divorciarse se habían pegado la vida padre? Y se les veía felices, entonces, ¿qué me pasaba a mí? ¿Es que no iba poder disfrutar de verme sin la obligación de cuidar a mis hijos?

La verdad es que yo no busqué esa situación. Y algo impuesto no se acepta de buen grado. Me levanté de un salto, tiré el mando en el sofá y decidí salir a tomar algo. Lo mismo encontraba a alguien que me acompañara y me entretuviera un rato.

Entré en un pub que estaba bastante animado a esas horas. Era el típico bar donde quedas para tomar algo antes de ir a cenar. Se llama El Jardí, ya que está decorado como si entraras en un jardín interior, con árboles pintados y decoración paisajística. Qué raro se me hacía entrar allí solo. Normalmente iba acompañado cuando entraba en ese lugar. Pero, claro, a esas horas estaban en sus casas con sus familias. Otra vez con los pensamientos deprimentes...

Me acerqué a la barra y me pedí una cerveza. No paraba de entrar gente. En pocos minutos, el pub estaba a rebosar. Por supuesto, eran la mayoría más jóvenes que yo. Por lo menos diez o quince años menos seguro que contaban cada uno de los que allí estaba. Algún grupito se igualaba a mí. Pero eran los menos. Lo que pasaba era que nadie estaba solo. Solo yo.

Cuanta más gente pasaba hacia dentro, más solo me sentía. «¿Por qué he decidido venir a este sitio a tomar algo?», me preguntaba. Podría haber ido a algún lugar más solitario, para sentirme

más integrado.

Dicen que superar una separación es similar a superar una muerte. Que tienes que pasar por una especie de duelo en toda regla. Yo no lo concibo así en absoluto, lo siento como un fracaso; había fracasado en el gran negocio de mi vida. La muerte la tienes que aceptar tal cual. Tienes que aceptar que esa persona especial para ti se ha ido para siempre. Duele, y mucho, pero no volverá. Eso de la separación matrimonial, para mí, era otra cosa. Creo que siempre tienes una esperanza, por muy pequeña que sea, de que las cosas vuelvan a ser como antes. Aunque te pases la vida creyendo en cuentos de hadas, pero no pierdes la esperanza. Desde pequeños, nos han inculcado los finales felices de los cuentos. No nos preparan para el fracaso. Esta sociedad está hecha para vivir en pareja. No nos han enseñado a ver de forma normalizada a las familias monoparentales. Si estás solo, es porque algo no has hecho bien.

Maldito Carlos. Me daba la impresión de que se había aprovechado de la debilidad de Lucía para hacer lo que posiblemente llevaba mucho tiempo deseando. Y Lucía... Lucía, la madre de mis hijos, cayó en sus redes, como una condenada idiota, decepcionándome total e incomprensiblemente.

En esos pensamientos iba yo, cuando al abrirse por enésima vez la puerta de la salida, me pareció ver que en uno de los grupos de chicas que entraba estaba Ada. Automáticamente me giré hacia la barra, dando la espalda al pasillo por donde, inevitablemente, tenían que pasar para acceder a las mesas. No me apetecía que me viera en ese estado, solo, bebiendo cerveza tras cerveza. ¿Qué clase de jefe hace eso y no tiene un extenso grupo de gente a su alrededor riendo sus gracias? Ese pensamiento me hizo reír. Una risa amarga, como los sentimientos que me torturaban una y otra vez.

—¡Mario! ¡Qué raro tú por aquí! —Me giré en el taburete de la barra y puse cara de sorpresa. Fue un fastidio, quería pasar desapercibido.

—Hola, Ada. —Me sorprendió su aspecto. Aunque tengo que reconocer que ahora que la observaba fuera del contexto *de casa*, me atrajo lo inenarrable. Ada tenía dos características típicas por las que un hombre puede perder la cabeza si no está atento: una belleza deslumbrante y una cabeza muy bien amueblada. Para la edad que tenía, sabía muy bien lo que quería; no era la típica chica alocada que a veces me topaba por los pasillos de la oficina. Se acercó a decirme algo que no llegué a entender. Se oía tanto jaleo alrededor que tuve que pedirle que me lo repitiera. Entonces se acercó a mi oreja y el contacto de sus labios en ella provocó una excitación en mi entrepierna que me dejó sin palabras. Para escucharla bien, puse inocentemente, o no tanto, la mano en su cintura. Su largo cabello rizado rozó mi mano, incrementando mi excitación. La estrecha cintura hizo que pareciera una muñeca en mis manos.

—Voy a tomar algo con mis amigas, ¿quieres acompañarnos?

—Ada, ¿qué hace un viejales como yo con un grupo de chicas que bien podrían ser mis hijas? No estaría bien visto —lo dije en clave de humor, pero bien sabía yo que era una soberana verdad.

—Venga, hombre, no digas tonterías, vente. Que te veo muy solo.

Total, que me convenció, no sé si más por seguir deleitándome los sentidos con la imagen de sus labios, o por las tres cervezas que llevaba en el cuerpo. Nos dirigimos hacia las mesas, estaban todas llenas menos la del fondo. Sus amigas, que eran bastante escandalosas, me hicieron reír por la cantidad de tonterías que decían sin parar. Ya no sé si por el alcohol que corría por sus venas, o por la diferencia de edad que nos separaba, pero lo que decían me parecían absurdos sin sentido. Ada estaba más bien callada; lo mismo quería guardar las formas. Me acerqué a ella y le dije al oído que me marchaba, que agradecía la compañía, pero que era mejor que me fuera a

casa.

Ella me miró muy cerca, casi demasiado. En un primer momento no me aparté a conciencia. Su cara estaba a escasos centímetros de la mía, incluso podía sentir su perfume. Pero enseguida fui consciente de dónde podía meterme, el alcohol y el ambiente podía llevar a equívocos de los que después podía arrepentirme.

—Bueno, chicas. Disfrutad mucho de la noche, que promete. Yo me voy a tomar mi tacita de leche calentita y me voy a la cama, que mañana, mientras vosotras estéis durmiendo a pierna suelta en vuestras camitas, yo estaré con los ojos bien abiertos, cabreado por no poder dormir más. Es lo que tiene ser tan mayor... —dije riéndome.

—Qué exagerado eres, Mario. Bueno, el lunes nos vemos. Que descanses y sueñes con los angelitos —me dijo, guiñándome un ojo. Me quedé con la incógnita de si lo dijo con intención o no. De camino a casa, no podía dejar de avergonzarme de haber tenido una erección con Ada. Me sentí sucio, pervertido. El solo roce de sus labios consiguió una reacción en mí que antes ni hubiera pensado.

Cuando me metí en la cama, en mi cabeza rondaba una y otra vez si Ada coqueteaba conmigo deliberadamente o si habían sido imaginaciones mías. No podía ser, Ada era una chica seria, además de muy joven. Era imposible que se hubiera fijado en mí, una porque era su jefe, y otra porque le llevaba más de diez años. Pero cómo estaba de cambiada con un poco de maquillaje y tacones... Con ese trasto en el pelo —al que ella llama pinza, yo más bien le veo pinta de lápiz— y la cara lavada, daba la sensación de que no se llevaba tanto con mi propia hija. De ahora en adelante, tendría que poner distancia porque Ada, de la noche a la mañana, era una mujer hecha y derecha.

A Ada la conocimos cuando apenas era una niña y quería sacarse un dinero extra para sus caprichos. Luego, la situación cambió, se independizó y el dinero que antes usaba para comprarse algún bolso o algo de ropa lo invirtió en terminar los estudios y, más tarde, en sobrevivir para pagar el alquiler, además de opositar. Combinaba varios trabajos para llegar a fin de mes. Era una superviviente nata. Trabajadora y muy atenta con los niños. Llegamos a tomarle cariño, pero siempre fraternal por mi parte, hasta que esa noche conocí a la otra Ada.

Llegó el lunes y acudí a la parada del autobús donde recogen a los niños cada mañana, quería verlos antes de empezar el día. Nos encontramos por el camino. Charlaban animados e iban de la mano, riendo y jugando. Lucía estaba exultante. Había vuelto la Lucía de siempre, la que me enamoró. Sus ojos reflejaban ilusión. El problema era que ya no podríamos volver a ser lo que éramos antes. La herida estaba todavía sin cerrar. Y realmente no sabía si algún día se cerraría. Cuando llegaron a mi altura, los niños vinieron a saludarme. Se hacía raro que se soltaran de su mano para acudir a mí. Como si alguien les hubiera dicho que esa era la regla establecida entre unos padres separados. Por supuesto, los recibí con alegría.

—Cómo os he echado de menos, renacuajos. —Los abracé y besé. Daniel se dejó hacer, pero Laura me dijo que no le revolviere el pelo, que le había costado mucho ponerlo en el sitio esa mañana. Me hizo gracia ese comentario.

—Buenos días, Mario, ¿qué tal el fin de semana? —me dijo Lucía a modo de saludo.

—Pues un poco raro, no te voy a mentir. Estoy acostumbrado a estar con ellos, como entenderás.

—Sí, me imagino que habrá sido diferente para ti. Pero te acostumbrarás, ya lo verás.

Yo no sé si ese comentario me gustó o me desagradó. ¿Eso quería decir que ya no había solución a nuestra relación? ¿O que me acostumbraría hasta que volviéramos? Otra incógnita para mi colección de preguntas sobre mi nueva vida. Si ni yo mismo sabía si algún día podría perdonar

a Lucía, ¿cómo lo iba a saber ella?

—Podemos hablar un momento, ¿o tienes prisa?

—Tengo que salir pitando, pero dime —me dijo, volviendo hacia nuestra casa.

—Quería preguntarte eso precisamente, cómo te ha ido con la vuelta. ¿Estás contenta?

—Todavía es pronto para saberlo. Es hoy mi primer día. La verdad es que estoy nerviosa.

—Tranquila, todo va a ir bien, ya lo verás —le dije para animarla.

—Gracias, Mario. Eso espero.

Con eso nos despedimos. Qué frío encuentro. No sabía si esa iba a ser la dinámica de nuestra nueva vida, frialdad, pero decidí que no iba a adelantar acontecimientos. Ya estaba harto de necesitar saber el futuro para sentir seguridad. Dejaría que las cosas siguieran su rumbo, sin forzar nada, a ver adónde nos llevaba.

Con esa determinación empecé el lunes de la primera semana de octubre.

El lunes fue como siempre, todo se necesitaba para ayer. Cuando me quise dar cuenta, estaba entrando en el garaje, cerrando así el día laboral.

Cuando entré en casa, el ambiente era el mismo que los días anteriores, pero, al cruzarme con Ada, me fue imposible mirarla como antes. Nos saludamos con naturalidad, pero algo había cambiado entre nosotros, no pude definir bien qué.

Pasaban los días y veía que Lucía volvía a brillar como solo ella sabía. En sus ojos ya no quedaba ni rastro de tristeza ¿Es que ya no me quería? Cuántas veces se lo dije al oído. Que su mirada parecía estar hecha de brillantina, sus preciosos ojos azules parecían dos canicas casi transparentes de tanto que brillaban. En poco tiempo, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Y más que su vida, su carácter. Irradiaba una seguridad que antes brillaba por su ausencia. Ya no era la mujer introvertida que en las reuniones se quedaba apartada por miedo a meter la pata, como ella siempre me decía.

Me sentía perdido sin ella. Mis amigos me llamaron alguna vez para juntarnos, pero, en esos momentos, lo que menos me apetecía era la vida social. Ver a mi alrededor matrimonios bien avenidos me daba grima. De momento, estaba bien en casa. Rodeado de lo que quería, recuerdos incluidos. Una y otra vez me preguntaba cómo podía Lucía hacer su vida como si nada, no me lo explicaba. Nuevamente me estaba demostrando que era más fuerte que yo. El último acercamiento en nuestra habitación fue un intento de volver a ser lo que fuimos. Pero no pude. Entre ella y yo se interponía una barrera que quería destruir a puñetazos, pero mi orgullo me lo impedía.

Debía aceptar que se había acabado. Tenía que hacerlo para poder cortar el cordón umbilical que nos unía. Pero ¿cómo se hacía eso? ¿Cómo restableció el orden en su corazón? No podía entender, por más que me estrujase los sesos, cómo lo había conseguido Lucía.

La veía todos los días. Los niños lo mismo dormían en mi casa que en la suya. Llegamos al consenso de acoplarnos a sus necesidades y a las nuestras propias. Ada solía quedarse en mi casa, pues era el centro de reunión de todos.

Fue una semana intensa preparando Halloween. Siempre me había burlado de Lucía por inculcar a los niños esa celebración tan americana. Pero los niños querían decorar la casa y no pude negarme, aunque tengo que reconocer que la ilusión de los dos y de Ada me contagió las ganas de recortar calabazas naranjas y negras en las tardes que llegaba pronto a casa. La noche anterior, nos dedicamos a vaciar una calabaza de verdad. Ada se encargó de comprarla en la verdulería de al lado. No sé quién albergaba más ilusión, si los niños o ella.

Fue una noche muy divertida, a pesar de mi estado de ánimo. Los tres se rieron de mí todo lo que pudieron y más. Mi cara de asco vaciando la calabaza los hizo llorar de risa. Nunca pensé que una calabaza tuviera tantos filamentos agarrados a las pipas y que costara tanto vaciarla y

recortarla. Colocamos toda la decoración que teníamos preparada y sacamos la caja de otros años. Dentro de ella había una tapa de la tumba que el año anterior habían hecho los niños con su madre. Con ella en las manos, nos dirigimos al jardín a clavarla en el césped para dar ese aspecto tétrico que tanto les gustaba a los fans de la fiesta. Terminamos la decoración con las luces; el resultado final no estuvo nada mal. Daniel se lo pasó en grande, no paró de dar saltitos sin parar. Verlo disfrutar me hacía más que feliz.

Llegó el gran día. Los niños estaban nerviosos, subían y bajaban las escaleras entre gritos y risas. Laura no preguntó qué se ponía. Rescató no sé de dónde un vestido negro hasta los pies y se colocó una peluca negra también, con un mechón blanco que le daba un aspecto de mujer fatal. Me impresionó sobremanera verla así vestida. Supuse que Ada había ayudado algo con la peluca. El chiquitín bajó las escaleras menos serio. Su disfraz era más bien cómico, pero me guardé de decirle nada, claro. Ada le había pintado la cara de color verde y dibujado cicatrices negras, además de dos tornillos a cada lado de su pequeña frente. Miré con disimulo a Ada.

—¿Qué quieres? He tenido que improvisar —me susurró aguantándose la risa.

—¡Chicos, qué miedo dais! —les dije tapándome cómicamente la cara.

—Papá, ¿de verdad te doy miedo? —me preguntó con carita esperanzada Daniel.

—Uff, un montón. ¡No te acerques, por favor! ¡Señor Frankenstein, tiene que alzar los brazos poniendo cara de muerto!

—¡Y gira un poco la cabeza! —le gritó también Ada.

El niño hizo todo lo que le dijimos, estaba para comérselo. Todos reímos a carcajadas viendo el esfuerzo de Daniel por dar miedo. En eso estábamos cuando sonó el timbre que anunciaba que Lucía se los llevaba.

Cada vez que llegaba la hora de que se fueran, una sombra me nublaba la cara. Con el buen ambiente que reinaba en casa, llegó la hora de que se marcharan. Maldije mi suerte y la maldije a ella.

Los besé a ambos, les deseé que tuvieran un divertido Halloween y que recogieran muchas chuches. Entré en el salón, encendí la chimenea y me dejé caer en el sofá, abatido. Me superaba tener que alejarme de mis hijos. Tendría que acostumbrarme o esa situación acabaría conmigo. Ada entró en el salón para despedirse, pero debió de ver algo en mi mirada, pues se quedó parada en lugar de ir a por la chaqueta.

—¿Quieres que te sirva una copa antes de irme? —me dijo mientras se sentaba a mi lado—. Tengo entendido que el *whisky* amansa a las fieras. Tu cara ahora mismo no es muy mansa que digamos. Perdona el atrevimiento, Mario, solo pretendía poner un poco de humor a la situación.

—No te preocupes, Ada. A estas alturas, tú y yo casi parecemos matrimonio. Y las parejas suelen tener confianza para decirse eso y muchas cosas más. —En cuanto dije esas palabras, me arrepentí. Quizá ella las percibió de otra manera, pues su cara se tornó colorada como un tomate. Qué preciosa se puso, le daba un aire más parecido si cabe a Betty Boop. Me enterneció de tal manera que me dieron ganas de abrazarla y quedarnos así un buen rato.

—No tomes en serio mis palabras, Ada. A estas horas ya no sé ni lo que digo. El cansancio hace que desvaríe. No te voy a decir que no al *whisky*, pero me lo voy a servir yo. Y me encantaría que me acompañaras, aunque también entenderé que lo último que quieras hacer ahora mismo es quedarte en esta casa.

—No, me quedo. No te preocupes. Hay diferencia entre quedarme a seguir limpiando y

ordenando, y tomarme algo contigo. Lo separaré de mis honorarios... —dijo riendo.

—Vale, buena elección. —Reí yo también.

Me encaminé al mueble bar y serví dos copas. No le pregunté qué quería tomar. Desde que Lucía se fue, en casa no entró nada de alcohol, solo quedaba *whisky*. Así que no teníamos otra opción.

—La primera fiesta de Halloween solo sin los niños. Vendrán muchas festividades que serán las primeras sin ellos —comenté apesadumbrado al sentarme a su lado en el sofá.

—Anímate, Mario, todo tiene su proceso.

—Sí, lo sé. Pero cómo cuesta adaptarse después de tantos años... —Le di un largo trago a mi vaso con hielo. Ella hizo lo mismo. Estuvimos largo rato charlando y bebiendo. Por fin logró relajarse, le costaba dejar de estar tensa en mi compañía. Mientras estaba trabajando sí que se comportaba con normalidad, pero cuando era cuestión de hablar de asuntos íntimos le costaba más que todo fluiera.

La conversación quedó en silencio. La mirada fija en el fuego, como si nos hubiera hipnotizado a ambos. Nos miramos uno al otro. La luz tenue de la chimenea iluminaba el salón, dotando la estancia de un cálido e íntimo calor que invitaba a dejarse llevar sin querer hacer caso a las consecuencias. Estaba preciosa con ese color de cara, sus mejillas parecían dos melocotones listos para ser mordidos. Me acerqué lentamente, aproximé mi nariz a la suya rozándola con suavidad. Ella no se alejó, lo que me indicó que estaba dispuesta a seguir adelante. No pude resistirme, la besé con suavidad, ella me correspondió, y poco a poco esa suavidad se tornó necesidad. Su sabor, fresco como el limón, me sorprendió gratamente. Volví a besarla y ella me contestó con ardor. Mordió mi labio; ese gesto hizo que no aguantara más y la recosté en el sofá, poniéndome encima de ella. Apreté mi sexo contra el suyo con movimientos suaves que hicieron que ella abriera las piernas, invitándome a seguir. Dios, no podía parar, mis manos solo querían tocarla, arrancarle la ropa y poseerla sin miramientos, pero no podía. Con ella, no. Su juventud me hacía dudar en cada movimiento.

Ella fue la que tomó la iniciativa de quitarme la camisa, desabrochó los botones con una lentitud que se me hizo eterna. Lo hizo mirándome a los ojos y, de vez en cuando, lamiéndome los labios. Yo hice lo mismo con su jersey, se lo saqué por la cabeza y lo que vi me sorprendió. Llevaba un sujetador de encaje granate de lo más sugerente. Los pechos redondos y grandes subían y bajaban debido a su respiración acelerada. No pude aguantarme y se los agarré con fuerza, enterrando en ellos mi cara con deleite. Ella subió las caderas, invitándome a quitarle los pantalones, que desabroché raudo y le saqué de un tirón. Hice lo mismo con los míos. Ahora no se interponía nada entre la fuente de nuestro deseo más que sus ínfimas bragas y mi *slip*. Alargué la mano hacia mi cartera, me sonaba que allí había escondido un preservativo no hacía mucho. Por suerte, allí estaba. Lo rasgué con la boca y me lo puse con urgencia. Ella me observaba con deseo en los ojos; eso me aceleró más si cabe. Decidimos bajar al suelo, pusimos la manta del sofá encima de la mullida alfombra y delante de la chimenea seguimos dando rienda suelta a nuestro deseo. Su cuerpo terso y bello temblaba de puro placer. Sentíamos tanta urgencia que llegamos al final antes de lo que hubiéramos querido.

Nuestras respiraciones todavía eran aceleradas cuando sonó el timbre de la calle. Nos miramos casi conteniendo la respiración. Imaginamos quiénes eran los que habían pulsado el botón de llamada. Pero inconscientemente nos quedamos quietos, queriendo aparentar que no había nadie. Se podía pensar que era así, pues todas las luces estaban apagadas, solo gozábamos de la iluminación del fuego de la chimenea.

—Me visto en un santiamén y abrimos —dijo Ada dando un salto bajo la manta. Le cogí la

mano indicándole así que no pensaba abrir.

—No vamos a abrir, Ada. Ahora mismo lo que menos me apetece es celebrar Halloween.

Se quedó quieta de pie sin saber qué hacer. No pude disimular y admiré sin tapujos su desnudez. Parecía una diosa griega, con la melena suelta llegándole en suaves ondas casi hasta la cintura, sumado a las curvas naturales de su cuerpo. Ella debió de darse cuenta de mi cara embobada, pues en un movimiento rápido se volvió a meter debajo de la manta junto a mí. La visión de su cuerpo desnudo provocó en mí una erección en toda regla. Ada, al acercarse a mí, lo notó también y volvimos a hacer el amor apasionadamente.

Esta vez fue algo mucho más calmado, deleitándonos ambos en las sensaciones de tocarnos, saborearnos y disfrutarlos. Le susurré si debía irse, ella con un movimiento de cabeza me dijo que no. Entonces, me recosté y le hice entender que ella hiciera lo mismo. Y así juntos, nos quedamos dormidos casi sin querer, pero a medianoche abrí los ojos, no acostumbrado a la dureza del colchón improvisado. La miré detenidamente, las pestañas le hacían sombra de lo tupidas que las tenía. Fui recorriendo la mirada hacia abajo, la manta que la cubría dejaba entrever un contorno perfecto, sus grandes pechos junto a su estrecha cintura y las caderas redondeadas dibujaban una silueta perfecta. Por supuesto, ya no sería capaz de dormir, pero tampoco me apetecía despertarla. Mis sentimientos iban desde la culpabilidad hasta el regocijo del buen sexo disfrutado. La culpabilidad de sentir que había traicionado a Lucía me abatía de manera aplastante. Llevaba mucho tiempo solo, sin sentir el roce de una mujer, y el momento vivido con Ada fue reconfortante a la par que liberador. Mientras, ella respiraba tranquilamente, con el sosiego de quien no tiene más preocupaciones o presión que decidir a qué hora llegar a casa. Mis pensamientos distaban mucho de ser tan serenos.

No sabía bien qué sentir, si aquello era una despedida de Lucía o, por el contrario, debía sentirme mal de verdad por haber traicionado la esperanza de poder volver con mi mujer. La veía tan lejana... Se estaba desenvolviendo de maravilla sin mí. Sentía que era más fuerte si cabe. Era como si hubiese salido de detrás de mi sombra y asomara la cabeza haciendo ver que ella estaba ahí. Aunque en ningún momento pretendí anularla, ella se había sentido así, probablemente.

¿Cuál fue el problema de nuestro no entendimiento? No paraba de hacerme esa pregunta una y otra vez. ¿La protegí demasiado? Yo solo quería que fuera feliz. Si ella sintió en esos momentos que lo que necesitaba era quedarse en casa con los niños, fue su decisión. Pero parece ser que no fue buena elección. Y ahora era tarde. Ya todo se había derrumbado, como un gran castillo de arena, en el cual habíamos invertido muchos años de esfuerzo y amor. ¿Y yo quería volver a mi vida anterior? A esas alturas, ya no sabía si quería volver a lo de antes, si todo volvería a ser igual, o era tarea imposible. Las dudas me aporreaban el cerebro sin compasión. Mi amor por ella seguía igual, pero lo que no sabía era si podría olvidar algún día la traición con mi amigo. Eso es algo para lo que una persona no está preparada. La sociedad está educada para las relaciones monógamas. No nos han educado en libertad. Había oído multitud de historias de relaciones consentidas con otras personas, pero eso no estaba hecho para mí. Imaginarme a mi mujer en brazos de otro hombre no entraba en mis planes, por muy moderno que fuera. Y menos si era algo escondido y, encima, con uno de mis mejores amigos.

¿Qué sería de Carlos? No había vuelto a verlo desde la noche de la fiesta. Era curioso, viviendo en la misma calle. Ya se guardaría él de no pasar por mi jardín. Seguramente estaría evitando el encontronazo. Debería irse del barrio. Esa sería la solución. Alguien me dijo que él y Sofía habían vuelto después de la noticia. Sofía, la estirada de Sofía. No entendía cómo podía perdonar algo así. Seguramente lo peor había sido mantener las apariencias después de algo tan grave como un lío entre amigos. Algo más había allí. El carácter de Sofía no era para nada

amigable ni comprensivo como para entender una falta tan grave. Muy enamorada tenía que estar de su marido para pasar por alto la infidelidad.

Bueno, ellos verían, yo solo sabía que no quería volver a ver a ese malnacido.

Mientras mis pensamientos volaban a mi pasado, Ada abrió los ojos, me miró y automáticamente los bajó. Me era imposible averiguar lo que su cabeza estaba pensando en esos momentos. Yo no podía más que arrepentirme. Si algún día pretendía volver con Lucía, lo que había hecho me alejaba más aún de ella. Pero a la vez la atracción que sentía por Ada no podía obviarla.

—Ada, creo que es mejor que hablemos. Lo mejor es que seamos todo lo sinceros que podamos —le dije, un tanto incómodo. Ella se incorporó buscando su ropa.

—No hace falta que digas nada. Por mucho que me duela reconocerlo, me imagino que estarás arrepentido. Si quieres que sea sincera de verdad, yo no estoy nada arrepentida. Ha sido bonito. Pero no voy a arruinarte la pequeña probabilidad que tienes de volver con Lucía, no te preocupes. No pongas esa cara de sorprendido, Mario. Soy observadora, y tu mirada cuando aparece Lucía manifiesta el amor que todavía sientes por ella.

Todo eso lo dijo mientras se vestía. Me dolieron sus palabras, pero sabía que estaba llena de razón.

—No puedo tolerar que te vayas enfadada. No estoy acostumbrado a las relaciones extramatrimoniales y no sé cómo manejar la situación, entiéndeme. Todo esto es nuevo para mí. Mi relación durante los últimos veinte años ha sido con la misma mujer, y ahora no sé cómo reaccionar. Lo que sí sé es que no quiero que te vayas disgustada. Es lo único que siento de verdad.

—No te preocupes, en serio. Estoy bien.

Dicho eso, se fue. Me quedé con una sensación extraña.

Por nada del mundo quería hacerle daño a Ada. Un hombre adulto como yo, con la vida resuelta, o casi, ¿qué cojones hace liándose con una chica como Ada? No es que fuera una adolescente atolondrada, su sensatez era la característica más destacada. Pero por eso mismo, por su madurez y buen juicio, no debería haberla metido en ese lío.

Ahora, ¿cómo iban a ser los días posteriores a nuestra relación? ¿Cómo debíamos actuar? ¿Como si no hubiera pasado nada? Se avecinaban días complicados. Decidí apagar el móvil y subir a acostarme. Cada vez me sentía más cansado, debido a los líos que iba sumando a mi vida, cual enredadera enroscándose al tronco de mi existencia.

No me apetecía dar explicaciones a nadie. Suponía que los que habían llamado al timbre habían sido mis hijos y compañía, y que Lucía me haría reproches del tipo «habías quedado con ellos». Pero ahora solo quería dormir. Mañana sería otro día.

Cuando me disponía a subir las escaleras, sonó otra vez el timbre. Me extrañó bastante, pues eran más de las doce y los niños deberían estar ya acostados o a punto de hacerlo. Así que me acerqué a la puerta sin hacer ruido y miré por la mirilla. La silueta de Sandra en la penumbra, abrazándose a sí misma por el frío, hizo que abriera la puerta sin pensarlo dos veces.

—Uff, estás bien. Joder, Mario, si pretendías asustarnos, lo has conseguido. Pero ¿qué haces a oscuras y con el móvil apagado? No sabíamos qué hacer, si llamar a la policía o qué.

—Pero ¿qué dices, Sandra? —le contesté sorprendido.

—¿Que qué digo? Ahora dirás que no es raro que hayas prometido a tus hijos que les llenarías los bolsillos de golosinas y que luego desaparezcas sin dar señales de vida —exclamó Sandra un tanto cabreada.

—Estaba en casa cuando ha sonado el timbre, solo que no podía abrir.

—Mario, entiendo que no soy quién para pedirte explicaciones, pero que sepas que Lucía y yo nos hemos preocupado bastante. Creo que es la primera vez que has faltado a tu palabra con respecto a tus hijos.

—Anda, pasa y caliéntate en el fuego. Lo que te voy a decir lo mismo no te gusta mucho. Y que sepas que sí que eres una persona querida para mí, que perfectamente tiene todo el derecho a preocuparse por mí. —Con mi brazo sobre sus hombros, nos dirigimos al sofá. Nos sentamos y nos miramos, ella con su gesto me indicaba que o me ponía ya a hablar o me sacaba los ojos.

—Me he acostado con Ada —se lo solté como si nada. Sus grandes ojos abiertos de par en par, junto con su mano apoyada en la frente, demostraban que se había quedado sin palabras, o por lo menos midiendo qué decir para no ofenderme.

—Pero es que estos dos amigos míos estáis dispuestos a que a mí me dé un infarto, ¿verdad? Con Ada... —dijo cerrando los ojos.

—Sandra, ahora que has visto que estoy vivo, deberías volver con tu familia. Mañana, como es festivo, podríais venir a casa a comer. Creo que quedamos Lucía y yo en que a mediodía me traerá a los niños. Necesito estar solo para asimilar todo esto que está pasando.

—Pero no puedes dejarme así toda la noche, Mario.

—Sí, sí que puedo, Sandra. Mañana hablamos, de verdad.

Se fue a regañadientes, pero no era hora de relatarle lo que acababa de pasar. Además, yo también necesitaba aclarar mis ideas. Tenía unas pocas horas para pensar en mi futuro más inmediato. Me acosté por hacer algo, pues sabía que dormir iba a ser imposible.

Si no sabía si iba a poder perdonar la infidelidad de Lucía, por mucho que la quisiera, ahora la situación se había complicado más si cabe.

CAPÍTULO 10

LUCÍA

—Bueno, niños, papá no está, no os preocupéis, habrá salido a comprar algo. Sigamos con el grupo, sospecho que quedan mil caramelos esperándoos —les dije con intención de que olvidaran que su padre no había cumplido su promesa. Era la primera vez que hacía algo así.

Cuando volvimos con los demás, me di cuenta de que yo no era la única a la que había sorprendido la falta de Mario. La expresión de Sandra la delataba.

—Me meo con tu cara —dije riendo—. ¿Qué te pasa? No le des más vueltas, Sandra, seguro que Mario está bien, estará haciendo algo más importante. Mañana le preguntaremos y seguro que se le habrá pasado la cita con sus hijos.

—Seguro que sí —me contestó con cara pensativa. Mi amiga era como un libro abierto, no podía disimular cualquier sentimiento que la preocupara. Con lo tranquila que yo estaba, ver su cara pensativa hizo que le diera más vueltas al asunto de las que debería. Mi amiga tenía el don de acertar cuando sospechaba algo. Desde bien pequeña, las dotes de bruja la delataban una y otra vez.

Seguimos el recorrido de todos los años, casa tras casa. Con la amabilidad de sus dueños, se hizo ameno, pero al final acabamos muy cansados. Además, hacía un frío que calaba y yo estaba deseando volver a mi casa calentita. Había dejado la calefacción programada, para llegar y sentir el calor reconfortante.

Por fin, llegó la última casa.

—Alabado sea Dios —dije riendo y poniendo los ojos en blanco. Con los pies muertos de dar pasos de tortuga, decidimos volver. Desanduvimos lo andado. Y al pasar por la puerta de nuestra casa, agucé la vista intentando ver vida dentro de ella. Pero nada, allí parecía no haber nadie, así que, cuando llegamos a la altura de la casa de Sandra, nos despedimos con besos, mientras me decía que si sabía algo de Mario me avisaría. A nosotros nos quedaban unos pocos metros más. Nuestro piso estaba apartado de la urbanización. Pero teníamos ganas de llegar y, mientras los niños hablaban sin parar de las anécdotas varias, casi sin darnos cuenta estábamos entrando en casa. El calorcito nos dio la bienvenida. El final de octubre había llegado más frío de lo habitual. Cuando entramos en el salón, los niños se quedaron quietos y sorprendidos. Había colgado guirnaldas con forma de calabaza por todo el comedor, abarcando la cocina, incluidas las tres lámparas que alumbraban la mesa que hacía de separación con el comedor. Laura sonrió con gracia, mientras que Daniel daba sus típicos saltitos de alegría al ver que su madre también quería participar y disfrutar de la fiesta en casa.

Cenamos entre risas y bromas, recordando los disfraces de sus amigos, algunos más acertados que otros. Tuve que reconocer delante de ellos que entre Ada y Mario habían hecho un buen trabajo con los suyos. Les dije que, aunque fuera tan tarde, debían bañarse, pues estaban sudados y así descansarían mejor.

Los niños ya se habían acostado cuando mi móvil vibró. Era un *whatsapp* de Sandra. En él, decía que Mario estaba bien. Que justo cuando pasamos por su casa, había salido a comprar víveres para cenar. La verdad es que no me creí nada. Sandra no sabía mentir. Era muy raro que el mensaje solo contara con nueve escuetas palabras. Solía mandar testamentos para decir cualquier

nimiedad. Siempre me había burlado de ella, diciéndole que albergaba una escritora dentro, que en cada *whatsapp* podía haber una historia enterita, con su inicio, nudo y desenlace incluidos.

Durante un segundo, estuve tentada de pincharla un poco para que soltara la verdad, aunque no sabía si quería saber qué era lo que había pasado en realidad. En el fondo, me reconfortaba un poco que Mario hubiera dejado de ser el padre perfecto de siempre. Ese pensamiento me dejó satisfecha para poder descansar esa noche, hasta sonsacar a mi amiga cual había sido el motivo real de su ausencia.

Decidí acostarme, estaba muerta. Pasar la tarde con quince niños gritando y corriendo podía ser más agotador que trabajar, pasar todo el día allí, volver, preparar la cena y charlar con los niños un rato. Mientras me lavaba los dientes, mi cabeza planeaba ya el día siguiente. Había quedado en llevar a los niños a mediodía. Por lo menos, podía disfrutar medio día de la festividad con ellos. Intentaba no pensar en la razón de la desaparición de Mario. Pero una y otra vez me venían a la cabeza mil posibilidades por las que su padre no estaba en casa, en una cita tan especial para ellos. Al día siguiente, sería inevitable que le preguntara.

Por la mañana, nos levantamos tarde. Era una gozada amanecer los tres juntos y sin prisa. Aunque tenía que reconocer que me daba una pequeña punzada en el corazón cuando pensaba en las mañanas en que nos levantábamos todos en casa y los niños venían a nuestra cama a despertarnos con besos y abrazos. Pero tenía que mirar al futuro con positividad, no era tiempo de lamentaciones. Las lágrimas se habían quedado en la casa de Corpore Sanus. Ahora sentía que era otra persona, más resolutiva e independiente. Aunque mi inseguridad había cambiado a mejor, todavía me quedaba un largo camino que recorrer para acabar de sentirme querida y respetada. Pero iba por la vía correcta, estaba segura.

Nos encaminamos a la casa de Mario. Hacía un día espléndido, muy diferente a la noche anterior. El sol todavía calentaba ese uno de noviembre. Íbamos alegres, charlando. Cuando Daniel se adelantó corriendo para llegar el primero a la puerta de nuestro jardín, Laura me preguntó por qué no me quedaba a comer con ellos. Me paré en seco, no me esperaba esa propuesta por parte de mi hija. Creía que tenía claro que Mario y yo estábamos separados. Le puse las manos en sus hombros y le indiqué que se sentara en uno de los bancos que había a lo largo de la calle. Giré la cabeza y vi a Daniel casi en la puerta de nuestra casa, así que me quedé tranquila sabiendo que estaba a salvo.

—Cariño, ya hemos hablado de esto varias veces. No me lo hagas más difícil, por favor. Tú ya eres mayor para entenderlo.

—Pero si os sentáis a hablar, a lo mejor conseguís arreglar vuestro enfado.

—Ya deberías saber que eso no es tan fácil. Algún día me sentaré y hablaremos con sinceridad de lo que pasó entre papá y yo. Pero de momento no me siento con fuerzas para contártelo, por favor, sé paciente. Papá y yo os queremos más que a nadie y eso no lo va a cambiar nada ni nadie —proseguí, tragando varias veces—. Ahora estamos intentando acostumbrarnos a vivir en dos casas y llevar lo mejor posible la situación. De todas formas, no está todo decidido, así que demos tiempo al tiempo, a ver cómo nos las apañamos.

—Mamá, yo confío en que volveremos a ser una familia unida.

Dicho eso, se levantó y salió corriendo en dirección a Daniel.

Iba yo pensando en cómo cojones le salían esas frases tan de mayor a mi hija, cuando, de repente, escuché un frenazo y un grito desgarrador de la boca de mi hija.

Todo pasó como a cámara lenta. En mi retina quedó suspendida la imagen de Daniel tirado en el suelo y Laura arrodillada junto a él.

Corrí todo lo que pude los metros que nos separaban. Eran pocos, pero a mí me parecieron

interminables. Cuando llegué a su altura, aparté a Laura de un manotazo. Fue algo inconsciente, algo de lo que me arrepentiré hasta que llegue la hora de mi muerte. Ella se quedó a un lado, con los ojos abiertos de par en par, con la respiración acelerada y muerta de miedo. Miedo por su pequeño hermano, miedo por creer que había sido culpa suya, miedo por la reacción injusta de su madre.

Grité su nombre una y mil veces, creyendo así que mi niño se iba a incorporar y decirme que aquello solo era una broma macabra. Pero Daniel no reaccionaba a mis gritos. Mientras yo gritaba como una posea, entre bruma y lágrimas, vi salir de casa a Mario como un rayo. Sandra y Miguel iban detrás de él. Me acerqué a su boca para ver si respiraba y su aliento suave me supo a gloria.

El hombre del coche fue más rápido que yo y, mientras yo gritaba, él llamaba a emergencias.

—¿Respira? —fue la primera pregunta que me hizo Mario. Contesté con la cabeza afirmativamente varias veces, como para convencerme de que se iba a poner bien. Mario se arrodilló junto a Daniel, me impresionó todo lo grande que era, y lo pequeño que parecía mi niño allí tirado en el asfalto.

—¡Daniel! —oí la voz lejana de mi marido. Lo abrazó con delicadeza e hizo un intento de incorporarlo, pero la única persona cabal de allí era el conductor, que le dijo que lo dejara en la misma posición, que había llamado a emergencias y que una ambulancia estaba a punto de llegar.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido? —las preguntas salían de la boca de Mario atropelladas y sin respuesta.

Todo apuntaba a que algo había llamado la atención de Daniel y que había cruzado sin mirar.

Me vinieron a la mente algunas veces en que habíamos encontrado a algún animalito en mitad de la autovía. Siempre nos había conmovido muchísimo encontrar animales en la carretera. Mi angelito yacía en mitad de la carretera como si de un pequeño gatito se tratara. Aparté esa imagen de mi mente lo más rápido posible. Era demasiado dolorosa. Mi hijo respiraba, esa era buena señal.

De lejos oímos la ambulancia recorrer las calles vacías de ese fatídico uno de noviembre. Nada más llegar, tres personas se bajaron con celeridad del vehículo. El primero se encargó de apartarnos lo más delicadamente que pudo, diciéndonos que los dejáramos trabajar en una primera valoración. Entonces, y solo entonces, fui consciente de la gente asomada a los portales de sus casas, alertados por las sirenas de la ambulancia. Sandra abrazaba a Laura con amor, dándole así el apoyo que yo no le había sabido dar. Me acerqué a ella y la abracé también, dando rienda suelta las dos a la pena por Daniel. No hablamos, ya habría tiempo para eso, de momento lo importante era que Daniel saliera de aquella.

Mario se acercó a nosotras y lo que vi en sus ojos me dejó sin palabras. Nunca había visto esa expresión de pánico en su rostro. Me imagino que yo no debía de estar mejor. Ni siquiera cuando me soltó que sabía lo mío con Carlos ofrecía ese aspecto. Esto era peor, muchísimo peor.

Mientras examinaban a Daniel, el silencio era estremecedor. Vi a Miguel encaminarse hacia los vecinos apostados en las puertas de sus casas y decirles que, cuando tuvieran noticias del niño, se lo comunicarían. Que entraran en sus casas. Ellos, respetuosos, hicieron caso.

Inmovilizaron a mi niño. Le abrieron una vía en su pequeño bracito y lo cargaron en la ambulancia. Todo eso en tiempo récord. En pocas palabras, nos dijeron que había perdido el conocimiento a causa del traumatismo. Que en una primera exploración no parecía que tuviera nada roto, pero que lo iban a trasladar al hospital para seguir haciéndole pruebas. Lo que más los preocupaba era la pérdida de conocimiento y que no reaccionara a los estímulos. Me tapé la boca temiéndome lo peor, pero no dije nada, por no preocupar más a Laura. El impacto que la última frase causó en mí difícilmente podría definirlo. ¿Qué quería decir que no respondía a los

estímulos? ¿Qué secuelas produce en un organismo tan pequeño una pérdida de consciencia de varios minutos?

A punto de irnos, llegaba una patrulla de policía, que dejamos en manos de Miguel. Lo que menos necesitaba yo era tener que narrar lo que había pasado, que lo hiciera el conductor, que fue el que lo vivió de primera mano. De todas formas, a simple vista, todo apuntaba a que Daniel había cruzado la carretera sin mirar, como hacía a veces, por más que yo lo reprendiera.

Por supuesto, Mario y yo fuimos detrás de la ambulancia. Sandra y Miguel se quedaron a cargo de Laura, que en esos momentos ya estaba al lado de su amiga Cristina, dándose los ánimos que necesitaban.

El silencio inundaba el coche. No podíamos hablar. No queríamos vaticinar nada. La sospecha de que algo pasaba en la cabeza de nuestro hijo se atragantaba en nuestra garganta, dejándonos sin palabras. Yo quería pedir perdón, quería decirle a Mario que no soportaba hacerle más daño. Que estaba hablando con Laura de nuestra «no relación» cuando había pasado todo. Pero las palabras no me salían. La expresión de Mario me lo impedía.

Estaba hundiendo mi vida poco a poco sin remedio, pensaba una y otra vez. Cuando parecía que estaba sacando la cabeza a la superficie, hacía algo que me devolvía al fondo sin remedio. Solo me había distraído un momento hablando con Laura, pero fue suficiente para volver a la miseria. Pero eso no tenía importancia en esos momentos. Ahora lo más importante en la vida era que Daniel se recuperara lo mejor posible. Lo otro ya vendría. Miré a Mario de reojo. Estaba concentrado en no perder de vista la ambulancia donde nuestro hijo iba inconsciente.

No tardamos nada en llegar; el hospital está relativamente cerca. Aparcamos en la puerta justo cuando sacaban a Daniel de la ambulancia. Se lo llevaron hacia el interior con la rapidez que el caso requería. Nos quedamos en la puerta con impotencia. Una enfermera nos requirió para hacernos las preguntas pertinentes. Datos del accidentado, alergias a medicamentos, etcétera.

—Señora, tiene que contarme cómo fue el accidente para valorar dónde recibió el impacto.

Me quedé sin habla. No podía contestar algo que no sabía.

—No lo sé... No lo vi... —dije con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde estaba usted cuando pasó?

—A diez metros más o menos. Estaba hablando con mi hija cuando Daniel se adelantó. Lo vi alcanzar la puerta del jardín de nuestra casa, pensé que iba a abrirla y entrar, por eso retiré la mirada —sollocé—. No sabía que iba a cruzar la calle sin mi permiso y sin pensarlo. No sé qué fue lo que lo hizo cambiar de idea y abalanzarse a la carretera.

Dejé salir toda la pena sin esconderme. El sentimiento de culpa era tan grande que no podía parar de llorar.

—Señora, los accidentes, por desgracia, pasan. No se preocupe, que su hijo está en buenas manos —me dijo para consolarme—. Pasen a la sala de espera y, en cuanto terminen de hacerle todas las pruebas pertinentes, los llamarán por megafonía para informarlos.

Mario no soltó ni palabra. Ni siquiera me miraba. No sé si prefería recibir toda una retahíla de reproches que el mutismo más absoluto. Creo que el silencio era más doloroso. Nos sentamos en los sillones dispuestos para los familiares que esperan.

—Mario... —comencé—. Lo siento, de verdad. —Solo pude decirle eso. Su silencio me estaba matando. No podía soportar que no mostrara sus sentimientos, para bien o para mal. Necesitaba alguna reacción.

—En ningún momento te he culpado de nada. No tienes que darme explicaciones. Dejémoslos de culpables y concentrémonos en la recuperación de nuestro hijo, Lucía. Ahora no puedo pensar, estoy en *shock*. Solo puedo desear que Dani salga ileso de esta.

No insistí, tenía todo el derecho de no querer hablar. Su carácter callado y meditabundo lo conocía desde hacía mucho tiempo. Una eternidad, me parecía en esos momentos. No me sorprendía nada su forma de actuar, pero a la vez necesitaba que me hablara. Pero no iba a presionarlo. Bastante tensión flotaba en el ambiente.

Permanecimos en silencio otro rato más. Los minutos pasaban interminables, el reloj de la pared vomitaba su *tic tac* como la más deleznable burla a nuestros sentimientos. Me levanté cien veces del sillón, no podía estar quieta. Admiraba el tesón que demostraba Mario. Envidiaba cómo manejaba unos nervios imposibles para mí.

La sala de espera era minúscula. Nos metieron en la que estaba destinada a niños. Allí gozábamos de más privacidad, ya que la de adultos estaba repleta de familiares esperando lo mismo que nosotros. Que todo quedara en nada y poder volver a casa con nuestros familiares sanos y salvos. En las dos paredes alargadas, colgaban dibujos hechos por niños que esperaban que llegara su turno para ser atendidos. Esos niños seguramente ya estaban en sus casas fuera de peligro; habían tenido más suerte. Daniel no podía esperar, debían atenderlo con la urgencia que un atropello requería. Los sillones eran negros plastificados, fríos e impersonales, más dignos de una discoteca que de una sala de espera de un hospital.

Junto a la pared, una mesa pequeña, con cuatro sillitas diminutas también, exponía mil papeles, unos coloreados, otros por colorear, y lápices de colores. Esa simple escena y ser consciente de que allí podía estar mi niño sentado llenando de color las imágenes, de héroes de Disney, me rompía el corazón.

No podía evitar pensar si Daniel podría volver a usar las manos, o simplemente caminar. O hablar. Esos pensamientos me estaban volviendo loca. Era una necesidad vital llenar mi mente de otra cosa, pero es que Mario tampoco me acompañaba. Su silencio hacía que mis pensamientos volaran en una y otra dirección.

No podía apartar de mi cabeza la imagen de nuestro hijo tendido en el suelo inconsciente. Lo mismo había sido todo un susto y acababa en eso, un suceso más para olvidar. Pero algo me decía que esa pesadilla no iba a acabar tan pronto como yo quería.

—Lucía, deja de dar vueltas, por favor. Me estás poniendo más nervioso de lo que estoy. No vas a ganar nada por hacer la media maratón. Solo conseguirás estar rendida esta noche y Daniel seguro que nos necesita lo más despiertos y descansados que podamos.

—Mario, dime algo, por favor...

—¿Qué quieres que te diga, Lucía? —explotó. Por fin había conseguido que hablara. El problema era que no sabía a qué precio—. ¿Que nuestro hijo estaba contigo y que lo han atropellado? ¿Eso quieres escuchar de mis labios? —¿Iba en serio o era ironía? No supe cómo reaccionar.

—Mario.

—¡No! —gritó—. ¡Es que no sé qué cojones quieres! ¿Necesitas que te acuse de algo así, tan grave, para volver a huir a la casa de la playa a beber y drogarte?

Silencio, el más absoluto silencio. Me dejó sin palabras. Hablaba poco, pero, cuando lo hacía, sabía cómo hacer daño.

—No sabes ni lo que dices.

—La que no sabe afrontar algo así eres tú. Yo no voy a acusarte de nada. Sabes que no es mi estilo. Pero tú parece que necesitas fustigarte una y otra vez para sentir mala conciencia y poder castigarte a gusto.

—¿Esa es la percepción que tienes de mí? Me sorprendes, de verdad.

—No es la percepción que yo tengo de ti. Es la que tú das al mundo en general.

Otra vez sin palabras. ¿Sería verdad lo que me estaba diciendo? ¿Realmente era la imagen que proyectaba a mi entorno? Yo era sabedora de mi inseguridad, pero de ahí a regodearme en el sentimiento de culpa había un mundo.

De repente, me di cuenta de que estábamos discutiendo por un tema personal nuestro. No tenía sentido seguir por ahí. Nuestro hijo estaba en esos momentos pasando por probablemente el peor día de su vida y nosotros, peleando por nuestra forma de afrontar la vida.

CAPÍTULO 11

MARIO

Dios, ¿es que no vamos a poder tener una vida tranquila como la de antes? Esta montaña rusa de emociones por las que estamos pasando va a acabar conmigo. Si comparáramos nuestra vida familiar hecha de rutina, costumbres y felicidad con la que ahora estamos viviendo, no parecería la misma.

Todo eso iba pensando yo mientras permanecía sentado en la sala de espera del hospital. Eso, y que mi hijo saliera lo más indemne posible del accidente que acababa de sufrir. La imagen de mi pequeño en el asfalto fue de lo más impactante. Difícil sería poder apartarla de mi mente. Ahora lo más importante y lo más inmediato era el diagnóstico. Era lo que más apremiaba. Imploraba una y otra vez que fuera lo menos perjudicial para él.

Miré de soslayo a Lucía. No podía estarse quieta. Sus nervios —tan típicos de mi mujer— no la dejaban estar sin moverse. Sentí pena por ella; el sentimiento de culpa se le clavaría a fuego en su carácter ya de por sí inseguro. Ese rasgo de su personalidad era quizá el que más me desagradaba. Odiaba que se culpara por todo. Cualquier cosa que pasara a su alrededor era como si la hubiera propiciado ella misma. Nada más lejos de la realidad. Lo de Daniel fue mala suerte, una maldita mala suerte y una imprudencia de un niño de cinco años. Me dieron ganas de consolarla, abrazarla y en voz bajita decirle que todo iba a salir bien. Pero el muro que habíamos construido ambos era demasiado robusto para traspasarlo tan fácilmente. Habían pasado demasiadas cosas para obviarlas, entre otras, que hacía pocas horas yo estaba revolcándome con Ada, una chica de bastantes años menos que yo, y que además era como de la familia.

Fue del todo un error. No puedo decir que no me gustara, pero debo reconocer que es la peor decisión que he tomado en mi vida. Está claro que no fue premeditada, pero sí un desacierto en toda regla.

Debía desvelar mi secreto a Lucía, pero no era el momento adecuado. No sabía cómo ni cuándo lo haría, pero era importante que lo supiera. Mi meta de volver a ser una familia unida no se podía construir sobre mentiras. Estaba claro que no iba a ser una misión sencilla. Pero lo intentaríamos.

Esos pensamientos, inevitablemente, me distraían de los que de verdad importaban. Nuestro hijo. Vernos en esa situación tan dolorosa hacía que mi orgullo se doblegara, haciendo más llevadera su traición. Con esas palabras no quiero decir que mi corazón fuera a perdonar tan fácilmente lo que había hecho, pero sí hacía que se emborronara, haciendo menos daño. El amor no se mata de un día para otro. Si es amor de verdad, cuesta mucho deshacerse de ese sentimiento tan profundo.

Hacía mucho tiempo ya, cuando todo iba bien entre nosotros, estábamos en casa, de reunión con amigos, con algunas copas de por medio, cuando pusieron una entrevista en la televisión a un profesional de las relaciones matrimoniales que hablaba de infidelidad. Debatían si una pareja normal podría superarla sin problemas, o la brecha sería demasiado grande para poder cerrarla, y ya nunca podría ser lo mismo. Ahí empezó un coloquio digno de ser filmado por la mejor de las cadenas de televisión.

Nos miramos uno al otro y empezamos a debatir dicha controversia. Lo que más me impactó

fue que Lucía dijera que, si alguna vez yo hacía algo así, no la hiciera sabedora. Me dijo que, si era un calentón, para qué destruir una familia tan bonita como la nuestra. Yo no contesté a dicho planteamiento, como se esperaba de mí; una opinión tan personal no iba a exponerla tan abiertamente delante de varios amigos, algunos de ellos nada íntimos. Hubo opiniones de todo tipo. Algunas fuertes, con palabras malsonantes, pero la mayoría opinaba que preferían saberlo a ser unos cornudos ignorantes.

Me impactó la opinión de Lucía. No llegué a preguntarle si aquello que dijo lo pensaba realmente o fue un farol. Nunca pensé que nos fuéramos a ver en esa misma situación de mierda. Es impresionante las vueltas que da la vida; nunca puedes decir «de ese agua no beberé», pues seguramente acabarás bebiendo, y varios litros, además.

No pude seguir con esos pensamientos, pues la enfermera que nos había atendido tres horas antes se acercaba con cara de circunstancias. Nos dijo que el doctor quería hablar con nosotros en el *box* número tres.

«Eso no es buena señal. Si todo estuviera bien, nos habría llamado por megafonía, como hacen con todos los pacientes. Por favor, que solo sean elucubraciones mías», me decía una y otra vez mientras recorríamos el pasillo hacia el doctor. Lucía, como siempre, sus pensamientos los convirtió en palabras.

—Mario, tengo miedo. La cara de la enfermera no traía buenas noticias.

—No te preocupes. Lo normal es que nos citen para explicarnos la medicación y todo eso, si es que la necesita, y para darnos el alta.

—Ojalá tengas razón.

No nos dio tiempo a hablar nada más, pues ya estábamos en dicho *box*, esperando al médico de turno. Nos sentamos en sendas sillas delante del escritorio, donde había varios papeles, bolígrafo y ordenador, todo ello bien organizado.

El corazón me latía a cien por hora. Pero, como siempre, no se me notaba nada. Lucía, por el contrario, estaba a punto de hiperventilar. Le agarré la mano intentando así darle un poco de ánimo que a mí también me faltaba. Sus ojos vidriosos me dijeron que estaba a punto de dejarse llevar por los nervios. Le susurré que aguantara hasta que tuviéramos el diagnóstico de Daniel. Ella me miró intensamente, haciendo pucheros que intentó tapar con la mano que le quedaba libre.

Cuando llegó el doctor, nos saludó y se sentó en su silla giratoria. Metió los datos de Daniel en el teclado del ordenador y movió el ratón, haciendo clic donde fue necesario hasta que en la pantalla salió lo que parecía el cerebro de nuestro hijo.

—Su hijo debe permanecer ingresado debido a la lesión cerebral traumática que ha sufrido al impactar contra el coche. No se observan fracturas óseas, ni erosiones cutáneas. El motivo del ingreso es mantenerlo en observación. La lesión cerebral traumática leve puede afectar las neuronas cerebrales de forma temporal. En cuanto baje la inflamación y comprobemos su correcta coordinación, podrá volver a casa con su familia. Después, haremos un seguimiento semanal para comprobar que todo va bien

Así lo soltó todo. Del tirón. Me quedó una gran duda.

—¿Habrás secuelas?

—En un principio, no. De todas formas, cuando lo despertemos, podremos valorar con más precisión. —Se levantó y extendió la mano a modo de despedida—. Pueden volver a la sala de espera mientras le asignamos la habitación y lo trasladamos con el cuidado que necesita. Intenten que en la habitación esté lo más tranquilo posible. Queremos que se recupere poco a poco, sin sobresaltos.

—¿No podemos verlo? —El hilo de voz de Lucía apenas se escuchó.

—Es mejor que lo vean cuando esté en su habitación. Ha tenido más trajín con las pruebas que le hemos realizado del que habríamos querido. Mejor esperemos un poco más.

Se excusó y se fue. Lo típico de urgencias, todo rápido y conciso. Nada de cordialidades. Nos quedamos sentados sin saber qué hacer. Decidí levantarme y tirar de Lucía, que parecía que se había quedado petrificada.

De vuelta a la sala de espera, arrastraba los pies como si la noticia la hubiera cansado más que haber finalizado un maratón entero. Una vez en la sala, se dejó caer en el sillón. Entonces, fue como si reaccionara de repente y mil preguntas salieron a flote.

—¿Cuánto tiempo estará sedado? ¿Se recuperará del todo? ¿Sentirá dolor?

—Cariño, en cuanto lo suban arriba a su habitación, ya tendremos tiempo de hacer las preguntas pertinentes. Ahora lo importante es que está bien, dentro de la gravedad.

—Mi niño, mi pequeño... —Con las manos sobre su cara, las lágrimas volvieron sin remedio.

Por fin nos llamaron para que subiéramos a la habitación donde Daniel iba a pasar los próximos días. La minúscula silueta de mi hijo en una cama tan grande y blanca me sobrepasó lo increíble. Con los ojos cerrados y un tubo metido por su pequeña boca, fue más de lo que podía soportar. Todo lo que había aguantado durante ese espacio de tiempo se derrumbó como un castillo de naipes. Las lágrimas salieron de mis ojos aun sin quererlo. Lucía no estaba mejor. Cada uno a un lado de la cama, lo consolamos con susurros de ánimo y amor.

La enfermera nos dejó hacer durante un rato prudencial; después nos aconsejó que nos fuéramos a descansar. Por supuesto, ninguno queríamos apartarnos de su lado, así que acordamos que me iría yo a buscar a Laura para explicarle que su hermano estaba bien. Para tranquilizarla. Seguro que estaría muy nerviosa.

Salimos al pasillo para despedirnos y hablar de turnarnos para no dejarlo solo en ningún momento.

—Lucía, todo va a salir bien. Pensemos en positivo, el médico nos ha dicho que pronto estará en casa. Por favor, no te martirices. Daniel ahora lo que más necesita es nuestro apoyo y nuestra fuerza.

—Sí, es verdad. Solo de pensar en lo que podría haber pasado... Dentro de lo malo, debo dar gracias. —Se acercó a mí, me miró a los ojos muy cerca—. Mario, gracias por tu apoyo. No he oído ni un reproche de tu boca. Eso nunca lo olvidaré.

No supe cómo reaccionar, otra vez ella. Otra vez tan ella. Otro intento de acercamiento que me dejaba sin palabras. Cada vez me costaba más apartarla de mi lado, cada vez era más difícil.

Los dejé allí, en una fría habitación uno junto al otro. Pero teníamos otra hija y debía ir con ella para consolarla, no debía olvidar eso.

CAPÍTULO 12

LUCÍA

Me quedé a solas con Daniel. Ahora podía dar rienda suelta a mi pena y mi remordimiento. Acerqué el sillón para acompañantes lo más próximo posible a la cama. Quería tomar su manita y no dejarla caer en ningún momento.

—Cariño mío. Debes estar tranquilo y recuperarte para volver a casa. Papá y mamá van a estar contigo siempre. No tengas miedo de nada, que siempre estaremos a tu lado —le susurré con cariño.

Papá y mamá, qué bien sonaba. No me podía creer que Mario aceptara de buena gana mi cercanía. Volver a tener esa complicidad con él era como subir al cielo y botar de una nube a otra sin miedo alguno. Era una sensación maravillosa. Pero qué miedo sentirla. En cualquier momento podía perder el equilibrio y caer al abismo sin paracaídas ni protección.

Me vino a la mente el momento en que agarró mi mano para darme consuelo. Ahora que estaba tranquila y serena, podía regocijarme en el sentimiento. Una especie de cosquilleo me recorrió el estómago sin esperarlo. Rememorar la suavidad de sus grandes manos fue electrizante.

Como tenía todo el tiempo del mundo, me dediqué a observar la carita de mi niño sin prisas. El día a día muchas veces nos impide fijarnos en esos detalles tan importantes. Su carita redonda con dos hoyuelos a cada lado, una diminuta nariz, sus grandes ojos y unos labios bien enmarcados hacían de él un rostro simpático que a todos les agradaba. Le dibujé con mi dedo el triángulo imaginario que unía sus tres lunares en la mejilla izquierda. Era el rasgo más característico de él. No quería imaginar, como esos lunares se agrandaran con la edad, qué tamaño llegarían a tener. Mejor no pensarlo; cuando llegara el momento ya pondríamos solución, de momento su tamaño hacía bonito al conjunto de su cara.

Qué dolor más grande es que le hagan daño a tu propio hijo. Puedes imaginarlo cuando hablas con alguna madre que ha pasado por algo parecido, pero hasta que no lo vives no puedes comprobar cuánto duele. El instinto de protección es tan apabullante que incluso llega a asustarte. En el momento que lo vi tendido en el suelo, lo primero que me vino a la mente fue agarrar al hombre que conducía y despellejarlo al instante, pero la parte cuerda del cerebro te dice que analices los movimientos previos antes de actuar. Si los humanos no tuviéramos esa parte activa, mal andaríamos.

Decidí recostarme en el sillón a su lado; eso sí, sin soltarle la mano en ningún momento. Empezaba a notar el cansancio. Ya serían más de las nueve de la noche, seguro. Iba a coger el móvil para mirar la hora cuando empezó a vibrar, haciendo que diera un respingo. Era Mario. Dejé que vibrara hasta estar en el pasillo y así poder hablar con tranquilidad.

—Hola, ¿cómo está?

—Bien. Está tranquilo. En cuanto haya algún cambio de medicación o algo, te aviso, no te preocupes. ¿Cómo está Laura? —Apreté el teléfono hasta que los nudillos se pusieron blancos por falta de riego sanguíneo.

—Está preocupada, como es lógico. Pero ha entendido bien que no ha sido culpa de nadie. Es propensa a culparse de todo, no sé por qué. —Noté algo de ironía en el comentario. Decidí dejarlo ir. Lo que más me importaba era que Laura estuviera serena y tranquila.

—Me alegro —suspiré—. Qué ganas tengo de abrazarla y sentir que todo está bien. Tuve un mal gesto con ella, Mario. No lo hemos hablado, pero la aparté de al lado de Daniel de mala manera y sé que eso le afectó más de lo que querrá reconocer.

—Vaya. ¿Quieres que lo hable con ella? ¿O prefieres hacerlo tú?

—No, déjame a mí. A lo mejor no se acuerda, con los nervios del momento. La tantearé a ver qué tal.

—Muy bien, como quieras. —Silencio de nuevo—. ¿Has cenado algo? Son más de las once.

—Madre mía, ni me acordaba de que los humanos deben alimentarse, creía que era más pronto —dije poniendo los ojos en blanco.

—¿Quieres que me acerque a llevarte algo?

—No, bajaré a la máquina de café. Me parece que hacen un chocolate exquisito. Con eso me sobra. Solo de pensar en algo sólido se me seca la boca como un estropajo.

—¿Entonces no quieres que vaya a hacerte compañía? Laura se ha quedado a dormir en casa de Sandra con Cristina. Yo quiero ir pronto al hospital; además, quieren estar juntas, se consuelan bien una con la otra.

—No hace falta que vengas, Mario. De verdad. Viendo la hora que es, voy a tomarme el chocolate y a dejarme caer en el sillón ese tan cómodo que hay en la habitación, a ver si puedo descansar un poco. No te preocupes.

—Bueno, lo que quieras. Mañana a primera hora iré. Si hay alguna novedad no dudes en llamarme, por favor.

—Claro. No te preocupes.

Nos despedimos con bastante cordialidad. Nada de «cariño» ni «te quiero», como solíamos hacer en el pasado. Pero me reconfortaban las ganas que parecía tener de estar conmigo. No podía dejar de pensar en lo bonito que era sentirlo tan cerca. La añoranza vino a verme sin permiso, me hizo volver a los buenos tiempos. Tiempos donde la comunicación y complicidad entre nosotros era lo máspreciado de nuestro amor. Cerré los ojos y lo sentí cerca. Qué sensación tan bonita. Me dejé llevar de la mano de esa emoción tan lejana.

La noche fue más tranquila de lo que me esperaba. Conseguí dar varias cabezadas, para mi sorpresa. Antes de que el sol apareciera tras las montañas, Mario entró sigilosamente a la habitación. Estaba de lo más fresco. Su aspecto renovado chocaba inevitablemente con el mío, desastroso y arrugado de mal dormir en el *sillón de la muerte*. Mi cara y mi pelo no debían de tener mejor pinta, pero no me importaba en absoluto, dadas las circunstancias.

Nunca dejaba de sorprenderme cómo destacaba la altura de Mario, estuviera donde estuviera, más dentro del cubículo de quince metros cuadrados que debía de tener la habitación.

—Buenos días. ¿Cómo ha ido la noche?

—Bien, dentro de lo que cabe —dije desperezándome con fuerza—. Anoche no te pregunté cómo se las van a arreglar sin ti en el despacho.

—No te preocupes, eso ya está arreglado. Olvídate de todo lo referente a mis obligaciones, ahora la más importante está ahí acostado durmiendo como un lirón.

—Yo no he llamado a la fábrica. Ahora, en cuanto baje, lo haré. Acabo de empezar a trabajar y ya estoy faltando. Ya veremos cómo reciben la noticia.

—Seguro que lo comprenderán.

—Eso espero.

Así transcurrieron los días, uno a uno. Cordialidad entre nosotros. Parecíamos una familia normal. Estábamos de acuerdo en todas las decisiones que teníamos que tomar. Todo el dolor que habíamos acumulado lo dejamos a un lado por Daniel. Era como si hubiéramos firmado un

acuerdo de conciliación y lo estuviéramos cumpliendo a rajatabla. Laura vino a visitar a su hermano y su cara no pudo disimular la impresión de verlo entubado y dormido en la gran cama blanca.

Le hicieron una segunda prueba y nos comunicaron que la inflamación iba remitiendo poco a poco. Quedaba poco para que nos fuéramos todos a casa. En la tercera prueba, la inflamación había desaparecido del todo. Dimos saltos de alegría por la buena nueva. No obstante, nos dijeron que querían dejarlo dos días más para ver cómo reaccionaba al despertar de la sedación. Tenían que comprobar que coordinaba bien movimientos, habla, y que respondía a estímulos. Pero por fin todo salió bien y la mañana que despertó estábamos todos allí. Daniel abrió un ojo y después el otro. Recuperamos a nuestro hijo, su carita lo demostraba así. Era un niño muy alegre y siempre esgrimía una sonrisa para quien la demandara.

El gran día lo celebramos con globos y regalos. Fue como celebrar un cumpleaños. Laura acudió al hospital para ser testigo del gran momento. Fue algo íntimo que nos llenó de felicidad, una que hacía mucho tiempo que no sentíamos. Ver a mi hija junto a su hermano fue algo que difícilmente olvidaré.

Los dos se abrazaron con alegría. Laura más que Daniel, claro. Mi pequeño no sabía muy bien qué era lo que le había pasado y tampoco quisimos decirle nada. Ya tendría tiempo de saber.

Todo quedó en un susto. Otro episodio en mi lista negra para olvidar.

El médico nos dijo que Daniel ya podía recibir visitas; podía empezar a interactuar con sus amiguitos, así que la habitación se fue llenando de vida, sonrisas y alegría.

Miguel y Sandra acudieron con Cristina. Nosotros nos quedamos hablando de nuestras cosas mientras los niños se fueron a la habitación de juegos. Daba gusto ver a los tres tan contentos.

Por fin llegó el día del alta de Daniel. Todo volvió a la normalidad, dentro de la convalecencia. Nos dijeron que podía volver al colegio sin forzar mucho.

Volvimos a vivir como antes del accidente, pero con más cordialidad entre nosotros. Todo iba sobre ruedas. Yo estaba contenta, pues en mi trabajo me valoraban y entendieron por lo que había pasado con Daniel. Así que la rutina se instauró en mi vida como un remanso de paz que hacía tiempo no vivía. Bendita rutina, pensaba a menudo.

MARIO

Por suerte, nuestra vida se normalizó de una manera que casi me daba miedo reconocer. Cada vez veía más cerca volver a ser una familia unida. Solo una nube ensombrecía la felicidad. Mi secreto. Ese que sobrevolaba mi cabeza una y otra vez y que yo apartaba por no saber cómo afrontar. Teníamos una conversación pendiente y no sabía cómo empezar. Yo hacía tiempo que había aceptado la infidelidad de Lucía. Dolía, no lo voy a negar. Pero después de mucho pensar, acepté que aquello fue fruto del alcohol y del bache por el que estábamos pasando. Mi familia valía mucho más que quince minutos de calentón. Me debatía entre decírselo o enterrar para siempre ese capítulo de mi vida. Realmente, en lugar de un capítulo, más bien parecía un párrafo, de lo corto que fue.

Ada había decidido salir de nuestras vidas por sí misma. En una escueta llamada, me dijo que no quería volver a trabajar para nosotros. Que le daba mucha pena por los niños, pero que no podía estar en contacto conmigo, ni podía mirar a Lucía como si nada hubiera pasado. Realmente me dolió su decisión, pero en el fondo tenía que reconocer que era lo mejor para todos. Ada valía mucho para quedarse sentada a esperar una decisión por mi parte que nunca iba a llegar.

Quedamos un día señalado para firmar los papeles. Cuando entró en casa para formalizar los trámites, su cara reflejaba una felicidad que yo no esperaba. Me alegré de corazón cuando me dijo que había acabado las prácticas y que la contrataban en el puesto donde las realizó. La despedida fue tensa, pero era lo mejor que pudimos hacer, dadas las circunstancias. Nuestra *no* relación no iba a llegar a ningún sitio. Nos dimos dos castos besos de despedida, con promesas de quedar para ver a los niños, que bien sabíamos que no se iban a cumplir.

Un día de finales de noviembre, Lucía había traído a los niños para pasar el fin de semana cuando la agarré de la mano y le dije que por favor se quedara para hablar de algo importante. Cuando los niños salieron al jardín a jugar, aproveché para desnudar mi alma y relatarle lo que Ada y yo habíamos compartido la noche de Halloween.

LUCÍA

—¿Con Ada? ¿Con nuestra Ada?

—Sí.

El silencio se apoderó de la estancia. Ni siquiera podía distinguir lo que decían los niños en el jardín. Cerré los ojos, intentando pensar con claridad. Cuando los abrí, vi a un Mario borroso plantado en medio de la habitación con cara expectante. Cuando nuestras miradas se cruzaron, él desvió la suya de mi trayectoria.

—¿Cómo has podido? Es casi una niña.

—Lucía, tiene veinticuatro años.

—Para mí sigue siendo la niña que contratábamos en las noches de fiesta.

—Lo sé, imagino cómo te sientes, pero simplemente sucedió.

—¿Fue la noche de Halloween?

—Sí —contestó con pesar.

—¿Por eso no abriste la puerta?

—Sí, no quería que los niños se sintieran violentos.

—Ah, los niños.

—Cariño...

—¡No me llames cariño! —grité sin ser consciente de que los niños podrían oírnos—. Perdón, Mario, no quería gritar así... Pero es que con Ada... La situación me parece surrealista. No hace mucho éramos una familia más o menos feliz y unida. Y ahora mira en lo que nos hemos convertido. No sé cómo afrontar esto. No sé si mi deber es perdonar, que me perdonen... No sé qué cojones tenemos que hacer. No sé si deberíamos empezar de cero, cuando, a la vez, la parte razonable del cerebro me dice que no funcionará.

Hablaba como para mí, casi sin hacer pausas entre frases. Me sentía traicionada, pero, a la vez, sabía que no tenía derecho a reprocharle nada, pues hacíamos vidas separadas, por lo que Mario podía sentirse libre de hacer lo que quisiera.

—Lucía, yo me siento igual que tú. Solo sé que todavía te quiero.

Lo soltó. Así, a bocajarro. ¡Me quería! ¡Seguía queriéndome!

—Yo también, Mario, yo también.

Yo no sé si mi declaración le dio a entender que quería volver. El caso es que dio dos pasos hacia mí con ademán de abrazarme, pero puse la mano en su pecho. Todavía no podía, todavía no. El contacto de su pecho duro me hizo separarme como si me hubiera dado calambre. Fue como un *flash*, imágenes de los dos juntos, desnudos y abrazados, me abofetearon en pleno corazón. ¿Lo nuestro funcionaría después de la gran grieta que había sufrido nuestra relación?

—Lucía...

—Mario, vamos a pensar en todo esto. Han pasado muchas cosas. Yo sé que tenemos que hacer un esfuerzo por nuestros hijos, pero flaco favor les haríamos si la relación, en lugar de mejorar, empeora. —Hice una pausa para pensar—. Por lo que veo, tú me has perdonado, o, si no lo has hecho, estás en el camino, pues no sientes rechazo hacia mí. Y de verdad que te admiro por ello. Pero, como comprenderás, necesito digerir esto poco a poco.

Se me quedó mirando, queriendo seguir con la conversación para aclarar algo. Pero con la mirada le dije que no era el momento.

Cuando íbamos encarrilando nuestro destino, me soltaba esto... Me fui a casa con ese

pensamiento en la cabeza. Mario, mi amor, en brazos de otra mujer. Uff, me costaba un mundo aceptarlo. Pero si era honesta conmigo, tenía que reconocer que él había pasado por lo mismo que yo. Aunque lo mío fue infinitamente peor. Él por lo menos era *libre*, pues estábamos haciendo vidas separadas.

Una mañana me desperté decidida a olvidarlo todo. Si él había podido, yo también podía hacerlo. La experiencia traumática de casi perder a nuestro hijo fue el punto de inflexión para empezar de nuevo. Para olvidar rencores y vivir la vida que nos merecíamos los dos. ¿Por qué vivir separados si nos queríamos? Nos esperaba una temporada difícil de afrontar, pero lo íbamos a intentar.

Finalizaba noviembre cuando Mario y yo quedamos en casa para hablar. Los dos estábamos nerviosos por saber cómo iba a acabar la conversación. No sabíamos adónde nos llevaría. Había quedado con Sandra para que se llevara a los niños al cine, para poder hablar tranquilamente los dos.

—¿Tú quieres que lo intentemos? —la pregunta la formulé yo. Me adelanté, sentí que era mi deber. Fui quien tiró la primera piedra que destruyó nuestro hogar.

—Por supuesto que quiero intentarlo. He pasado por muchas etapas, como comprenderás, pero he llegado a la conclusión de que no puedo vivir sin ti. Te necesito a mi lado.

Hablamos largo y tendido, sobre todo de lo que pasamos en los pocos meses que estuvimos separados. No era tarea fácil olvidar que cada uno estuviera en brazos de otro. Pero decidimos enterrar el tema después de aclararlo todo con sinceridad. Si queríamos que lo nuestro funcionara, no había otra manera.

El tiempo lo diría todo. No había otra forma de comprobarlo más que viviendo.

También le pedí que no fuera tan indulgente conmigo. Que me dejara equivocarme y que, si veía algo mal, que me lo dijera sin tapujos. Que prefería eso a que dejáramos que se fuera amontonando y al final estallara como lo había hecho en el pasado.

La relación con Sandra y Miguel seguía como siempre, incluso más fuerte si cabía, y las reuniones con los vecinos se acabaron. Nos concentramos en nosotros mismos y esporádicamente quedábamos con algún vecino que otro. Por supuesto, con Sofía y Carlos perdimos toda conexión.

Una noche decidimos salir a airearnos Sandra y yo por un lado, y Mario y Miguel por otro. Fue una velada de lo más agradable. Mi amiga y yo nos sinceramos más que nunca y descubrimos sentimientos que no sabíamos que teníamos la una por la otra. El dolor nos había unido más de lo que ya estábamos antes de la mala racha pasada.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, Sandra. Espero que nuestra amistad dure para toda la vida. ¿Te acuerdas del día que me salvaste cuando estaba en la casa de la playa? Fuiste mi ángel de la guarda. —Levanté la copa de vino y brindé por ella.

—Bah, no digas tonterías. Tú hubieras actuado igual que yo.

—Y cuando me llevaste al centro de retiro. También estuviste allí. Y con lo de Daniel...

—Venga, no nos pongamos tristes. Vamos a disfrutar de la noche.

—No desvíes la atención. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, lo sé, yo también te quiero, y me vas a hacer llorar. Así que para ya, que no quiero que se me estropee el maquillaje que me ha costado un dineral. Sabes de sobra que todo lo que he hecho lo he hecho de corazón. Lo haría una y mil veces con mucho gusto. Y ahora vamos a tomarnos el postre, que mañana empiezo mi superdieta, que ya mismo están aquí las navidades y

quiero perder un par de kilitos para poder comer algún turrón que otro... —Me guiñó un ojo y se metió una gran porción de helado en la boca.

Mi amiga. Siempre igual, luchando con sus tres kilos de más. Yo la veía preciosa y atractiva. Sí, con algún kilo más de lo establecido por alguien que dice que eso es lo mejor. Pero ¿quién decide los parámetros de los kilos? ¿Esa persona que decide que la mujer sin curvas es la que mejor viste sus modelos? La quería con sus grandes manías en cuanto a su cuerpo. Los temas de conversación casi siempre acababan en lo mismo, en la dieta. Y allí iba a estar yo para escucharla siempre que ella quisiera. Ella seguramente aguantaba de mí muchas cosas más. De todas formas, ¿en qué consiste la amistad, si no es para escucharnos, apoyarnos y comprendernos?

Alguien dijo una vez: «Aquel que busca un amigo sin errores nunca tendrá uno». ¿Para qué quiero yo una amiga a la que todo le parece bien, y que la vida le va de maravilla? Qué aburrimiento de persona. Sandra me hacía reír cada día, y a eso no se le podía poner precio.

Acabamos de cenar y decidimos acercarnos al pub cercano a casa, para tomarnos la última copa. No teníamos ganas de ir a la zona de marcha, simplemente nos apetecía hablar y reír. Solo eso. Así que allí nos encaminamos. Nos quedamos en la barra, pues el establecimiento estaba abarrotado. Llevábamos media copa cuando alguien me agarró de la cintura. Me quedé paralizada, ¿quién se atrevía a tomarse tanta confianza? Me giré para decirle cuatro cosas cuando sentí una voz conocida cerca de mi oreja.

—Morena, llevo un rato observándote y me pregunto si serías tan amable de concederme el gran deseo de pasar la vida entera a tu lado.

Mientras veía como Sandra besaba a su marido, con una sonrisa le contesté:

—Deseo concedido.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Que haya podido escribir la palabra «FIN» en la última página supone para mí un sueño largamente idealizado. La satisfacción que he sentido al escribir esas tres letras no me la va a quitar nadie. Por lo tanto, lo primero que debo hacer es agradecer a muchas personas que han estado cerca de mí en el proceso.

El primero es sin ninguna duda Jorge, mi marido, que, noche tras noche, al llegar de trabajar, me ha encontrado delante de la pantalla. Y sin más palabras, ha entendido mis silencios, mis dudas, a veces mis alegrías.

A mis hijos, que me demostraron confianza ciega desde el primer día. Sois lo más bonito que la vida me ha regalado.

A mis hermanas Paqui y Toñi, que me han animado muchísimo. Mi hermana Toñi fue la que me enseñó una frase que debería tatuarme: «Si lo crees, lo creas». Esas palabras tumbaron las miles de barreras que suelen construir mentes limitantes como la mía.

Y por supuesto, cómo no voy a nombrar a mis padres, a los que quiero infinito.

A mi familia política, unos muy sabedores de esta locura; otros, menos. Espero que os guste esta historia y la disfrutéis.

A Encarni, mi compañera incondicional de subidas a la montaña. Escuchando con paciencia cada nueva idea, cada nueva ilusión. Siempre he sentido tu confianza, nunca lo olvidaré.

A Raquel, a mi otra Raquel, a Alicia. Ellas saben por qué. Sobran las palabras.

A Rut, a Silvia, primeras lectoras, GRACIAS.

A todos mis amigos, a la familia del *camping*. Debería decir nombres, pero temo dejarme alguno y no me lo perdonaría. Vosotros, que me conocéis, lo sabéis.

Y a la persona que más me ha ayudado en esto de construir una historia, Abril Camino, mi correctora. Muchas gracias, de verdad. Espero seguir aprendiendo y poder contar contigo para próximos proyectos.

A Marien, la diseñadora de la portada. Gracias por tu paciencia. Eres un sol, de verdad. Espero también poder contar contigo para la próxima. Porque anuncio que esto no acaba aquí.

También me gustaría nombrar a Israel Pintor, coach literario y profesor de escritura. El curso de escritura que impartí con él fue enriquecedor a la par que entrañable. Un placer haberte conocido.

Y mi agradecimiento más sincero es para el lector que haya aceptado abrir la primera página de mi primer libro. Tú no lo sabes, pero estás haciendo una buena acción y la vida te la devolverá. MIL GRACIAS.